CASCABEL

20 centavos en todo el país.





¡SALVESE QUIEN PUEDA!

Respondiendo a un llamado urgente, días pasados reuniéronse en el despacho de nuestro director todos aquellos que, de una u otra manera están vinculados a la revista.

—Amigos míos — dijo el "capo" — aprovechen y ubíquense lo mejor que puedan en estas butacas, porque me temo que en la próxima reunión sólo podremos sentarnos sobre unos cajones vacíos... Las cosas se han complicado, y agregándose a las mil dificultades que todos conocen, ahora nos encontramos con que la revista gusta al público y el tiraje se ha ido a las nubes.

—¡Esto sí que yo no lo esperaba! — exclamó uno de nuestros más eficaces colaboradores.

—Pues es la pura verdad: ¡La venta se ha multiplicado y estamos a un paso de la ruina!

—Cada vez entiendo menos — dijo nuestro experto en finanzas —. Si la revista se vende más, debe ser mayor la ganancia... ¡Es una simple cuestión de números!

—Yo también creo que es cuestión de números — afirmó el director — y estamos aquí reunidos para resolver en qué número dejamos de aparecer... Ustedes saben que el poco papel que hay en el país lo cobran a peso de oro, y si aumentamos el tiraje gastamos mucho papel y el negocio es ruinoso.

—Perfectamente — opinó otro —; ya que cuanto menos revistas se imprimen más dinero se gana, dejemos de aparecer y hagámonos ricos.

—Ya he pensado en eso, pero no me convence del todo... ¿A nadie se le ocurre algo mejor?

—Si la falta de papel es un problema, ¿por qué no pedimos a la marina mercante que nos lo traiga del extranjero?

El director echó una mirada compasiva al de la idea brillante, y después de armarse de paciencia, dijo:

—Los informes recogidos no permiten alentar esperanza alguna. Nuestro experto en navegación ha probado que con barcos de poco tonelaje no se puede traer papel..., ¡ni papel ni nada! Aquí tengo los números: un barco con capacidad para seis mil toneladas tarda veinte días en llegar a Nueva York, pero como en navegación gasta a razón de trescientas toneladas diarias de carbón, cuando llega a los Estados Unidos se ve obligado a llenar sus bodegas con otras seis mil toneladas de carbón para la vuelta; así que no sólo no trae papel, sino que se ha gastado doce mil toneladas de combustible en dos viajes inútiles...

—¡Oh, amigo mío! — exclamó uno que tiene veleidades de poeta —. No olvide usted que los viajes nunca se pierden, que los viajes enseñan mucho y que...

—Sí, ya sé..., ¡y que partir es morir un poco! Lo que necesitamos es una solución inmediata o nos vamos al tacho. ¡Y nada de organizar rifas, tés de beneficencia o grandes colectas, porque eso ya lo están por hacer otros colegas y no es asunto imitar a nadie! Papel es lo que falta, y nada más que papel.

—¡Je!... ¡Ya me parecía que tanto derroche de serpentinas y papel picado a la larga traería disgustos! En carnaval todo es meterse el papel por los ojos y ahora...

Y allí se quedaron discutiendo y aquí termina mi tarea de cronista. Ignoro qué resolverán en definitiva, pero, por las dudas, los diarios que tengan algunas bobinas harán muy bien en guardarlas bajo siete llaves. ¡Yo sé por qué lo digo!...



Cascabel. - Nº 35. - Semanario humorístico de la Editorial Cascabel (Sociedad de Responsabilidad Limitada). - Aparece todos los miércoles. - Precio: 20 centavos en toda la República Argentina. - Redacción y administración: Avenida de Mayo 560 (7º piso) Buenos Aires. Teléfonos: 33, Avenida, 2558 y 2559. - Derechos exclusivos de reproducción para la Argentina de la revista norteamericana "Gags". - Servicios contratadas de King Features Syndicate, United Syndicate y Esquire Syindicate.

Correo Argent. | FRANQUEO PAGADO TARIFA REDUCIDA
CONCESION Nº 5654
Prop. intelec. Nº 104.305

CARTAS DE VIEYTES

SEMANARIO HUMORISTICO
JULIO 15 DE 1942
CASCABEL
Nº 35
APARECE LOS MIERCOLES

Señor Director:

Por el corredor contiguo a mi pabellón se paseaban la otra tarde dos personajes. Uno, bajito y regordete, metía una mano entre dos botones de su chaqueta, como si la sostuviera con un cabestrillo, y escondía la otra, doblando el brazo hacia la espalda. Esa es una típica actitud napoleónica.

El otro, menos rechoncho, ostentaba unos bigotitos chaplinescos debajo de la nariz respingada, y se movía con rápidos gestos nerviosos, que querían parecer enérgicos. Esa es una típica actitud hitlerista.

Comprendí que se habían encontrado el asilado llamado Napoleón y el asilado llamado Hitler, y que se disponían a sostener un diálogo más o menos histórico.

Detrás de ellos, intentaba meter baza en la conversación otro sujeto corpulento, adiposo, de gran mandíbula, enfundado en un uniforme constelado de medallas. Comprendí en seguida que se trataba del asilado Mussolini.

—Otra vez coinciden los escenarios de nuestra historia —le decía el asilado Hitler al asilado Napoleón.

—Yo también estoy haciendo mi campaña de Egipto.

—¿Ya has conquistado el Egipto? —le preguntó Napoleón, con aire de hacerse el ingenuo—. Yo me apoderé de Alejandría un 30 de junio, hace ya 144 años. Es una lástima que hayas dejado pasar esa fecha.

Ahí intervino el asilado Mussolini:

—La conquita de Egipto debía corresponderme a mí. Esos paisajes egipcios me recuerdan los de la ópera Aída, y yo siempre he tenido gran afición a los escenarios de ópera. Ya me veo en un escenario de pirámides, camellos y templos antiguos, entrando victorioso al compás de la marcha de Aída.

—No hay duda, Benito —le dijo Hitler— que eres el más práctico en marchas y contramarchas, pero a ti habría que tocarte l' aida y la vuelta...

—Tengo a mi favor el antecedente de la conquista de Abisinia —insistió el asilado Benito.

Napoleón lo miró de reojo:

—Un ejemplo típico de conquista de ida y vuelta.

El asilado Hitler volvió a tomar la palabra:

—La conquista de Egipto me interesa por que Egipto es el país clásico de los grandes conquistadores. Alejandro Magno se sintió atraído por el Egipto, (¿por qué el pudo conquistar la India y yo no?). César se sintió atraído por el Egipto. Tú, Napoleón, te sentiste atraído por el Egipto. ¡Lo que pagaría yo por declamar un discurso a mis soldados junto a las pirámides! Eso fué lo que tú hiciste, ¿verdad? Allí pronunciaste una frase célebre..., ¿cómo era?

—Soldados: desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan...

—Bien, bien. Yo pronunciaré uno parecido. Y perdona si en tantas cosas me parezco a ti, aunque te supere. Yo les diré a mis tropas: Soldados: desde lo alto de estas pirámides, cuarenta y un siglos os contemplan. ¿Qué culpa tengo yo si te supero en tantas cosas, Napoleón?

Napoleón parecía recordar sus campañas, sin hacer gran caso de su interlocutor:

—Después sobrevino la batalla con los mamelucos... —dijo como hablando consigo mismo.

El asilado Hitler lo interrumpió:

—¡Ah, los mamelucos! Eso es lo que yo necesito para mi campaña de Rusia. Pero es inútil. Me falta lana, y mis pobres soldados pelean desabrigados. ¡Si yo los pudiera mandar a pelear con los mamelucos!...

Mussolini tarareaba la marcha de Aída con una hermosa voz de barítono desafinado.

EL SOLDADO DESCONOCIDO



SANCHO. — Lo mejor que podríamos hacer sería marcharnos a casa y cuidar de nuestras cosechas antes de que nos ocurran peores males.

DON QUIJOTE. — ¡Qué poco sabes de achaques de caballerías; ten paciencia que día vendrá en que veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio!

Contra la escasez de metales

La escasez de hierro plantea, según he oído, agudos problemas, y el gobierno se dispone a conjurarlos preparando medidas para localizar los "stocks" y dictar sus respectivos decretos de intervención.

Parece que no es sólo el hierro lo que escasea, porque igual cosa sucede con el níquel, la hojalata, el estaño y, sobre todo, el oro. Ello me hace temer, pensando en la anunciada actitud de las autoridades, que los varones virtuosos y prudentes tendrían que andarse con cuidado sino quieren correr el riesgo de verse confiscados por las autoridades. Porque para remediar la escasez de metales, ¿qué mejor que apoderarse de los hombres virtuosos, los que tienen fama de poseer corazón de oro, puños de hierro, cabellos plateados, voz argentina y pies de plomo?

LA SERPIENTE DE CASCABEL

—Parece que al coronel le ha tocado una prenda brava...



—Pero, querida, ¿por qué hemos de enfurecernos los dos?





—Devuélvale los golpes, señor Pelúdez; así aprenderá el nene a portarse como es debido.



—Nos estamos acercando a un pueblo.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque estamos atropellando más gente!



—Tiene razón; ¡es diamante!

DEL CUADERNO DE

César Bruto

REDACTOR EXCLUSIVO DE CASCABEL

TEXTO Y DIBUJOS DEL AUTOR

II.- Endonde Paga el Pato un Hinosente







Continuando con la viografía de mi bida, buelvo a la época felis cuando yo tenía más corta edá que haora o sea cuando era un béibi. Disen los familiares fidedipnos que cuando la cigüeña me trasportó al ogar paterno yo pesaba agata un kilo y cuarto, pero representaba mucho más porque mi cabesa era de adulto y día por medio mi tía federacióN o muertE se hencargaba de afeitarme, con gran fastidio de mi padre que a lo primero quería esibirme en un circo, adentro de una damajuana y con un letrero: "arañA poyito jigante", pero reunido el concejo de familia se resolbió que nadies se enterara de mi precensia y en cuanto benían visitas me escondían al altiyo, de cuyo lugar me escapé un ves y gateando, gateando salí a la vedera justo en el momento que pasaba la perrera y me enlasaron y me yebaron rejuntado con los perro, los cuales enpesaron a hauyar asustados. Felismente, mi tía federacióN o muertE alcansó a precensiar el espetáculo y abisó a mi padre, el cual dijo:

—¡Meno male, al fin se lo sacamo de ensima!

Pero mi madre corrió a la casa sentral de la perrera y me reclamó enérjicamente. Dicen que las autoridades del establesimiento me colocaron en rueda de perros y entonces mi madre —lo que es el instinto madrenal!— me reconoció en seguida, y después de pagar la multa pudo yevarme de vuelta al "jome, sui jome". Eso sí: para hevitar otra catástrofe, me sacó patente y me conpró un coyar con un cascabel... ¡Quién habería de desir que, con los años, yo estaría en otro cascabel y hescribiendo mi viografía!

Produsido mi natalisio y cu do la junta de doptores convocada por mi padre resolvió sertificar que yo pertenesía a la especie humana (cuatro votos contra tres), se planteó istantáneamente el prolema de mi halimentación. Poco faltó para que con la elesión de mi volo halimenticio ardiera troyA, porque demientra algunos familiare se inclinaban por la laptancia realisada en una ama de cría estrangera, otros incistían en que la leche debería de ser autótona para que yo no saliera algún día tirando en contra del paíx. ...Por suerte, a la final interbinieron los doptores y me resetaron leche de vurra, rebajada con agua y en frascos de sien gramos, con lo cual me fué muy bien, esetuando aquella ves que todos se fueron al viógrafo y le encargaron a mi padre el suministrarme la mamadera, y el viejo se equibocó de frascos agarró el de la ontura blanca, le colocó el chupete y forsejeó durante dos hora hasta haserme tragar el contenido. La cosa se descubrió meses después cuando a mi abuelito le hisieron unas friegas a la espalda con leche de vurra, a consecuencia de lo cual el pobre ansiano sufrió una recáida y el herror de mi padre lo mandó al tacho. ¡Sienpre se a dicho que los grandes herrores caen sobre los inosente!

EL PROSIMO CAPITULO:
"ENDONDE ENPIESA MI ISTRUCION"

¡Hay que tirar a pegar!

Por SERAFIN LANDES



Eusebio Tales era un hombre de armas tomar, según comentarios que se hacían en Venado Bizco, donde habíase acostumbrado a ganarlas todas, usando siempre su impresionante "parada".

Era el hombre de consulta: cuanta rencilla familiar, pelea callejera o disgusto enconado se suscitaba en el pueblo era solucionado por don Eusebio, quien siempre era el encargado de decir la última palabra, usando a menudo un rosario de anécdotas, verídicas o no, pero que "había que creerlas, pues eran cosas de don Eusebio".

Se mentaba de la vez en que de puro guapo lo corrió al Pardito Luna por diferencia de monedas en el truco, o de la vez que le pegó al negrito Bello porque ensució la vereda que estaba lavando la esposa de don Eusebio, quien daba fe a todos los relatos fabulosos que contaba su marido. Lo raro de don Eusebio era que nadie había visto sus hazañas, pero por prudencia se creía en ellas.

Una noche, en rueda de amigos, uno de ellos, el más bajito y pelado, preguntó a don Eusebio qué actitud asumiría él en un tiroteo en el cual participara un gran número de personas. Todos los parroquianos de "Las Cuatro Puñaladas" quedaron a la espera de la palabra sabia en matonería de aquel guapo, a quien se atribuían tantas "hombradas".

Don Eusebio puso una mano en el ancho tirador, y con elocuencia propia del hombre seguro dijo: "Siempre, en todo tiroteo grande, el hombre de avería tira al aire para no verse estúpidamente complicado en caso de que caiga alguno muerto o mal herido". Esta fué su perdición. Al otro día, por todo el pueblo circuló como reguero de pólvora, corregida y aumentada, la teoría de aquel terrible hombre de acción.

Llegó el mes de marzo. Se realizaban en la provincia elecciones de gobernador. Don Eusebio, como hombre de acción, fué llamado por el caudillo, el doctor Zito, para que se encargara de mantener el orden en el comité, donde, para hacerlo, se necesitaba ser hombre decidido. Pero la suerte empezó a abandonar a Eusebio.

En una de las manifestaciones de propaganda, la multitud marchaba por la calle principal de Venado Bizco en dirección a la plaza, donde aguardaban el intendente y el caudillo junto con el candidato a gobernador.

La mala suerte hizo que don Eusebio llegara tarde a ese gran acto cívico, por lo que se vió obligado para poder escuchar los discursos en forma, a ubicarse en la copa de un árbol de la plaza, desde donde se dominaba todo ese soberbio espectáculo.

Una de esas coincidencias lamentables hizo que bajo de la planta donde se había encaramado don Eusebio, se encontraran el chino Domingo y el manco Antonio, viejos enemigos y matones, ambos del partido de Matanzas.

Se vieron, se miraron, y como poniéndose de acuerdo, "pelaron" al unísono dos terribles "bufosos" exponentes fieles del más refinado arte bélico.

El tiroteo se generalizó rápidamente, y en dos minutos aquello era un campo de batalla, en el cual los proyectiles parecían serpentinas, mientras el pobre Eusebio, desde arriba de la planta, gritaba desaforadamente:

—¡Tiren a pegar, cobardes, no tiren al aire, tiren a pegar!... — pues vislumbraba que el primer disparo hecho al aire podría ir a incrustarse en su regia y abultada melonera...

Toda la población se enteró de lo ocurrido. Don Eusebio hace cuatro semanas que no pisa por "Las Cuatro Puñaladas", y el negrito Bello todas las mañanas se deleita en ensuciarle la vereda...

Un Caso Raro, o El Hombre "Convertible"

Por RAFFLES Jr.

Había una vez un cierto individuo que encontraba el más grande de los placeres en darse vuelta, o sea, hacer aparecer afuera lo que hay adentro, y poner dentro lo que hay afuera.

Le encantaba escandalizar a las viejas.

Un día, una linda chica, le dijo que no malgastara su talento; que se dedicase al teatro o al circo

Tomó muy en serio esta advertencia oicuL alodnipS* (el nombre es Lucio Spíndola, pero en ese momento se había dado vuelta), y se fué a la capital a ver a un empresario.

Pero los empresarios son brutos por naturaleza; éste en especial, y le dijo:

—Está bien, pero los de las galerías no lo van a ver. Además, usted no es una chica que tenga lindas formas. Ni en un cabaret sería usted recibido como curiosidad.

Claro que él no se iba a dejar vencer tan pronto, y le preguntó si le pagarían bien por ilustrar clases de anatomía en alguna conferencia médica.

—¿Cómo que le van a pagar bien? Vea, amigo; yo tengo que vivir, y con el 10 o/o de lo que gane usted, no vive ni una hormiga.

Le dijo entre otras cosas que su número no le interesaba y que se lo fuera a vender a cualquier borracho que le hiciera caso. A Lucio le pareció muy buena la idea y entonces fué a ofrecer su talento al propietario de un bar, quien solía entretener a los clientes con un espectáculo de baile. Le hizo una demostración, y como la esposa del dueño se cayera muerta de susto, éste, en señal de agradecimiento eterno, lo tomó bajo su protección.

Mientras Lucio hacía esa demostración para dos o tres borrachos, amigos del barman, lo vió la pareja de bailarines que él había substituído. El hombre, una especie de King Kong, con cara de King Kong, apoyó un revólver en los riñones de Lucio y le dijo:

—Caminá derecho y sin hacer resistencia. Te llevo a mi departamento para que le enseñés a mi mujer a hacer ese truco.

Tenía el bailarín un lindo departamento, y una linda esposa. La susodicha era la mujer que había presenciado la demostración en el bar.

—Si le enseñás el truco a mi mujer por quinientos pesos, no te pasará nada, en cambio, si no aceptás, te cocinamos a tiros.

—Pero es que yo no sé cómo hago para convertirme. Si lo supiera se lo enseñaría sin cobrarle nada.

—¡Vamos, mirá que te rompo todo! — intervinc el hombre.

—Lamento mucho haberles quitado el puesto de bailarines que tenían en el bar de Charly, pero qué le voy a hacer si esto no es ningún truco. ¡Nací así!

—¿Cómo naciste? — preguntó de nuevo el hombre.

—Así — respondió oicuL, mientras se daba vuelta.

—¡Desconviértase! — ordenó con voz de bruto el hombre.

Así lo hizo, pero fué amenazado nuevamente.

—¡O le enseñás el truco a mi mujer o te pego cuatro tiros!

Viendo que el señor hablaba en serio, Lucio se dió vuelta de nuevo, y desde adentro le gritó:

—emataM is sos ojurb. (¡Matame si sos brujo!).

Pero el muy sinvergüenza no le dió tiempo a nada, y mientras Lucio esperaba la respuesta, el individuo lo ató de brazos y piernas a sendas mesas, camas y sillones, y así, sin más ni más, se fué a buscar un frasco de formol, le roció toda la barriga con el contenido del mismo, y lo dejó al aire libre como cuatro días. Después lo vendió a un colegio nacional, donde varias generaciones de estudiantes le sacan el hígado para estudiarlo, y luego se lo vuelven a poner hasta que llegue la nueva generación.

EL FABULOSO PAGO DE HONORARIOS

Por MANUEL PEREZ



uien dijo aquello de que "la historia se repite" no pudo estar más acertado que en el caso que relataré y del que fuí protagonista.

¿Recuerdan ustedes aquella anécdota del rey que hallándose enfermo fué curado por un médico que, como único pago de sus honorarios, quiso un gramo de trigo, en duplicación progresiva, por cada cuadro del tablero de ajedrez?... Bueno; vean si a mí no me pasó algo parecido:

En mi hogar éramos dos: mi esposa y yo, pero como no hay dos sin tres, la cigüeña nos trajo una "chancleta".

La llamamos Beba, aunque más nos hubiera valido llamarla Boba. Por lo menos habría hecho juego con la viruela que le atacó a los nueve años.

Esa clase de enfermedad — según los médicos — le venía por atavismo; es decir, por herencia directa de los abuelos, que, dicho sea de paso, fué la única herencia que nos dejaron.

Lo más terrible del asunto es que la viruela que se ligó la nena, a pesar de ser "boba", tenía sus agallas: no había médico que se la pudiera sacar de encima ni echando mano a las "muestras gratis" (que dicen son las más efectivas).

Por fin, resolví recurrir a un oftalmólogo español, ¡perdón, me equivoqué! A quien recurrí fué a un sabio "virulento", es decir, a un especialista en viruelas. Su primer informe fué que, "lo bobo de la chica aumentaba la persistencia de la enfermedad por la afinidad que existía entre ambas".

Como su informe encerraba demasiado tecnicismo, no le entendí una jota, pero, eso sí, comprendí que teníamos bobismo para rato.

Afortunadamente, después de dos semanas de lucha, la viruela se batió en retirada dejando libre a la Boba; digo, a la Beba.

Y aquí viene el cuento:

—¿Cuánto es, doctor?

—Una moneda de cinco... — contestó.

Pensé que el pobre galeno se había contagiado de mi hija, cuando continuó:

—...una moneda de cinco colocada en el primer cuadro del tablero de ajedrez..., en el segundo pone dos, en el tercero cuatro, y así, duplicando la cantidad hasta llegar a la última casilla. ¿Le parece caro?

—No — dije yo, que todavía no conocía la anécdota y que "in mente" había calculado alrededor de quinientas monedas, que darían un total de veinticinco pesos.

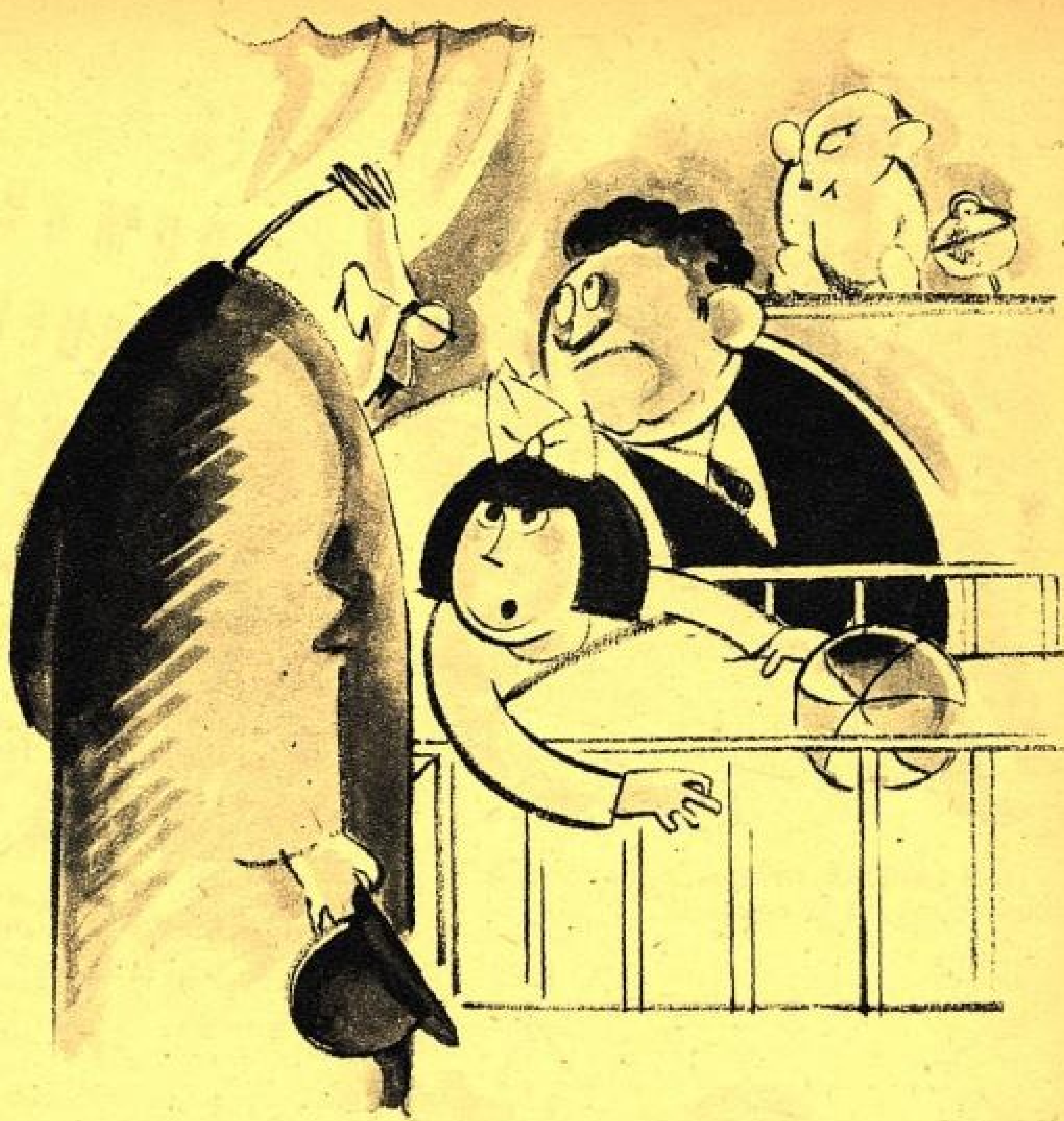
Cerramos trato... Traje un tablero de ajedrez y empecé a colocar monedas de cinco.

¡Compañero! Las quinientas monedas ya las había pasado en la casilla número nueve.

No conseguía más monedas de ese valor, cuando el doctor Inocenti — tal el nombre del médico — me insinuó que, en todo caso, pusiera monedas de diez y de veinte, en equivalencia con la suma a colocar.

Recorrí todos los Bancos, asalté las estaciones de subterráneos, me visité las setenta líneas de colectivos y las sesenta y ocho de ómnibus. Aquello parecía un barril sin fondo.

Al llegar a la casilla veintinueve había depositado trescientos sesenta y nueve millones, setecientos veintiocho mil quinientas once monedas de cinco o su equivalente.



Empecé a comprar fósforos con un peso para obtener noventa y cinco centavos de vuelto. Eran simples aspirinas para alimentar a un dragón.

Pronto llegó el período trágico del trueque con desventaja: pagaba un peso por noventa centavos en moneda, después por ochenta; más tarde por cincuenta...

Una de las mayores fuentes de recursos me jugó una mala pasada. Vendía chapitas en lugar de monedas a todos los pasajeros. Consulté con el doctor Inocenti, pero no quiso saber nada de chapitas. Dijo que tenía bastante con la que ostentaba en la puerta de su consultorio.

Recuerdo que una mañana me hice lustrar veintidós veces los zapatos para obtener otros tantos cambios... A veinte lustradores les debo la lustrada, por falta de níqueles.

Ya no sabía qué partido tomar, cuando un amigo me sugirió que comprara los discos de níquel para fabricar yo mismo las monedas. Me gustó la idea y encargué dieciséis millones a Norteamérica.

Para ese entonces el gobierno había hecho lo propio, pero un torpedo traidor nos dejó a los dos sin discos y con el fonógrafo en marcha. En la imposibilidad material de conseguir más monedas, me entrevisté con el doctor Inocenti, quien aceptó que le pagara en cuotas mensuales, a razón de una casilla por mes. Si no he hecho mal los cálculos, como última cuota, correspondiente al mes de junio de 1944, tengo que entregar al distinguido y humano galeno, la pequeña suma de 4.303.874.046.311.006.208 monedas; y lo pongo en números, porque si tengo que deletrearlo me hace falta otra página...

NOTA. Alguien me dijo que en Buenos Aires, hace poco, se hizo sentir marcadamente la ausencia de monedas, pero yo no creo que mi caso tenga que ver nada al respecto.

ESO QUE LLAMAN GREGUERIAS

Aquel dentista napolitano, tenía el torno... a Sorriento!

■ En el puchero artístico abundan las morcillas.

■ Para hacer una greguería hay una receta infalible: basta pensar una cosa que no hayan pensado los demás.

■ Conocí un español que llegó en un bote y se fué de un salto.

■ La espada que lleva la Justicia, es para darle al que quiera averiguar si funciona bien la balanza.

■ El que inventó el pagaré, en seguida se lo endosó a otro.

■ ¿A las mujeres, quién las entiende? Si las abrazamos en la calle nos hacen detener; si lo hacemos en un baile, nos dan las gracias.

■ Nunca jueguen al codillo con un fiscal; el fiscal acusa.

■ Cuando se dice que Fulano es un pedazo de pan, no hay que olvidarse que hay pan duro.

■ Que me perdone Olivero, pero creo que antes que él, a la estratósfera llegará el precio de la carne y de la fruta.

■ Todavía hay tipos inocentes. Ayer me decía uno: "¿Si de noche da tan buen resultado encender los faros, en lugar de tocar bocina, por qué no lo hacen también de día?"

■ Ayer vi uno que tomó un taxi en la parada obligatoria.

■ La temporada del Colón le viene de perilla al Marconi, y es que en éste sí, hay óperas populares.

■ La población debe fijarse en los vueltos; hay actualmente una falsificación de billetes de mil pesos.

■ No hay nada más inofensivo en la vida privada, que los traidores teatrales.

■ La suerte es muy remolona; ya lo dijo aquel romano que no quería cruzar el charco: ¡La suerte está echada!

■ Este año se ven muchos ponchos en hombros porteños; me parece muy bien; el verano pasado he visto a muchos compatriotas de tierra adentro, de riguroso palmbeach.

■ Dicen que la esperanza es lo último que se pierde; ¡qué aliciente para los que tengan una suegra de ese nombre!

■ Si en lugar de una manzana, Eva hubiese esgrimido un higo de tuna, no habría habido pecado original.

■ Aquel pescador enamorado cayó en las redes.

■ Si fonía es sonido y sin es negación, una orquesta sinfónica debiera carecer de sonido.

■ En los departamentos modernos hay tres canillas de agua: caliente, fría y tibia.

■ Hay que democratizarse; basta de hacer lo que se nos dá la real gana. Y entonces, no beber imperiales, sino cívicos.

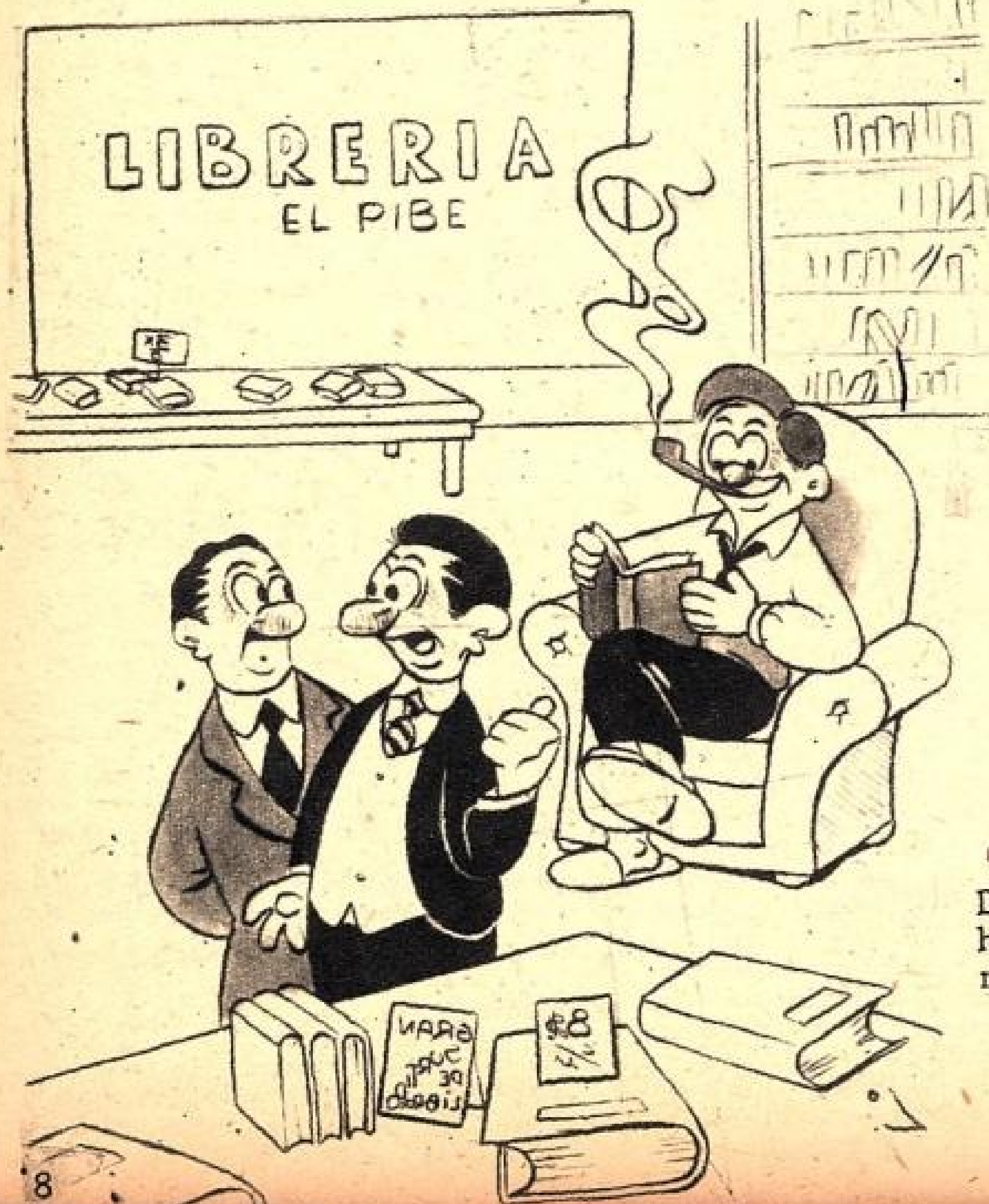
■ Las frases idiotas: préstame cinco pesos "hasta mañana".



—Sí, señora; hemos encontrado a su nene. Está en la celda 16.



—Capitán: se acerca la tormenta.
—Cuando llegue, ¡hágala pasar!



—¿Qué hago? Dice que está hojeando nada más...

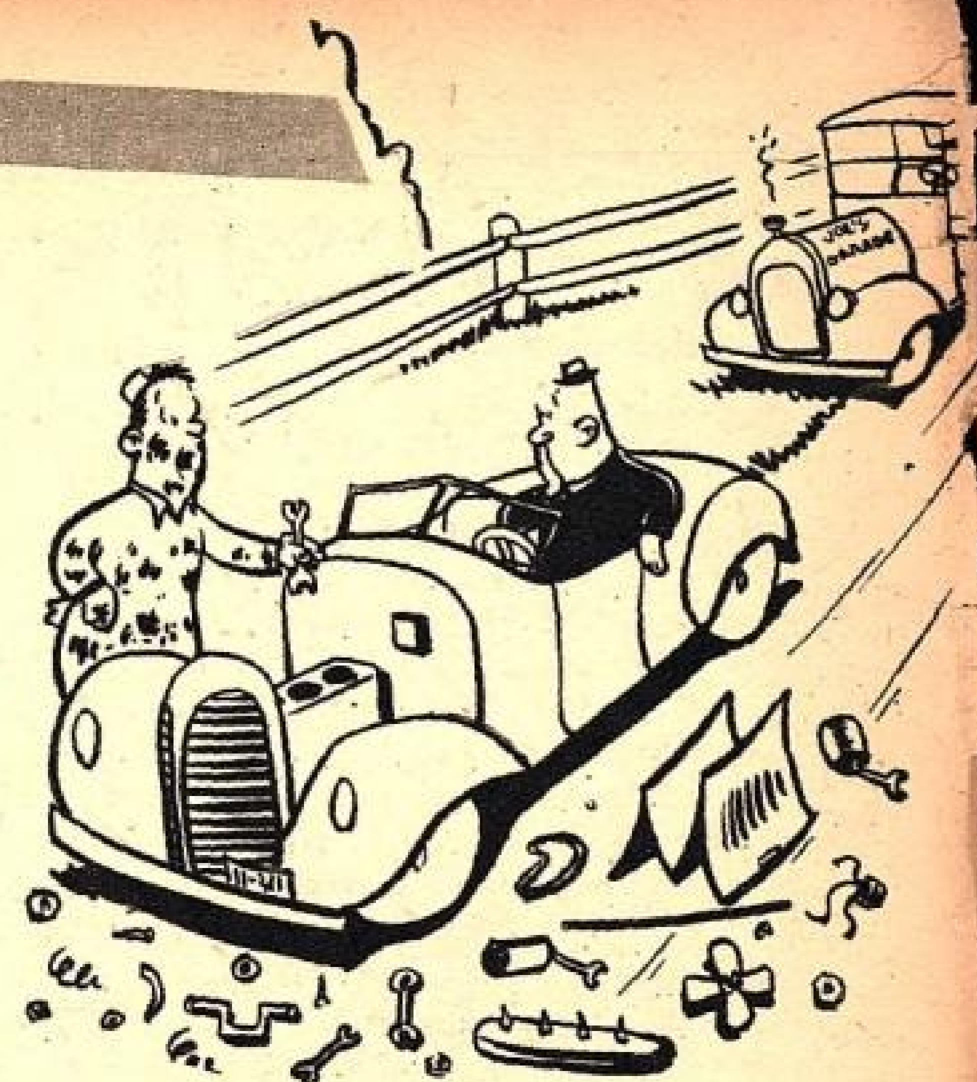
ES DE HOMBRES TENDER LA MANO AL QUE SE CASA

A medida que llega la culminación de los preparativos matrimoniales, el futuro preso perpetuo va siendo envuelto en una tupida niebla, mezcla de inconsciencia y de ofuscación. El bando femenino (constituido por futura esposa y futura suegra) desarrolla en tales circunstancias una actividad devastadora. Nada de inconsciencia ni de ofuscación por ese lado; muy al contrario, premeditada conciencia y alevosa lucidez, para que no quede detalle suelto por el cual pueda filtrarse el alma del condenado.

Es en semejantes momentos que se pone en evidencia la cordial solidaridad de los oprimidos. El padre de la inminente Dalila prodiga significativas palmaditas a su yerno en ciernes, lo mira con amistosa simpatía y le habla con voz y palabra fraterna. El mareado candidato no llega a penetrar el oculto sentido de esta conducta, pero lo captan todos los que son testigos de ella y, siendo hombres, tienen motivos para interpretarla.

Aquéllos que llevan ya largos años de sometimiento, ven en el que cae un reflejo de su propia fatal y definitiva caída. Piensan en lo que espera al iluso y lo compadecen de tod corazón. Pero al mismo tiempo recuerdan que cuando ellos, a su vez, fueron pialados, no quisieron creer en lo que las voces de la experiencia les advertían y ven la inutilidad de toda tentativa salvadora. Y, en el fondo —por qué no confesarlo—, hay la satisfacción, un poco morbosa, de ver que otro terco pague con largos años de cautiverio su injustificada terquedad.



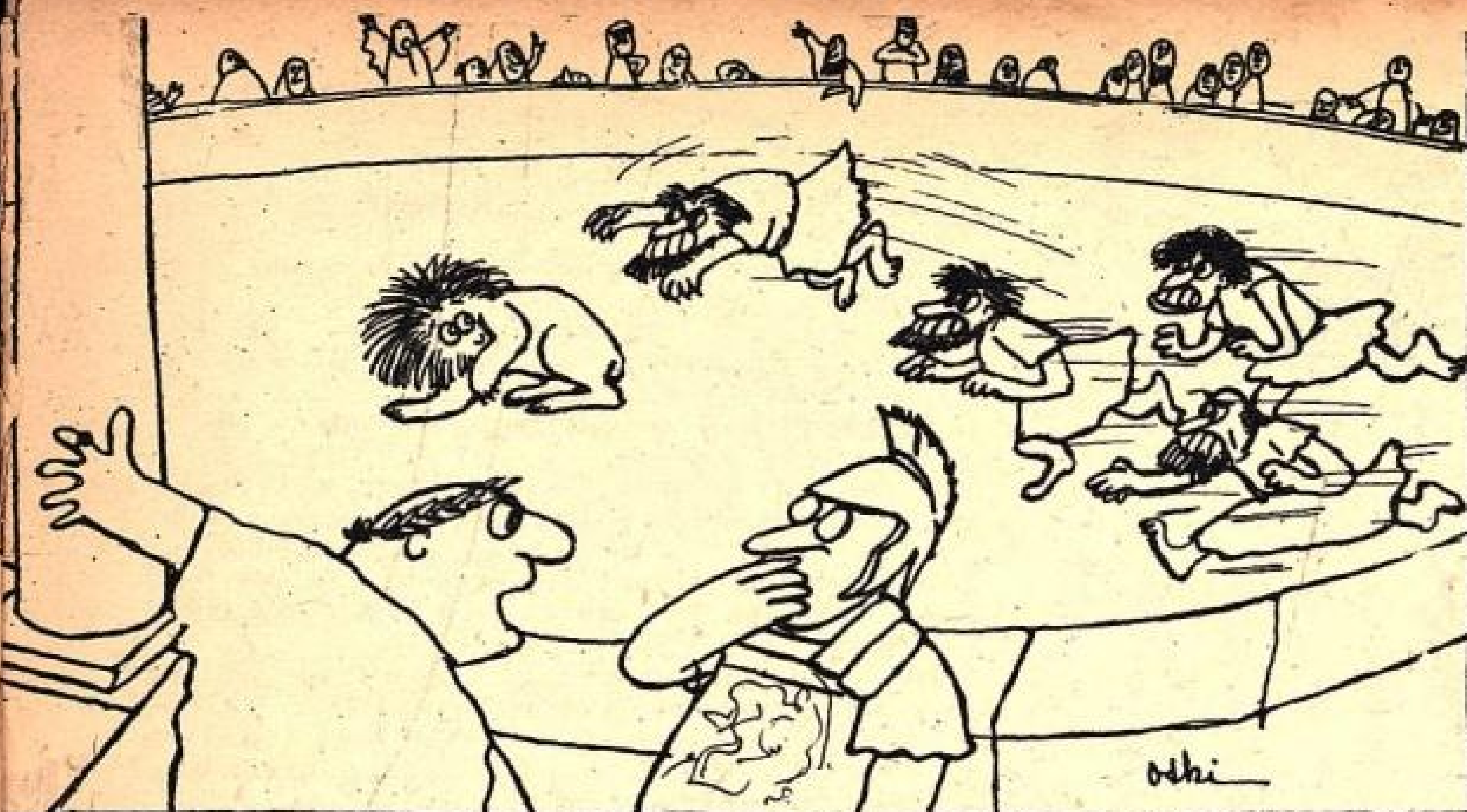


EL MECANICO. — Así, a primera vista, yo diría que el desperfecto está en el motor...



—Y esta es la foto de la novia del comisario...





—¡Idiota! ¡Otra vez han dejado en ayunas a los esclavos!...



—Es que se ha tirado tanta manteca al techo, en estos últimos tiempos...





—Ahora que esa modelo lo ha deformado todo, yo no quiero ese vestido ni regalado.



—¡R. P. F.! ¿Puedo pasar a leer la segunda línea?...



—¿No sera que la correa del ventilador está mal ajustada?

YO NO QUISE CASARME CON *Ann* SHERIDAN



Por ZOROASTRO SAMPOGNARO

Y ahora... ¡Ann Sheridan!... ¡Nada menos que Ann Sheridan, la perfecta, la escultural, la diosa de carne y hueso, la mujer demonio y ángel, la criatura más hermosa de la tierra! ¡Es ella!

Me sonríe tan adorablemente, que me siento transportado en pullmann al séptimo cielo. Se acerca. Tiende sus brazos, que ya los quisiera la Venus de Milo, hacia mi... Intento rehuirlos y ella, mujer y demonio, me atrapa en la telaraña de sus encantos. Sus delicadas manos me acarician la barba... (Hace seis días que no me afeito.) Suspira. Eleva su mirada al cielorraso. Vuelve a suspirar. Llama a la doncella... La doncella acude...

—¡Ketty, tráeme las pincitas que lo voy a depilar!... —le dice con un mohin lleno de gracia.

Mis protestas fueron inútiles.

—No, Ann... Ahora mismo voy a afeitarme... Me está esperando el peluquero...

Ella insiste. Me resisto. Grito. Acude el chófer, el mucamo, el portero y el secretario de la estrella. Entre todos me sujetan. La doncella alcanza a Ann las pinzas. Pataleo. El chófer, nervioso, me pega con el gato en la cabeza. Pierdo el conocimiento... Al despertar, Ann me sonríe, mientras, dulcemente, me da un masaje con crema chantilly...

—¡Es inútil!... ¡No me casaré con ella!... —me digo para mis adentros, con firmeza—. ¡No me dejaré engañar por la serpiente!... ¡Le regalo la manzana!...

Pero..., ¿resistiré hasta el fin?...

* * *

El destino juega conmigo a la gallina ciega. Las estrellas se enamoran de mí, los astros me odian a muerte, los periodistas me acosan y los editores quieren arrojar a la voracidad insaciable de ese monstruo de millones de cabezas que es el público, "¡La vida amorosa de Zoroastro Sampognaro!"...

¡No seré yo quien firme mi sentencia de muerte! ¡Me niego a morir en las manos de Boris Karloff, como un inocente pajarito entre las garras de un felino!

* * *

Ese domingo estaba franco. Salí de "Nápoli in Hollywood", por la mañana, y me fuí a pasear al bosque. El viento jugaba entre las ramas de los árboles. Un mirlo cantaba en un arbusto... Estaba oyéndolo, abstraído, cuando, de repente... ¡un caballo, con una amazona, en frenética carrera, se me echa encima y da conmigo en tierra! Inmediatamente, el caballo se detuvo. Mucha gente vino hacia nostoros. Y todos, sin excepción, opinaron que yo le había salvado la vida a la amazona. Me alzaron en andas y me vitorearon largo rato.

Recién entonces, la amazona y yo, nos encontramos frente a frente. La misteriosa amazona era... ¡Ann Sheridan!...

Un irónico resplandor iluminó los bellos ojos de Ann.

—Y bien... —murmuró a mi oído—. ¡Sus deseos se han cumplido!... ¡Su infernal proyecto se ha realizado! ¡Le debo la vida!...

Tímidamente, me atreví a preguntarle cuál era el infernal proyecto.

—¡Basta de farsa! —me contestó—. ¡Hable, dígame, concrete de una vez!... ¿Cuándo nos casamos?

—¿Casarme... yo...; yo..., con usted?... —apenas pude decir, entrecortadamente.

—¿No era ése, acaso, su infernal proyecto?... ¡Hable claro!...

—Ann..., adorada Ann...; yo..., yo...

En ese momento, un hombre se abrió paso entre la multitud. Era George Brent. Besó larga y apasionadamente a Ann (con gran disgusto mío); luego, preguntó si yo era el salvador providencial y, cuando obtuvo una respuesta afirmativa, me sacudió violentamente de las solapas, diciéndome:

—¡Otra vez no se meta donde no lo llaman.

Ann se interpuso.

—¡George, amor mío!... ¡Obedezcamos el mandato del destino!... ¡Tenemos que separarnos!... ¡Me casaré con este hombre!...

—¡Te casarás con un cadáver!... —rugió él.

—¡Si me caso con su cadáver, juro que todos los domingos y feriados iré a llorarlo a su tumba!... —exclamó Ann.

Entonces, intervine yo. Cobrando valor, dije:

—¡Jamás me casaré con Ann!...

Todos me perforaron, con las miradas furibundas.

—¿Cómo?... —decían—. ¿Le salva la vida y no va a casarse con ella? ¡Tiene que casarse!...

Los ojos de Ann Sheridan despedían llamas.

—¡Esto sí que está lindo! —dijo—. ¡Quiere arruinarme mi carrera! ¡Me salva la vida y se niega a casarse conmigo! ¡Esto no se ha visto nunca!... ¿No estará al servicio de Ida Lupino, que me tira al alma?

—¡Te casarás con su cadáver! —insistió George Brent—. Lo embalsamaremos y podrás colocarlo en el living, entre el flamenco y la tortuga.

Ann Sheridan no lo escuchaba.

—¡Ustedes son testigos! —exclamó dramáticamente—. Este hombre me ha salvado la vida y, con el fin de arruinar mi carrera para siempre —pagado tal vez por Ida Lupino o alguna otra—, se niega a casarse conmigo. ¡Lo demandaré y exigiré una indemnización de 10 millones de dólares!

Oí una voz que decía:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa aquí? ¿Se puede saber?

Era James Cagney. Le contaron lo que pasaba. Mejor no le hubieran dicho nada. Me aplicó tal golpe en la mandíbula, que, además del conocimiento, perdí cuatro molares. Ann hizo que me trasladaran a su casa, de la que salí huyendo, con la cara embadurnada de crema chantily.

* * *

El juicio fué público. En la primera fila, estaba mi ex esposa Doróthy Lamour, y en los asientos sucesivos, Paulette Goddard y Bette Davis. En un ángulo, Gingers Rogers, la traviesa pelirroja, sonreía y me mostraba la liga. Cuando me tocó hablar, dije:

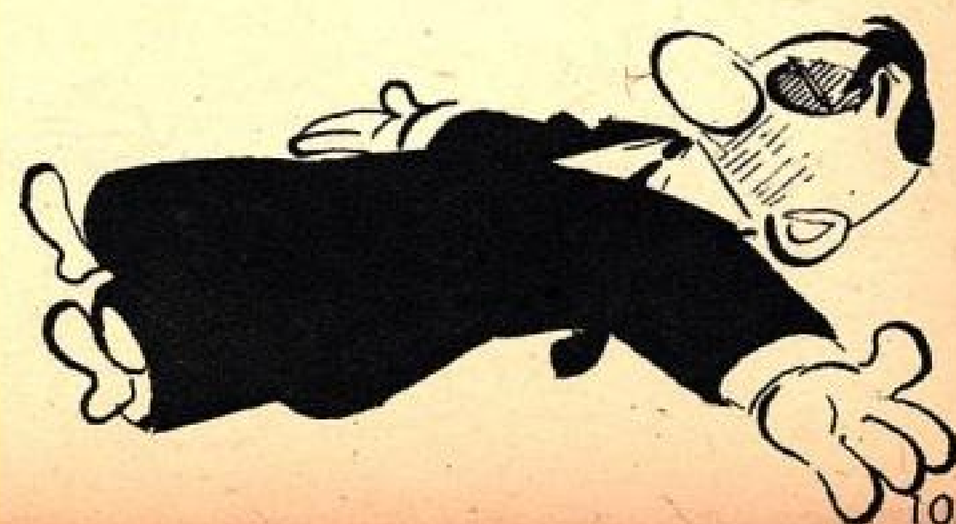
—Señor Juez: todo mi porvenir está en sus manos. Aspiro a ser eso que dicen "Made man in EE. UU.", o algo así. ¡Me estoy haciendo solo! Para llegar a ser el "Rey de la Brillantina", tengo que ser antes lavacopas y portaviandas.

El Juez me escuchaba con una expresión de cordialidad que me daba ánimos. En eso apareció Boris Karloff. Subió al estrado y algo dijo al oído del Juez, que impresionó mucho a éste. El Juez palideció intensamente y, en seguida, con energía, exigió silencio a la sala y dió su fallo:

—Zoroastro Sampognaro... ¡Lo condeno a entregar gratuitamente, durante cinco años, una vianda al mediodía y otra a la noche, a la señorita Ann Sheridan!

El fallo fué recibido con una salva de aplausos. Por precaución, le rogué al Juez que me dejara Como medida de precaución, le rogué al Juez que me dejara pasar la noche en una celda. Y, felizmente, accedió.

Así terminó mi triste aventura con la bella Ann Sheridan.





1 La parte más pesada del trabajo de corista es despertar; sobre todo, cuando se está soñando que se es la "vedette". Y después que se ha despertado, se impone despertar a las demás. De todo esto se deduce que para ser corista, se necesita ser una chica bien despierta.

LAS CHICAS DEL CORO

El noble arte de bailar al compás de cualquier son, tiene sus más esforzadas cultivadoras entre el gremio de churros. Claro que ello ocurre en el período de aprendizaje únicamente, porque luego son ellas las que dominan el arte de hacernos bailar a nosotros hasta sin música, lo que no nos proponemos demostrar en esta página.

2 La segunda parte del trabajo consiste en ensayar, tarea que se efectúa sin asistencia de público y con traje de calle, como se ve en el grabado. Algunas chicas también ensayan delante del público. Ensayan sus mejores sonrisas...



3 Esta fase es la más fundamental del noble arte de la coreografía: la hora de parar la olla. En el caso que nos ocupa, la olla se ha parado sola, como puede verse, gracias a su sólida base. Pero lo trágico de este oficio es que, como todos, practicándose para comer haya que privarse de comer para practicarlo.

4 Y aquí se enfrentan las chicas con el verdadero problema: creían bailar para comer y vestirse y resulta que al final no hacen ni lo uno ni lo otro, como se desprende elocuentemente de este documento gráfico.



Por SIMON EL BOBITO



EL RACIONAMIENTO DEL COMBUSTIBLE

A nosotros, para decir la verdad, el racionamiento del combustible nos tiene sin cuidado, porque siempre hemos detestado los encendedores de cigarrillos, que tienen menos chispa que un autor radial. Pero no por eso podemos abstenernos de decir lo que pensamos ante tal medida,. que afecta al sufrido gremio de los automovilistas, de los inquilinos de casas de calefacción, propietarios de yachts y afines.

Conviene estudiar, entonces, cuáles son los problemas que acarreará a la población la escasez de combustible. Para empezar, y considerando los aspectos más graves de la cuestión, tenemos que convenir en que la falta de combustible hará que sean más largas y más frías las noches de invierno. El simple recurso de entrar en calor mediante la ingestión de dos o tres litros de caña o grapa, o sea el método de la calefacción central individual directa, se verá en grave peligro de desaparecer, pues es sabido que la base de la industria licorera es el petróleo crudo o refinado, según se trate de bebidas populares o de lujo.

Luego está el caso del combustible necesario para la navegación, el que no es tan premioso, pues los submarinos van acondicionando paulatinamente las unidades de la flota mercante a las existencias del combustible, que es una manera como cualquier otra de colaborar en la solución del problema.

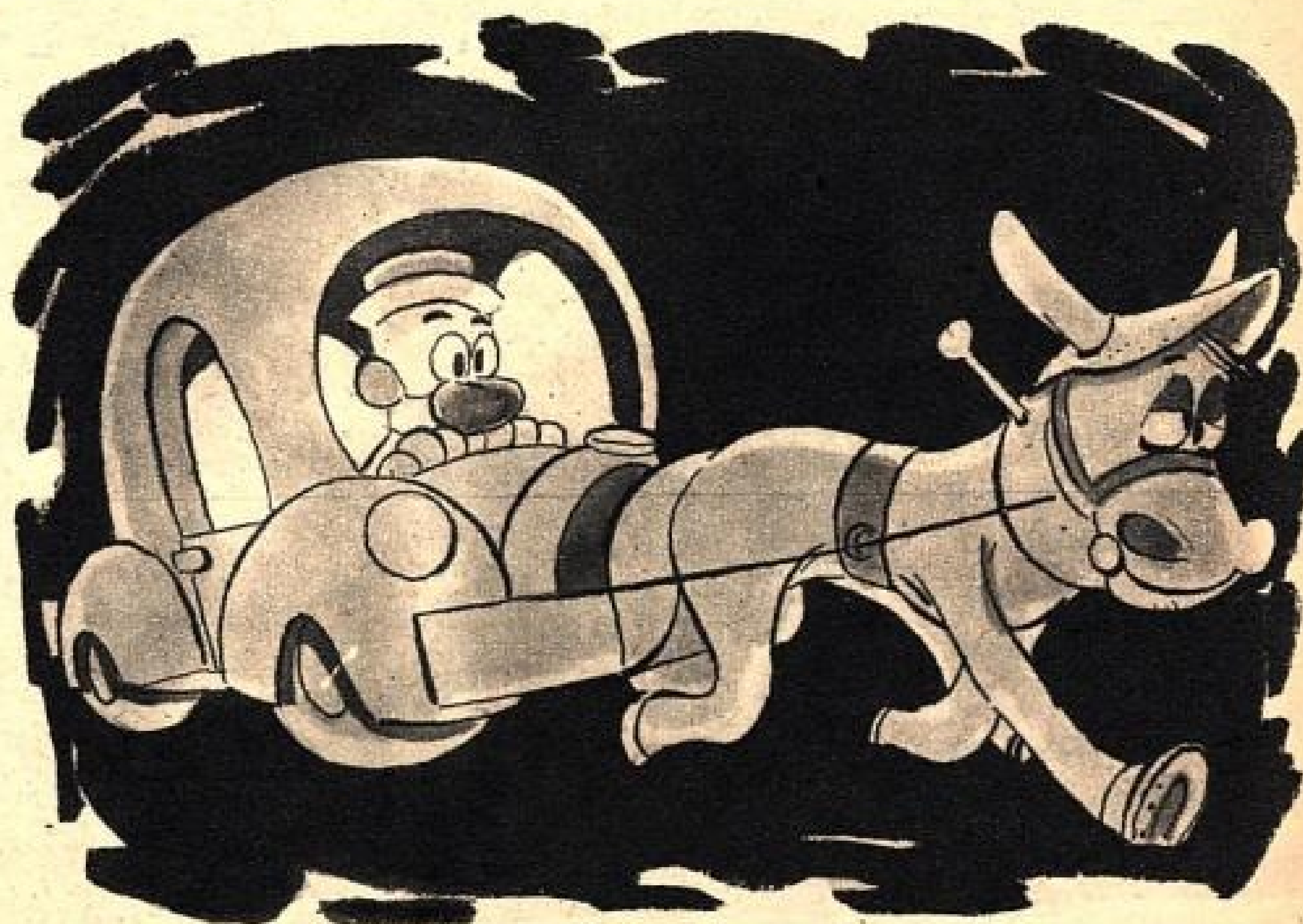
En cuanto al combustible para calefaccionar las casas, no hay que preocuparse mucho, porque los propietarios han hecho siempre el racionamiento por su cuenta·

* * *

Examinados los inconvenientes de la escasez del combustible, pasemos a analizar la oportunidad de la medida tomada por las autoridades.

Pero, antes que nada, vamos a plantear una premisa de todo punto indispensable para seguir adelante. Para racionar lo que sea, tiene que haber de lo que sea. ¿Está claro? Recomendar economizar el combustible, cuando no hay nafta, ni kerosén, ni carbón, es lo mismo que recomendarle a un tipo que ha perdido su fortuna, que haga economías...

Fuera de esa pequeña divergencia, estamos totalmente de acuerdo con el gobierno y elogiamos calurosamente el racionamiento, dentro de las limitaciones que impone la frígida temperatura de que gozamos.

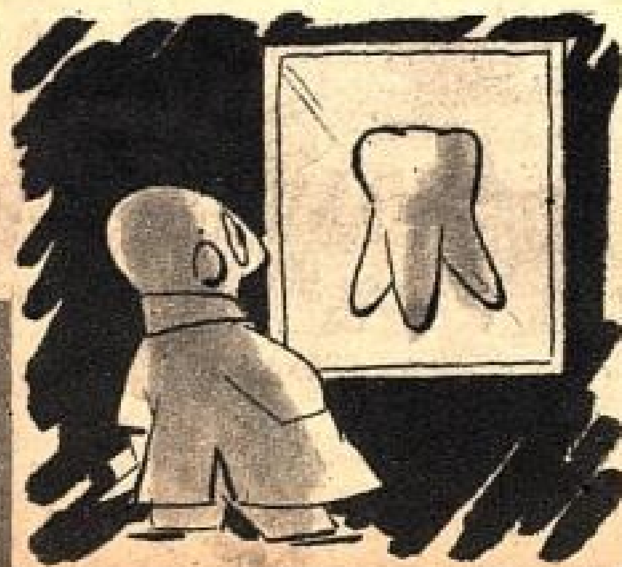


ODONTOLOGIA ARTISTICA

Nuestros más tremendos enemigos, los dentistas, han decidido organizar una exposición para lucir sus habilidades artísticas. No se trata del arte de hacer extracciones sin dolor ni del de rellenar las caries con plomo ni del de cambiar los dientes usados por otros de fantasía. No. Se trata de auténticas habilidades artísticas, como ser la pintura, la escultura y el bordado sobre cañamazo. En una palabra, la verdadera vocación que existe en cada uno de esos verdugos, afluye a la superficie y se impone como el violín de Ingress, con las desafinaciones del caso.

Ahora bien: existe una tendencia un poco curiosa, por parte de los profesionales de diversas ramas a no querer demostrar su vocación artística o lo que sea, sin desprenderse de su título· Así hemos asistido a exposiciones artísticas de los empleados de banco, de los carteros, de los abogados, de los procuradores, de los médicos y de otros que recordamos pero que omitimos para no hacer la lista tan larga.

Se nos ocurre que no existe un tipo específico de cuadros al óleo —pongamos por ejemplo— que se diferencien artísticamente por haber sido compuestos por un dentista o por un chocolatero. Más fácil sería el caso inverso, es decir, que hubiera cuadros al óleo específicamente destinados a los dentistas.



Porque si los gremios diplomados empiezan a invadir las jurisdicciones de los artistas, que después no vengan a quejarse si los poetas inauguran una exposición de dentaduras surrealistas o los músicos una clínica de enfermedades del oído...

Falta de Espíritu Nacionalista en Reparticiones Oficiales

No es la primera vez que debemos llamar la atención sobre el poco espíritu nacionalista que impera en las reparticiones de la administración pública, incluyendo los ministerios. Sin entrar a profundizar ésto último, como muestra no más, destacaremos el caso del ministerio de relaciones exteriores y el del interior. Para el primero, que está destinado a los extranjeros, la ley respectiva ha dispuesto que esté a cargo de un ministro de relaciones exteriores y culto. En cambio, para el del interior, un ministro del interior, nada más.

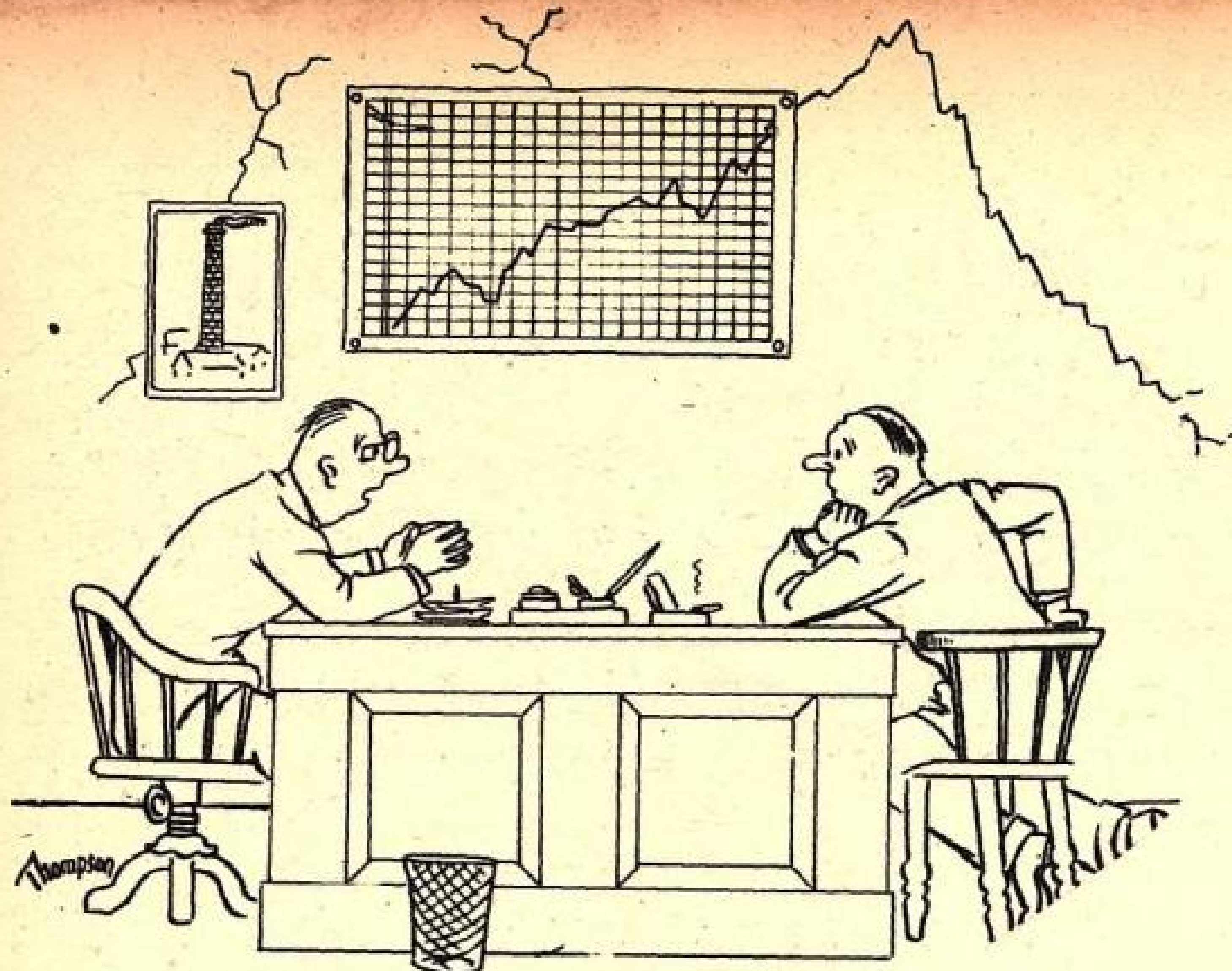
Pero no es a éso que queremos referirnos, sino más bien al observatorio de Villa Ortúzar, cuyas autoridades se la pasan dando muestras de una ausencia de sentido argentinista y culto de la tradición criolla, que verdaderamente revienta un poco.

Hace unos días, por centésima vez, el observatorio ha registrado un lejano temblor de tierra, a más de 5.000 kilómetros de Buenos Aires. Se la pasa registrando temblores extranjeros, como no pueden menos de serlo aquellos cuyos epicentros figuran a una punta de kilómetros del punto más apartado de nuestro país.

Porque —hay que decirlo— aquí se vive de espaldas a las realidades del país, y todo lo que venga de afuera nos parece excelente. Y en el observatorio de Villa Ortúzar se pagan sueldos y se malgastan sismógrafos y papel para temblores que se nos importan un pito y que, para colmo, a lo mejor se producen en países que no mantienen relaciones amistosas con el nuestro.



Si hubiera conciencia nacional y sentido argentinista, en Villa Ortúzar debieran limitarse a los temblores nuestros, que con el frío que hace y la falta de calefacción, abundan más de la cuenta.



—Al principio quedaba bien; pero si continúan estas incursiones aéreas, ¡tendremos que mudarnos de oficina!



BUSCALE LA VUELTA

—¿Cómo encuentras las tortitas, querido?

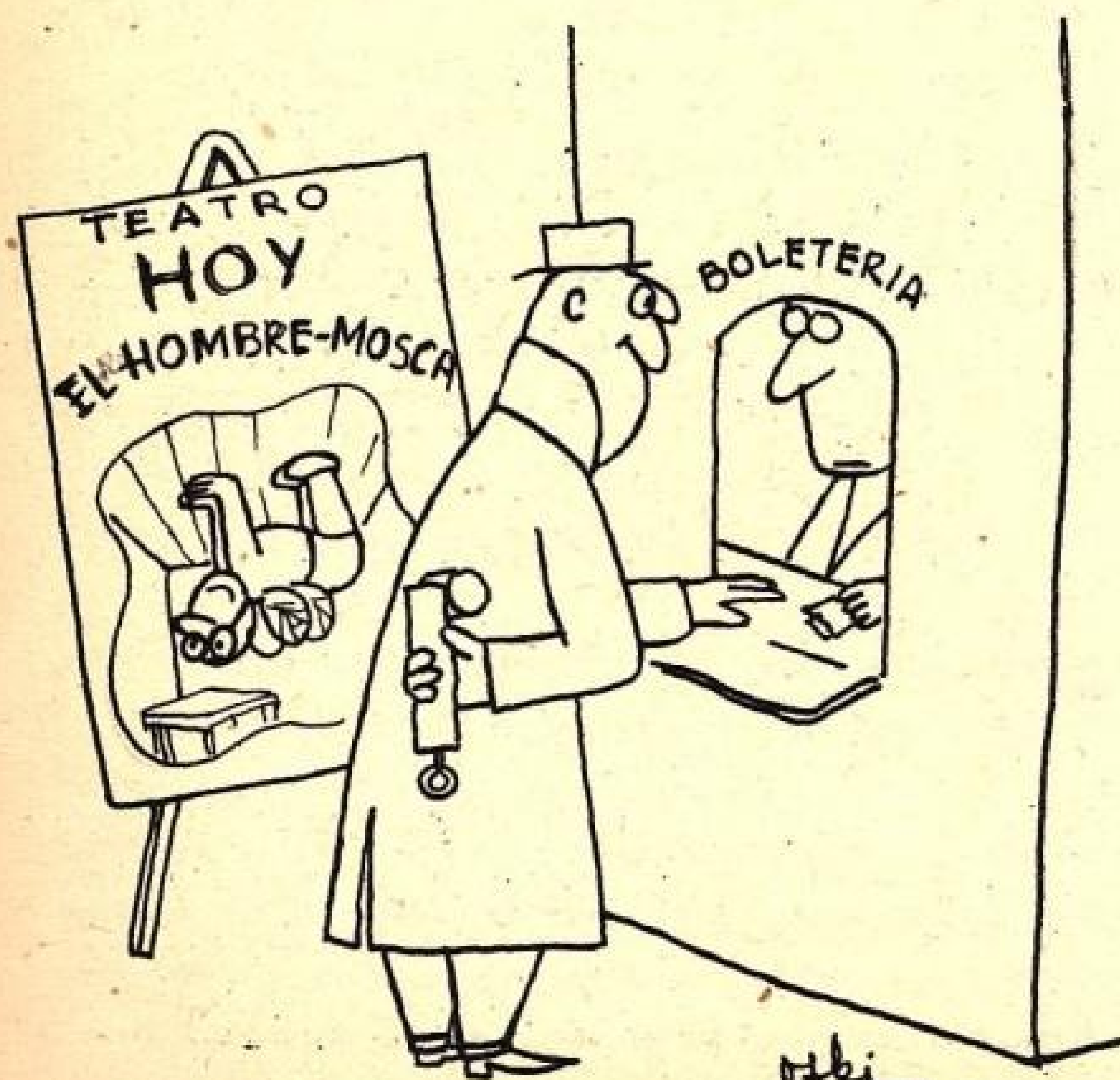


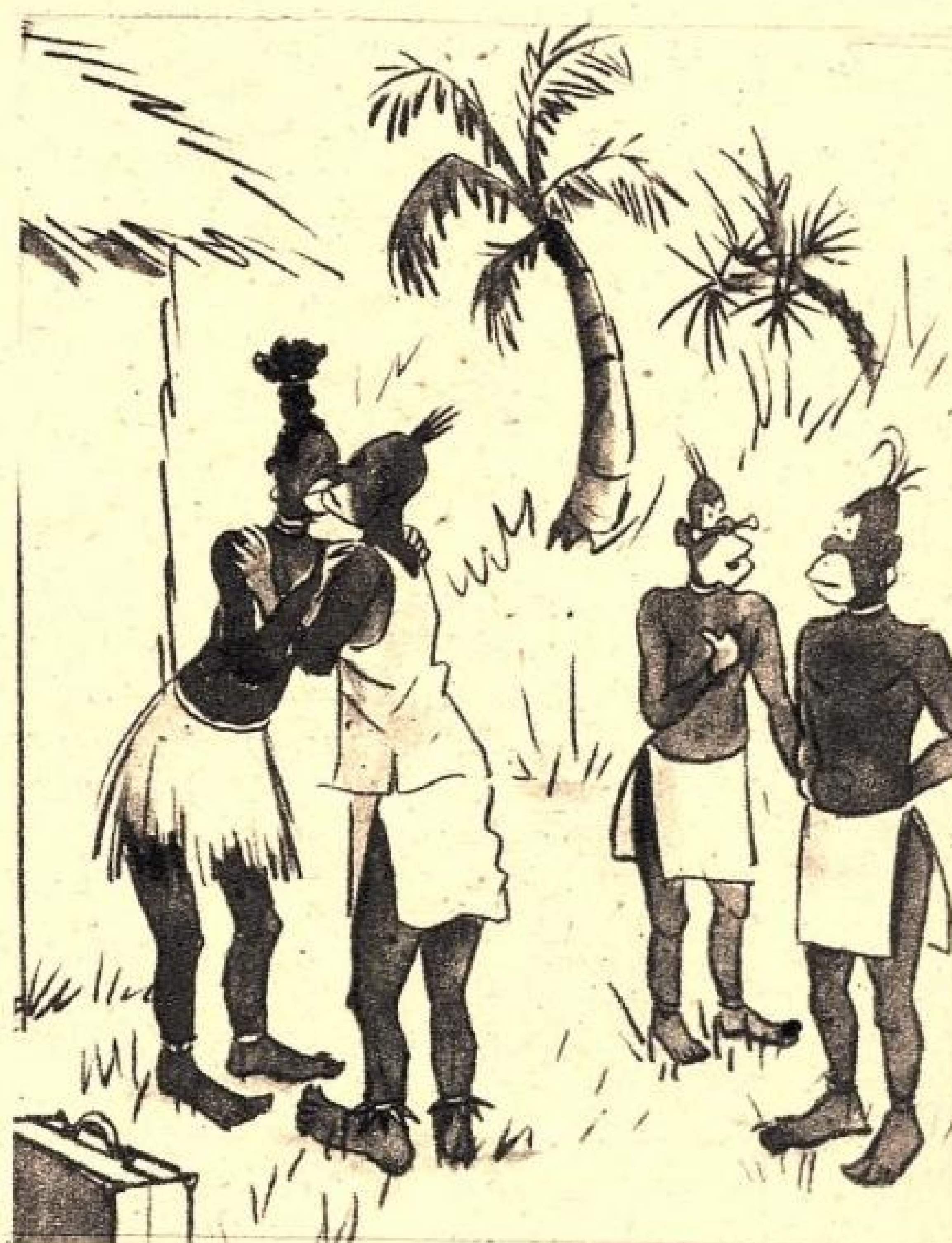
—Quiero algo que sea bueno para contrarrestar una excusa muy pobre y una mujer muy preguntona.



—Disculpe que lo trate tan familiarmente... ¡Lo confundí con mi esposo!







—Kolú se está por ir al corazón de la oscura e incivilizada Europa...



(VIENE DE LA VUELTA)



—Me parecía chico el guardarropa, pero ¡es colosal!





—No se puede jugar con él; ¡ya es la tercera reina que me come!

EL SECUESTRADOR

Por JUAN PELORZAGA (EL ZURDO)

ESTIMADO CEÑOR A.V. (LINO.)

NOSOTRO LO MUCHACHO REUNIDOS EN ASAMBLEA, Y CON (PLENO) USO DE NUESTRAS FACULTADES MENTALES ADULTERADAS; HEMO DESIDIDO DADAS LAS AMPLIAS VIRTUDES QUE LO CARATERISAN EN EL VARRIO, QUE SEA UD. LA PROSIMA VITIMA.

PARA ELLO TENEMO EN NUESTRO PODER A SU SEÑORA DEVIDAMENTE CUSTODIADA Y AL (MAYOR) DE SUS (HIGOS.) A LOS QUE NO AREMO NINGÚN DAÑO. SI UD. NOS ENTREGA 10.000 $. m/n c/l ROGAMO ESPECIALMENTE QUE NO SE AVIVE DEMASIADO Y DE PARTE A LA CANA. RECUERDE LO QUE LE PASÓ AL TANO YENARO, CUYO "FASCIMIL" ENVIAMO PARA SU MAYOR ILUSTRASIÓN...

ESQUEMA DE ENTREGA

ESTEA PARADO EN LA CALLE VELE SARFIEL ES (QUINA.) IRI (ARTE) Y VERA PASAR DELANTE DE TRES PERSONAS; SIGA AL SEGUNDO Y AL LLEGAR A CALIFORNIA DIGALE: ¿A VISTO QUE TEMPRANO AN FLORECIDO LAS (ROSAS) Y ENTREGUELÉ ESTE PAPEL CON LOS 10.000... DESE VUELTA Y ALÉJESE SIN MIRAR...

LA BIDA DE SU MUJER E IJO DEPENDE DE UN (HILO)

SALUDAMO A UD. ATTE
LO MUCHACHOS

(CONTESTACIÓN)

Queridos muchachos:

gratamente impresionado por tan buena noticia; me es grato acusar recibo y complacer vuestro pedido. Les mando los 10.000 que me piden y 50$. más para los primeros gastos de mi mujer e hijo, que deseo tuviesen una buena temporada con vosotros.

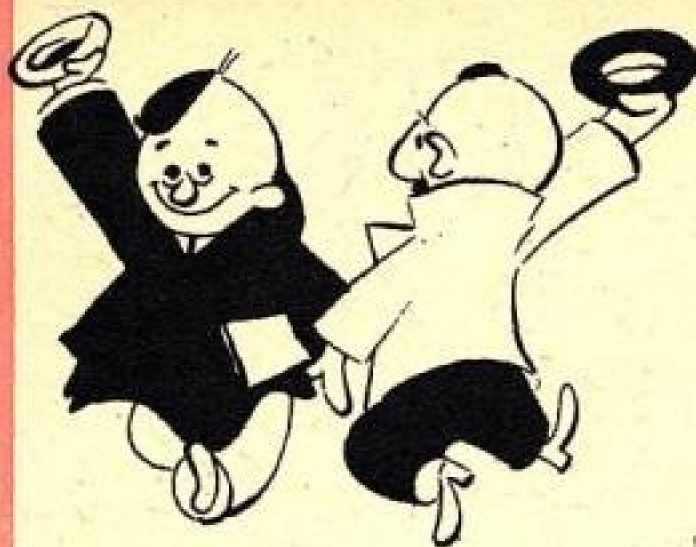
Deseando que ésto les sea leve y no les cause mayores trastornos se despide atte

A.V. LINO.

P.D. Los martes de 13 a 19 mi suegra se queda sola. (por ésta van 15.000) y no hay quien de más.

TRAGEDIA DEL HOMBRE Y LA CAMPANILLA

Por
EL CID
CARBURADOR



Ludovico Troñolo era un tipo extremadamente metódico. Hasta para saludar tenía su sistema. Al encontrarse con un conocido, a la distancia de unos tres metros, esbozaba una sonrisa franca, permaneciendo así hasta tanto su mano derecha, solemnemente, apartaba la galera de su exuberante cabeza —léase melón—. Recién entonces, al cruzar frente al individuo, se permitía el lujo de unos pasos cruzados hacia la izquierda si el amigo venía por la derecha; cerraba los párpados en un rapto de fingido pudor, y se alejaba pausadamente, con la exacta certeza de su conciencia tranquila.

Y esa noche, corolario de un día de fatigas, Ludovico geométricamente doblado bajo el brazo su periódico, penetró en el hall de su departamento. Colgada de la percha su galera, desabotonóse el elegante sobretodo de cuero de jabalí, lo dobló en dos partes simétricamente iguales y lo recostó cándidamente en el sillón verde, debajo de la lámpara de bridge.

Desvestido ya, y apenas haciendo crujir la suela de sus pantuflas, sentóse en la cama y dió cuerda al despertador; lo colocó en hora, probó la campanilla, como todas las noches, para que no fallara, a las cinco, y lo volvió a colocar en la mesita, exactamente en un ángulo de 45º con respecto al velador. Abandonó sus pantuflas y abrió las sábanas para acostarse.

Apenas lo había hecho, sonó el timbre del departamento. Asombrado, con el asombro con que nos despertamos de noche, cuando el vecino llega tarde y con aliento a caña se lleva por delante los muebles, Ludovico, inconscientemente sintió algo así como una corriente caliente y otra fría por la médula. Luego supo que era escalofrío. Calzó sus pantuflas, vistió su robe de chambre y salió a abrir. Afuera, nadie. Salió al palier y tampoco había nadie. Ni el ascensor estaba detenido en su piso. Aunque no estaba dentro de su plan de actuaciones, Ludovico rascóse con el índice el tercio postero-inferior de su cabeza. Pensó muchas cosas, pero, por suerte, no dijo nada. Cerró de nuevo. Se quitó la robe y se volvió a acostar. Apenas lo había hecho, nuevamente el timbre de calle. Esta vez corrió sin pantuflas, y sin robe, a ver quien era el gracioso. Nadie. Nadie en el palier. El ascensor no había subido de la planta baja. Cerró la puerta con fuerza, imitó con la planta de sus pies desnudos la huída al dormitorio, y se quedó escuchando y esperando que el gracioso o la graciosa, volviera a repetir el chiste.

Dos minutos, tres minutos. Nada. Al fin, despacito, incalculablemente despacio, se volvió a acostar. Nuevamente el timbre. Parecía como si el chistoso esperase que Ludovico se acostara para llamar.

Y volvió a enderezarse en la cama para saltar al suelo, y ese movimiento lo hizo reaccionar. El timbre, en ese momento, volvió a sonar persistentemente, seguido, uniforme, acaso como si alguien estuviese apoyado en él.



. . . .

¡Efectivamente; la perilla estaba debajo del colchón!

¡ATENCION... UN FUGITIVO!

MISTERIO HASTA EL FIN

ESCRIBE UN ESPECTADOR



—¡Atájenlo, atájenlo!

Y en medio del alboroto general nuestro héroe corría desesperadamente haciendo esfuerzos para mantener el equilibrio en el asfalto, empapado por la lluvia.

Para eludir a un colectivo dió un salto superior a sus posibilidades y cayó a lo largo en medio de la calzada.

—¡Ay! —gritó una voz de niña, que presenciaba la tenaz persecución; y la caída de este hombre distrajo un rato la atención sobre el fugitivo, que se alejaba a toda velocidad sorteando milagrosamente los vehículos que asomaban a su lado.

Levantándose rápidamente, y ante el asombro de todos,prosiguió su vertiginosa carrera mientras insistía en sus exclamaciones:

—¡Atájenlo! ¡Atájenlo!

Entonces comprendieron la situación de este hombre empeñado en no dejarse vencer por dificultad alguna, y sin titubear, varios se sumaron al perseguidor.

—¡Por allí! ¡Por allá! ¡Detrás del Ford!

Pero pocos segundos quedó detrás del Ford. Estaba dispuesto a vender cara su libertad. Burlando nuevamente a las doce personas que lo perseguían, se escondió debajo de una victoria. Todos rodearon al "mateo", pero con asombro comprobaron que había desaparecido. Estoy seguro de que ni Winter López se explica este misterio.

—Caso extraño. Juraría que a ese individuo lo vi detenerse aquí.

—Por aquí no pasó nadie —comentó el cochero con indiferencia.

—Me parece difícil, porque cuando dí vuelta en la esquina...

Mientras tanto, la lluvia arreciaba y el viento soplaba cada vez con mayor fuerza.

No faltaron tampoco los indiferentes que contemplaban el cuadro con filosófica atención desde la esquina.

—No lo alcanza. Apostaría cualquier cosa.

—Pues a mí me parece que está en su poder antes de que corra diez metros más.

—Te apuesto cinco pesos a que no.

—Pago. Yo voy a que sí.

Al pasar esa esquina, el agente de parada ya había observado el grupo, que corría desesperadamente, encabezado por el señor que media cuadra antes se soltó del colectivo al grito de: "¡Atájenlo, atájenlo!".

Rápidamente el agente se hizo cargo de la situación, y haciendo sonar el pito con estridencia poco común, abandonó la dirección del tráfico, para dirigir la persecución.

La forma rápida en que se desarrollaron los acontecimientos le impedía ver al fugitivo, pero enfilaba su carrera detrás del caballero del traje sucio y mojado, que poco antes había medido el asfalto con un porrazo monumental.

Un ensordecedor ruido de bocinas y protestas de los conductores aumentaba la confusión del ambiente, hasta que de pronto se oyó una voz que gritó con todas sus fuerzas.

—¡Allí! ¡Allí!



Con agilidad felina, el caballero que se había soltado del colectivo dió un salto, ahora con mayor suerte que el anterior, porque lo tomó con fuerza entre sus manos, ante el asombro de los voluntarios que lo acompañaban.

Y volvió jadeante al punto de partida.

—Tome usted, señorita. ¡Nos dió un poco de trabajo!

Y le alcanzó un pequeño sombrerito, casi deshecho ya, que se le había volado al bajar del colectivo al "churro" de referencia.

Página de la ANTIPOLITICA

EDUCACION PARLAMENTARIA

—Ese diputado nuevo es muy educado. Cuando termina de hablar sale del recinto en puntas de pie.

—¿Y para qué hace eso?

—Para no despertar a sus colegas.

LAS GRANDES EXPLICACIONES



"... porque ustedes deben saber, que un torpedo anda solo y por debajo del agua."

(De Ruiz Guiñazú a los cronistas.)

AHORA TENDREMOS PAPEL

A fin de no tirar al medio al Diario de Sesiones, el Congreso resolvería racionar los discursos de sus miembros. Aplaudimos la iniciativa sobre todo porque así puede ser que liguemos algo de papel más barato. Porque de lo contrario, entre los hundimientos de buques y la oratoria de nuestros legisladores, tendremos que llegar a hacer la revista en papel de lija.



CASCATORIAL

REPORTAJE A LA TACITA QUE SALTO EL CERCO

—YO era —empezó diciéndonos— una elegante taza demócrata. Estaba contenta de mi suerte y hasta orgullosa de mi existencia. Era la más antigua de las tazas de la Honorable Cámara. Los que me lavaban decían que parecía de cemento por lo resistente. Alfredo Palacios me conoció en mi mocedad (también él fué joven en aquel entonces), y tanta admiración mostró por mí, que hasta llegué a sospechar que deseaba llevarme con él...

La taza se sonrojó levemente y siguió hablando:

—Si..., yo era muy resistente; varias veces me había caído en el piso de mosaico de la cocina y sin embargo no me rompí. Pero...

—Si... —intervinimos—, ahora fué arrojada por el diputado Pastor y sufrió serias fracturas al pegar en la mano del diputado Albarracín Godoy.

—¿Quién les contó eso? No; una y mil veces podría haber pegado contra esa y todas las manos y me hubiera mantenido intacta. Ocurrió algo más triste; en el trayecto que hay entre el sector demócrata y el radical toqué, antes de caer en las manos del legislador que usted nombró, la cabeza del diputado Manubens Calvet. Ya sé que él ni se dió cuenta. Pero yo..., ¡fíjese cómo he quedado! Y no crean que me lamento tan solo por esta incapacidad. Lo que más me aflige es otra cosa.

—¿Cuál?

—Que me hayan hecho saltar el cerco político en una forma tan poco decorosa. Yo no niego que, cuando el doctor Ortiz estaba en la presidencia, varias veces ansié estar en las bancas radicales. Pero ahora, justo ahora en que el vice ya no es más vice, este señor Pastor me pasa al otro bando. ¿Por qué no fué él a la oposición? Pero aún esto no sería lo peor, ya que después de todo, con el barullo pude haber sido secuestrada y aparecer luego en algún comité radical; ¡me indigna pensar en que ese podría haber sido mi destino!

—¿Y cuál será, en cambio?

—Parece que me llevarán a un museo. No creo que me quieran hacer servir de muestra de la actividad parlamentaria de estos tiempos. Hablan de agregarme a las fojas de un incidente caballeresco. ¡Está lindo! Se insultan entre ellos y me pegan a mí. Luego resuelven que no deben batirse porque el honor está salvado. ¿Y lo que le dijo Pastor a Damonte Taborda? ¿Y lo que Damonte le contestó? Lo mismo hacen con mis amigos los pupitres: los diputados gritan y se insultan y entonces pegan patadas y puñetazos al pupitre. En otros tiempos se acostumbraba a hacer eso con el que había insultado. Son otras costumbres, entiendo; pero el caso es que Damonte, Manubens Calvet, Mercader, Osorio y Pastor, andan muy ilesos por esas calles de Dios. Y yo..., ¡ya me ve usted!

BALA PERDIDA

El asunto de la bala perdida de Sanmartino que casi hiere al diputado Arbeletche, sigue en danza. El doctor Sanmartino presentó un pequeño revólver (de esos que parecen de mascota), diciendo que se trataba del arma que se le había caído al suelo casualmente cerca de Arbeletche. Lo llamaron a éste último para que diera fe de que se trataba efectivamente de ese diminuto revólver.

—¿Es ese el revólver?.

—Sí —contestó Arbeletche—, ese es...

Y dirigiéndose en voz baja a un cabo:

—...Ese es hijo del otro.

PROYECTO DE LEY

El Senado y la Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo para adquirir, previa licitación, nueva vajilla para el Congreso Nacional. Las distintas piezas de dicha vajilla deberán estar fabricadas con papel.

Art. 2º — Hasta tanto se cumpla la presente ley, queda en suspenso el suministro de café, té, etc., a los señores legisladores.

(Firmado)
Albarracín Godoy

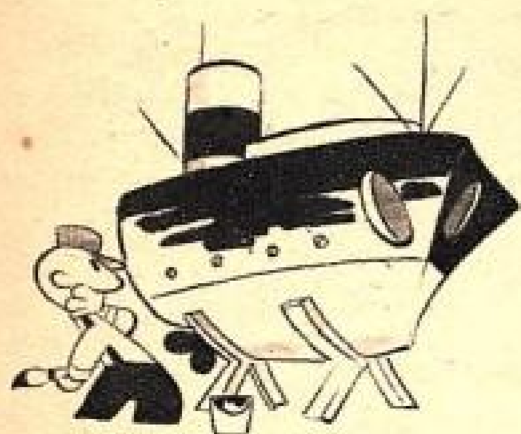


—No veo en qué pueden parecerse los radicales al equipo de Racing.

—¡Hombre, en que tienen el dominio moral, pero los otros les hacen los goles!...

DIBUJO DE GUBELLINI

UNA NOTA DEL MOMENTO CON UN 35 o/o DE SERIEDAD QUE NO HACE MAL A NADIE



LA IMPORTANCIA DE LA PINTURA EN LA CONSERVACION DE LA MARINA MERCANTE

Aunque los temas náuticos no son la debilidad de Cascabel —cosa que se explica, por ser todos los redactores unos secos— la circunstancia de contar con un selecto núcleo de lectores afectos a la navegación, nos impulsa a publicar, de tanto en tanto, algunos apuntes relacionados con esa especialidad.

Hoy nos ocuparemos, particularmente, de la importancia de la pintura para la buena conservación de las embarcaciones, cosa que suele desdeñarse algunas veces y que es causa de muchos perjuicios. El casco de un barco, como es sabido, debe pintarse concienzudamente, al fin de cada viaje de duración apreciable, y calafatearse, como Dios manda, por lo menos una vez al año. El cuidado que se ponga en la elección y calidad de la pintura, determinará la mejor o peor conservación del barco. De más está decir que, cuando no se usan pinturas apropiadas, el peligro de perjuicios en el casco puede ser lo suficientemente grave como para motivar la pérdida de la embarcación. De ahí que nos permitamos dar algunas normas sabre el tipo, color y clase de la pintura que más conviene, para evitar accidentes desagradables.

¿QUE PINTURA DEBE USARSE?

Hasta hace muy poco, se creía que la mejor pintura era la de tonos neutros, pero la experiencia ha demostrado que ella es muy débil y que el menor torpedito pasa a través suyo como si fuera manteca. Ese es el motivo por el cual algunos navegantes idearon pintar el casco de los barcos con los colores patrios, pero los colores patrios tampoco los recomendamos para la navegación, porque tienen el grave inconveniente de su poca visibilidad, lo que se traduce, por tal causa, en colisiones o rozamientos en alta mar. Se explica la invisibilidad de los colores argentinos ya que, como se sabe, están formados por los del cielo, o sea el celeste y el blanco. Ahora bien, al cielo lo vemos azul, pero ya nos han enseñado en la escuela que es una ilusión de óptica: en realidad, es el color del aire; y el aire no tiene color. "Ese cielo azul que todos vemos —dijo la ciencia— ni es cielo ni es azul". Y luego, tenemos el blanco, que es el color de las nubes. Pero, ¿qué son las nubes? Vapor de agua, como hasta los niños lo saben. Y el agua, además de ser insípida e inodora y de tomar la forma de la vasija que la contiene, es incolora. Está, pues, demostrado que se trata de dos colores perfectamente invisibles. Claro, que si al celeste y al blanco se agregara el amarillo dorado del sol, ya sería otra cosa, pero entonces sería la bandera argentina que se usa para la guerra y ahora, como es público y notorio, nosotros vivimos perfectamente en paz con todo el mundo.



La fotografía muestra una aplicación de pintura en el casco de una embarcación, que tiene sus ventajas y desventajas, las que se explican en detalle en esta página.

DIVAGACIONES alrededor de un agravio

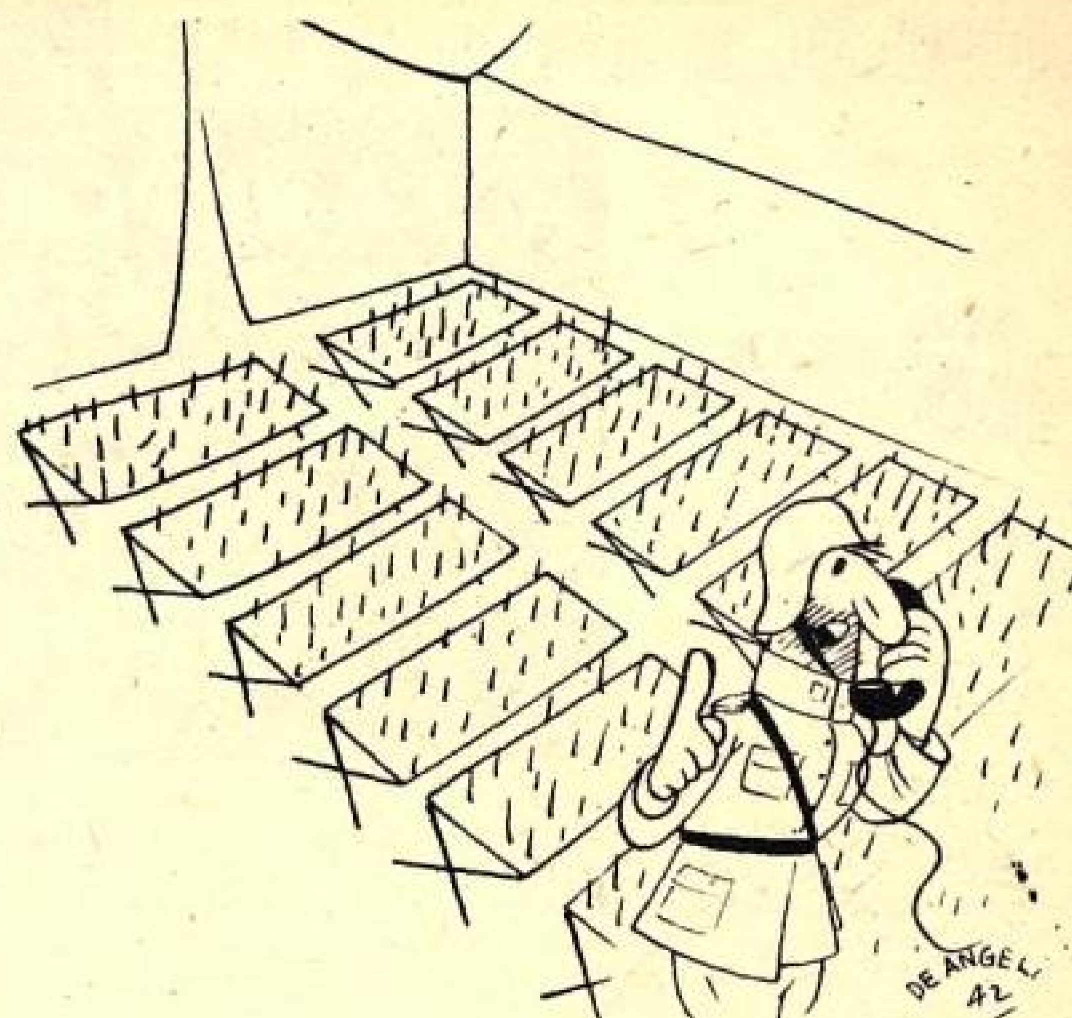
Según la docta Academia, un agravio es un dicho o hecho que daña en la honra o la fama, o bien un perjuicio en los intereses o derechos. Si un fulano nos da un puntapié, es un agravio a la integridad física y moral; pero si el puntapié, además, nos mancha el traje, es un perjuicio a nuestros intereses. Si el fulano, luego de darnos el puntapié a que nos referimos, se percata de que es amigo nuestro y que nos ha confundido con un acreedor con quien está en pleito, y que de no mediar esa confusión no nos hubiera puntapiedado, el agravio subsiste, porque la condición del mismo no está subordinada a ser involuntario o deliberado.

En el caso del torpedeamiento del "Río Tercero", el agravio reúne todos los elementos requeridos por la definición académica. Daña la fama del pabellón argentino, perjudica los intereses que ampara y lesiona los derechos de navegar libremente, porque no es necesario haberlo visto para que tal suceda. Sostener que no se puede desagraviar al pabellón porque no se lo vió, y sostener que no se lo pudo agraviar por el mismo motivo, nos resulta una argumentación propia de tipos acostumbrados a navegar entre dos aguas.

Para terminar con tanto lío, y sin que signifique inmiscuirnos en el manejo de las relaciones exteriores, lo mejor será que el gobierno exija al Reich un examen de la vista de los comandantes de submarinos que operen en el Atlántico, y que por lo pronto le retiren el registro de conductor al que torpedeó el "Río Tercero".



"TEATRO DE LA GUERRA"



—¡Sí, capitán! ¡Ya tengo listo el dormitorio para las tropas hindúes!



—¡Hemos secuestrado un cargamento de armas japonesas, mi capitán!



—¿Se puede saber para qué es la tecla de mayúsculas?



PEDAGOGIA MILITAR

El general hizo como que no se daba cuenta la primera vez que aquello sucedió. La segunda vez ya lo miró al soldado con un poco de extrañeza, pero la tercera vez ya lo soslayó con bronca, mientras mascullaba una palabra extranjera aprendida de oídas, porque no estaba en los diccionarios, según le contó el prisionero que se la enseñó.

A la quinta vez se paró, llamó al soldado y le dijo:

—¿Por qué hace eso?

—¿Eso qué... mi general?

—Eso que hace con la mano. No se lo voy a permitir porque yo soy muy franco...

—Perdone, mi generalísimo...

—He dicho que soy muy franco, pero no soy generalísimo. ¿Por qué me hace la venia con la mano izquierda?

—Me lo ordenó el capitán, señor...

—¿Cómo el capitán? ¿Qué le dijo ese zopenco?

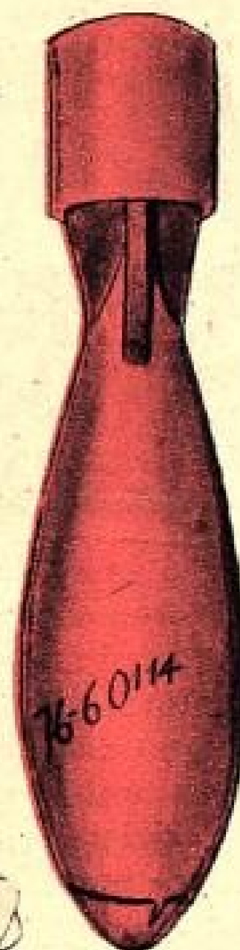
—Que la venia se hace con la otra mano, no con la que uno escribe...

—Y bueno...

—Pero yo soy zurdo, mi general...

—¡Casi pierdo el número de Renée!







—Lo siento, pero siendo éste un puerto neutral voy a tener que internarlos...

Un Imposible

Por BOABDIL TUTOMORFO



Hay muchas cosas imposibles. Es imposible —para mí— extraer la raíz cúbica de 49. Es imposible descubrir el secreto del movimiento continuo. Es imposible cultivar una rosa verde. Y es imposible establecer quién es la persona más vieja del mundo.

Esto último lo sé por experiencia. He sido nombrado miembro de una comisión designada por un gran diario, para dar con la persona más vieja del mundo y otorgarle un premio de diez mil pesos. Y me he convencido de que es imposible.

Primero creímos que habíamos dado con esa persona, en un tal Analfabeto Epaminondas Rodrigáñez, natural de una aldea en la provincia española de Logroño, cuyos amigos sostenían que acababa de cumplir 137 años. Era demasiado viejo y enfermo para reclamar personalmente el premio, pero apenas acabábamos de constatar que sólo tenía 134 años —labor que nos llevó varios meses y una punta de pesos—, nuestro agente en Rusia descubrió a un tal Boris Asmahkivopovsky, que estaba a punto de cumplir 141 años.

Cuando llegamos a la conclusión de que el tal Boris no podía tener más que 121 años, lo cual hicimos por medio de una carta de su madre, en la que decía estar segura de que Napoleón no ganaría la batalla de Waterloo porque su hijo tenía trece años —la edad de la yetta—, Analfabeto se pescó un resfrío y estiró la pata, viéndonos así obligados a concentrar nuestra atención en el ruso, hasta que apareció un inglés llamado Andy Mac Harron que afirmaba contar 123 años y haber conocido a Jorge II.

Se me comisionó para que fuera a verlo. Fuí, y en momentos en que describíame con todo lujo de detalles el famoso incendio de Londres, recibí este telegrama:

"Suspenda investigaciones. Nuevo candidato, Pietro Pissaro, 140".

A punto de regresar, me llegó otro cable en estos términos:

"Prosiga. Pissaro muerto".

Continué mis conversaciones con Mac Harron. Pero éste, en realidad, no tuvo la menor probabilidad. Llegué al convencimiento de que sólo tenía 114 años y ya a punto de decírselo, tachándole de macaneador, descubrimos un norteamericano, Jefferson P. Troleo, que juraba por todos sus antepasados contar 196 años.

Yo siempre le descuento el veinticinco por ciento a todo lo que dicen los norteamericanos, pero aun con ese descuento, Jefferson tendría 147 años y se perfilaba como un candidato de fierro a los diez mil lagartos de curso legal. Por desgracia, vivía en pleno desierto de Utah y las pruebas que presentó nos dieron un enorme trabajo. Pensamos pedir su extradición, pero desechamos la idea por difícil de ejecutar. No obstante, era imprescindible visitarle para tener pruebas oculares, además de las documentales. Por lo que sabíamos de él, el "pibe" norteamericano era digno de verse. Si se le ponía al lado de un árbol reseco, no se sabía cual era cual. Es decir, no se sabía hasta que uno no se fijaba en quien de los dos mascaba chewing gum.

En realidad, Jefferson P. Troleo debió haberse llevado el premio, porque después de mucho trajinar establecimos su edad en 142 años. Y le escribimos preguntándole cómo quería el premio, si en billetes grandes o en cambio chico, pero recibimos la triste nueva de que nuestro candidato había pasado a mejor vida.

Cablegrafiamos para estar seguros de que el muerto era Jefferson y no el árbol; nos contestaron que era Jefferson y... ¡vuelta a empezar de nuevo!

Teníamos al ruso Boris con sus 121 constatados; después de una sesión que duró toda una noche, decidimos otorgarle el premio a él. Pero a la mañana siguiente, antes de salir la carta en que comunicábamos la decisión, nos llegaron pruebas al parecer irrefutables de que Mac Harron tenía 177 años, cosa que se me antojó imposible pero que no había más remedio que investigar.

Mientras lo hacíamos, murió Boris Asmahkivopovsky.

—Bueno, ahora sí que no queda más candidato que Mac Harron —dije a mis compañeros de comisión.

—¡De ninguna manera! —respondió nuestro presidente—. Hace un instante me han comunicado por teléfono que Mac Harron ha muerto...

Nos miramos consternados. Parecía que aquellos vejetes lo hacían a propósito. Claro que teníamos a nuestra disposición toda una cosecha de viejos que seguían aumentando en años, pero las perspectivas no eran muy alentadoras. Ninguno de ellos se destacaba netamente.

Poco después nos llegó un cable de nuestro agente en Sudáfrica:

"Encontrado viejo indígena Congo, parece tener trescientos, stop. ¿Qué hago?

Le contestamos inmediatamente:

"No lo largue".

Pero, la verdad, no tenemos muchas esperanzas.





¿Cuál será de los tres el elegido?
¡Qué sencilla sería la elección
si bajo del traslúcido vestido
hubiese una mujer con corazón!

DOS TENORES PARA UNA OPERA

Por EGO



Al subir la planchada, el famoso tenor Gallináceo fué embestido por la valija que llevaba otro pasajero. Este último murmuró un "disculpe" que más bien parecía un "idiota".

Gallináceo, hombre de mundo y tenor de fama, se inclinó cortésmente, y arrojando al agua una cáscara de banana que amenazaba su integridad física, por hallarse directamente bajo su pie derecho, dijo a su vez:

—No es nada, señor...

—Ronquetti... me llamo Ronquetti...

—El mayor gusto... Mi nombre es Gallináceo, tenor de ópera.

—¿Ah sí? Somos colegas entonces; yo también soy tenor...

Se miraron un poco fríamente; luego, ante el cúmulo de imprecaciones siempre gentiles que salían de gargantas de los changadores, siguieron subiendo la planchada, entregando cada uno su pasaje al oficial que atendía el embarque. Se alejaron en distintas direcciones, no sin antes cambiarse una mirada de mutua desconfianza.

Gallináceo murmuró:

"¿Tenor? ¡Bah! Debe ser de café-concierto..."

A su vez Ronquetti hizo un movimiento de hombros, con aire indiferente:

"¿Tenor de ópera, dijo? ¿Qué falta hace? ¡Cuando uno es tenor, es tenor y se acabó; creo yo!..."

No volvieron a verse hasta la hora del almuerzo. La casualidad quiso que les tocaran dos asientos en la misma mesa, uno frente al otro. Se saludaron con un leve movimiento de cabeza, pero no podían evitar mirarse sin quererlo, por su ubicación. Sin saber el porqué, el uno recelaba del otro, y a medida que la conversación se iba haciendo general, realizaban grandes esfuerzos para evitar dirigirse la palabra, cosa imposible, por otra parte.

Ronquetti tuvo la desdicha de volcar el salero sobre la mesa, lo que motivó una especie de maullido de su colega, quien, a pesar suyo, no pudo sofocar una imprecación:

—¡Yetta!... ¡Que no sea para mí!... Mal comienzo...

Ronquetti se deshizo en excusas; no lo había hecho adrede; además, era uno de los pocos artistas —dijo—, que no tenía supersticiones. Una vez —agregó— le tocó cantar en un teatro donde un tenor rival había abierto un paraguas en el camarín, y, sin embargo, cantó como de costumbre.

Gallináceo lo miró interesado:

—¿Se animó usted a cantar después de saber que habían abierto un paraguas en el camarín?

—Sí..., ¿por qué no?

—Yo no lo haría por nada del mundo...

—Pues haga usted la prueba y verá que es fácil; si quiere, yo mismo abriré el paraguas en cuanto lleguemos a Brasil.

Gallináceo, que no parecía seguir de muy buen grado la broma, preguntó:

—¿Usted también va a Brasil?

—Sí: he sido contratado.

Gallináceo, por delicadeza, y presumiendo que el contrato sería para un café-concierto, no preguntó dónde. Y dejó caer a su vez: —También he sido contratado —sin decir el nombre del teatro, pues hubiese parecido un acto de inmodestia ante un rival tan débil.

El almuerzo había llegado ya a los postres y el hielo estaba roto; los hombres conversaban ahora un poco más animadamente y hasta contaron varias anécdotas y chistes de sus carreras respectivas, y aún, en un momento dado, Gallináceo se rió de un cuento de Ronquetti y éste a su vez festejó de buena gana otro de su ocasional compañero de viaje.

—¡Muy gracioso!... ¡Repítalo usted por favor!...

—Pues sí; en mis comienzos, una vez que cantaba en Venecia, me arrojaron un ramo de flores con una tarjeta que decía: "¡Si no te matas, eres un cobarde!"

—¡Excelente! ¡Excelente! A mí también me pasó algo parecido: cantando en Valencia, hace muchos años, me arrojaron un tomate, y cuando me quejé al empresario, ¿sabe lo que me dijo:

—No...

—Me dijo: "¡Pues dése por satisfecho; aún no es la época de los melones!..."

Esta vez el otro tenor no solamente se rió sino que levantándose a medias dió una palmadita en el abdomen del colega.

Y siguieron bebiendo y charlando. Y fué así como el empresario Muletti los encontró, ya sentados uno al lado del otro y en franca camaradería:

—¡Oh! —dijo—. ¡Es la primera vez que pasa esto! ¡Llevar dos tenores, en la misma compañía, para la misma ópera, y verlos en tan buena armonía!

Estos se miraron y miraron al empresario, exclamando a dúo:

—¿Qué dice?...

—No se extrañen; digo que tanto usted como él van contratados al Brasil para cantar la misma ópera...

Volvieron a mirarse y Ronquetti, en un arranque de coraje, exclamó:

—¡Nunca, Muletti! ¡Nunca! ¿Lo oye usted? ¡Nunca he de compartir el cartel con un partiquino!

Gallináceo se había puesto blanco:

—¿Partiquino a mí? ¿A mí, que he cantado con la Besanzoni, con la Patti, con la Muzio? ¿Y es usted, infame tenor de café-concierto, que se anima a insultarme de este modo? —Y aferrando un cuchillo como lo hacía con la espada en "Il Trovatore", gritó—: ¡En guardia!...

El capitán, varios oficiales y numerosos pasajeros intervinieron para calmar los ánimos; Muletti, una vez restablecida la calma, los reunió en su camarote, y en presencia del capitán dió sus explicaciones:

—Señores —dijo—, les ruego serenidad; les aseguro que ni uno ni otro menoscaban su dignidad artística; la Empresa ha resuelto contratar a los dos tenores por un simple motivo de precaución...

—¿Pretende usted acaso que uno fracase? —gritó, aún más que en Aída, el tenor Gallináceo.

—No, señor...

—¿Pretende acaso que sea yo el que fracase? —gritó a su vez Ronquetti con voz que hacía honor a su apellido...

—No, señor...

—¿Y entonces? —exclamaron esta vez en dúo...

—¡Lo dicho! Es una precaución de la Empresa, porque...porque..., pero les ruego no alarmarse..., ¡en la región donde debutamos se ha declarado una epidemia de fiebre amarilla!...



—¡Caramba!... Susy es una chica que no tiene cabeza.... pero así y todo, me parece que era un poco más alta...



—Este...: ¿El señor no preferiría la foto de frente?...



—Quiero una docena de negativos... Estoy mejor.

COSAS DE FOTOGRAFOS

QUIEN QUIERE VIVIR SE MUERE; QUIEN QUIERE MORIR SE "AVIVA"...

Aramís Herable se encontró en la cochina vía, hablando en abstracto. Concretamente lo había estado diez años, ya que trabajaba de fotógrafo en la cuadra del mercado y más cochina vía que aquella calleja no había en toda la ciudad. Cuando se vió sin un cobre, sin un níquel y sin un billete de ningún color, pensó en suicidarse, cosa que no tenía nada de original, ya que lo mismo que él habían pensado todos los suicidas antes de serlo.

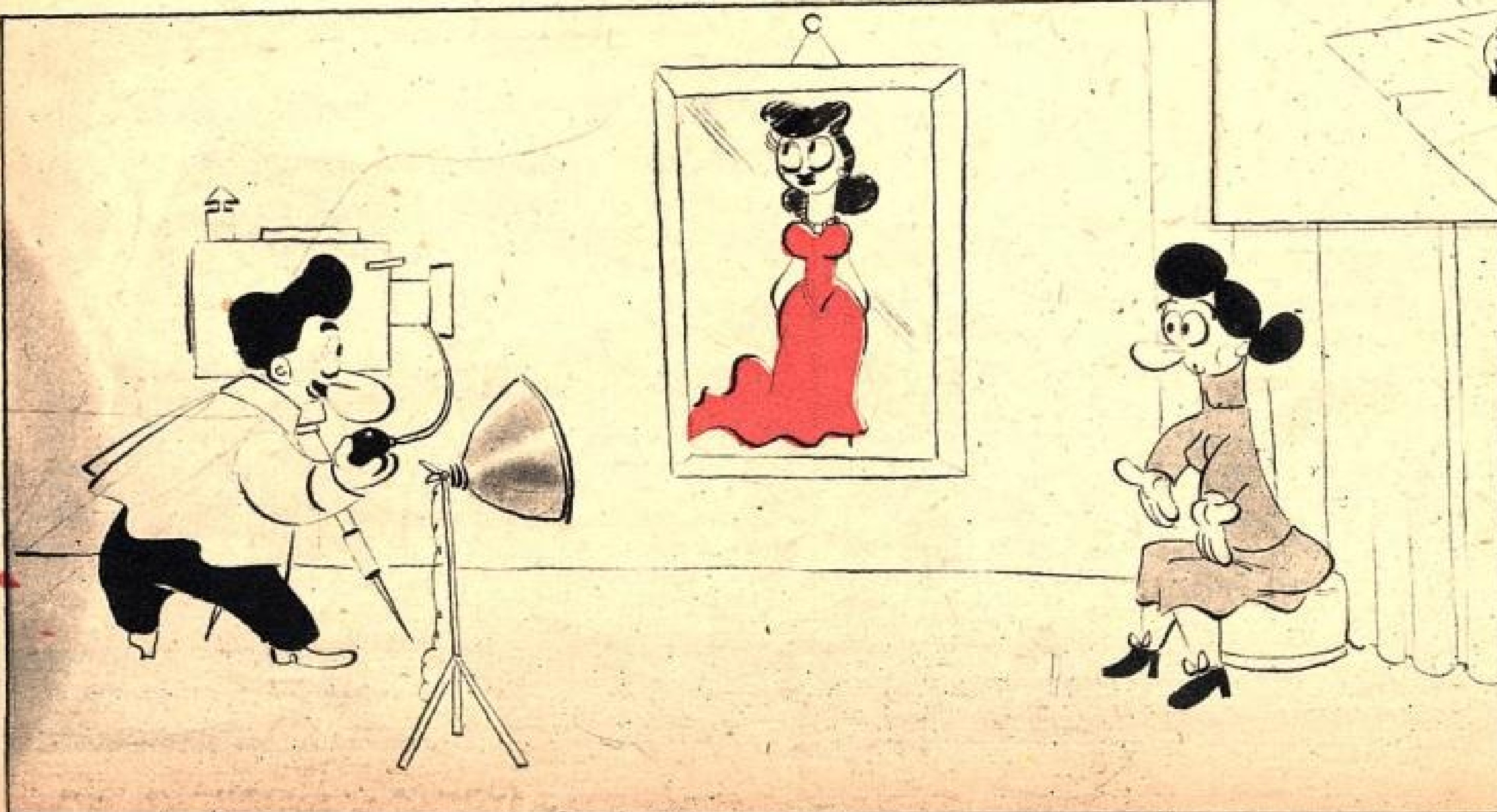
Aramís Herable quiso suicidarse con las mismas armas con las que había vivido; vale decir, con sus herramientas de trabajo. Para él resultaba dificultoso, ya que era fotógrafo y no podía matarse sacándose una autofoto. Si hubiera sido herrero, carpintero, chófer de colectivo...

Aramís Herable tuvo la idea en forma instantánea. Fué una instantánea de cien pesos la docena, por lo menos... ¡Qué gran idea! Se metió en su cuchitril de bohemio, después de apartar fraternalmente, y sin romperlas, las telas de sus hermanas arañas, pisó sin querer a tres hermanas cucarachas, saludó a la hermana rata y se dirigió al hermano ropero. Sacó el frasco de magnesio y la caja de fósforos tipo vagón. Echó medio vaso de magnesio en un vaso (¡claro!) y se lo tomó sin agua, para no arruinarlo. Tras cartón encendió un fósforo y se lo tragó encendido. Luego se sentó a esperar el fogonazo mortal, tan mortal como el fogonazo de un revólver, según él creía.

Aramís Herable es ahora un hombre rico. Su invento, un invento de chiripa, lo ha hecho un potentado. Resulta que, tras el fogonazo, su cuerpo no ardió, como él pensaba, sino que quedó transparente como si su envoltura fuera de celofán. Aramís Herable, que había sacado tantas fotografías, inventó la radiografía de "uso interno", que lo elevó a la categoría de héroe nacional...



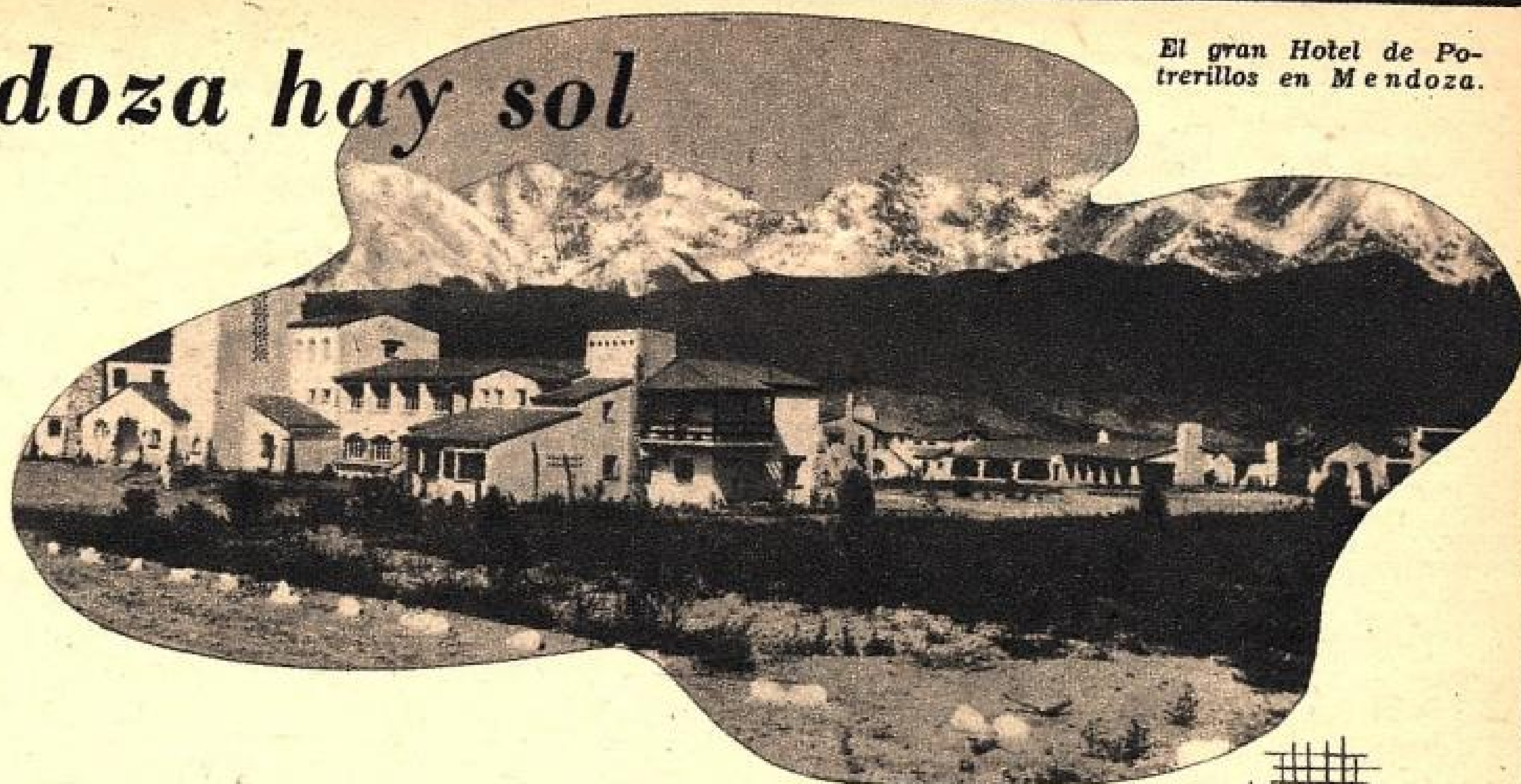
—Mamerto, nuestro hijo será un gran bandoneonista...



—Pero..., ¿no está enfocando torcido, señor?

—Usted me dijo que quiere salir muy favorecida, señora... Y para eso hay que enfocar diferente...

...y en Mendoza hay sol



El gran Hotel de Potrerillos en Mendoza.

MENDOZA

LA DEL CLIMA PERFECTO, ES TIERRA DE LUZ Y DE PANORAMAS

MENDOZA

Al pie de la gran cordillera de los Andes, con sus altas cumbres de nieves perpetuas, es una zona de clima privilegiado, de bellezas panorámicas incomparables, de enorme potencialidad industrial, frutícola y mineral, que ofrece al turista innumerables atractivos, en especial para quienes buscan clima saludable, los beneficios de sus maravillosas aguas termales y la emoción impresionante de la montaña.

El clima de Mendoza es seco, el aire puro y el cielo siempre azul, diáfano y luminoso. El sol luce todos los días del año, casi sin excepción, por lo cual en invierno es un lugar ideal para el turismo, pues los fríos son atemperados sensiblemente.

Caminos modernos, en una extensión de 4.443 kilómetros, de reciente construcción y bien conservados en su mayoría, cruzan la provincia en todas direcciones y hacen posible el turismo en la zona cordillerana, acercando al viajero hasta las más altas cumbres de los Andes. Cómodos hoteles y termas, ubicados en lugares pintorescos de las serranías, como los de Potrerillos, Villavicencio, Cacheuta y otros, permiten al turista, durante la temporada invernal, el descanso más agradable y los beneficios de los establecimientos termales o de reposo.

El camino internacional está jalonado por establecimientos de esta índole, que el viajero encuentra con frecuencia en sus excursiones por la montaña, en todo el territorio mendocino.

Los viajes por los lugares de la campiña mendocina, cubierta de exuberante vegetación en las zonas cultivadas, y donde se encuentran los grandes establecimientos industriales que han dado tanto prestigio a la provincia, son sumamente interesantes porque dan una exacta impresión de la importancia de Mendoza en lo referente a la producción vitivinícola, cuyo adelanto y perfeccionamiento llaman la atención del viajero, y en la producción petrolífera y frutícola, que constituyen las grandes riquezas de la zona.

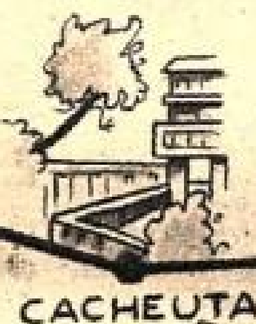
En todo el territorio existen lugares históricos de gran sugestión.

Son muchos los atractivos que ofrece la ciudad capital de la Provincia. Buenos hoteles, salas de entretenimiento, teatros, cinematógrafos y restaurants, donde se sirven platos de la región y los acreditados vinos que en Mendoza se elaboran; un magnífico parque, orgullo de la Provincia por su extensión y belleza, museos, etc.

Numerosas excursiones se pueden realizar por los alrededores de la ciudad, desde la cual se ofrece el espectáculo imponente de la cordillera de los Andes.

LA CONSTRUCCION DE HOTELES EN LA MONTAÑA, Y DE LA RUTA PAVIMENTADA DESDE EL LITORAL, CONVIERTEN LA PROVINCIA EN UNA ZONA DE GRAN ATRACCION







UNA REGION EXCEPCIONAL PARA EL TURISMO, EN INVIERNO

DEPORTES DE INVIERNO EN MENDOZA

Mendoza será, en breve término, uno de los lugares más frecuentados del mundo por los aficionados a los deportes de invierno.

En la actualidad se están habilitando las pistas para los ejercicios de sky, las cuales quedan a poca distancia del gran hotel de turismo, de Potrerillos. Tienen la particularidad estas pistas, de ser las más grandes del mundo, en opinión de los técnicos que han hecho estudios al respecto, hallándose sólo a 80 kilómetros de la ciudad capital de la Provincia.

El gobierno de Mendoza, por intermedio de la Dirección de Turismo, está realizando apresuradamente todos los trabajos necesarios para habilitar estas pistas, en las cuales se podrá practicar el sky, el patinaje, el "bob" y otros juegos invernales sobre la nieve, al igual de lo que se ha hecho en algunos lugares europeos, como en Saint Moritz y Davos (Suiza).

Se tiene el propósito de inaugurar estos juegos a fines de julio próximo.

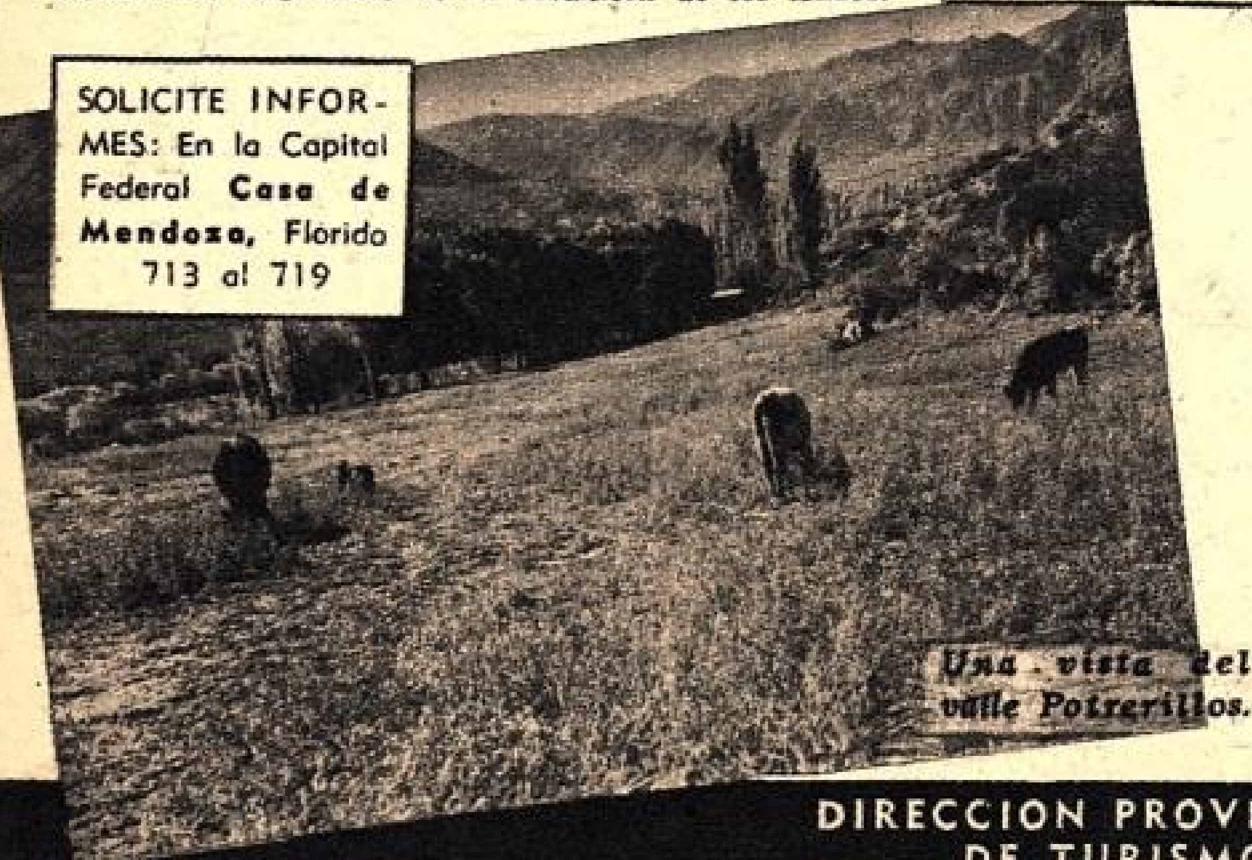
POTRERILLOS

El valle de Potrerillos, donde se levanta el moderno y Gran Hotel construído por el gobierno de la Provincia, es un lugar excepcional como zona de atracción turística, enclavado en plena zona cordillerana y a sólo 75 minutos de la ciudad de Mendoza, a la cual accede un camino que en breve estará totalmente pavimentado. Al Oeste, y a sólo diez kilómetros, se hallan las altas cumbres del cordón del Plata, cubiertas de nieves perpetuas, ofreciendo un espectáculo maravilloso. Por su situación, clima saludable y seco, donde no llueve casi nunca; por su sol, que luce puede decirse todos los días, y por las extraordinarias características naturales, como atractivos de que se lo ha dotado, es un lugar llamado a ser punto de atracción para viajeros del país y extranjeros.

FACILIDADES PARA LA CONSTRUCCION DE HOTELES

El actual Poder Ejecutivo de la Provincia de Mendoza ha propiciado y obtenido la sanción de una nueva ley de fomento de la construcción de hoteles y hosterías en todo el territorio de la Provincia, con excelentes resultados. Por dicha ley se otorgan primas de 20 %, o bien garantías del 5 % de interés, a los capitales invertidos.

A dicha ley pueden acogerse los que deseen dedicarse a la industria hotelera, que tiene grandes perspectivas en la provincia de Mendoza.



SOLICITE INFORMES: En la Capital Federal **Casa de Mendoza,** Florida 713 al 719

Una vista del valle Potrerillos.

DISTANCIAS A MENDOZA

	Parcial
Bs. Aires - La Carlota - Río IV	610,0
Río IV - Villa Mercedes	123,0
Villa Mercedes - San Luis	104,0
San Luis - MENDOZA	264,0
Total	1.101,0
Bs. Aires - Rosario	356,0
Rosario - Villa María	257,5
Villa María - Córdoba	144,5
Córdoba - Río IV	226,5
Río IV - Villa Mercedes	124,0
Villa Mercedes - San Luis	104,0
San Luis - MENDOZA	264,5
Total	1.477,0

NOMINA DE HOTELES CON CALEFACCION

NOMBRE	UBICACION	Telef.	TARIFAS Hab. Sol.	Pens. Com.
Plaza Hotel	Chile 1132	10383	$ 7 a 9	$ 14 a 18
Gran Hotel	Lavalle y S.Juan		(A inaug. Nov. 1942.)	
Palace Hotel	Las Heras 70	12455	$ 5 a 7	$ 10 a 12
Orelo Park Hotel	Paso de los Andes 1249	13600	" 5 a 7	" 8 a 10
Imperial Hotel	Las Heras 88	14037	" 4 a 5	" 8 a 10
Hotel Argentino Aloj. solo	Espejo 455	11555	" 5 a 7	— —
Residencial Madicam Aloj. solo	Avd. España 972	12229	" 4 -	— —

EN LOS ALREDEDORES:

Gran Hotel Potrerillos, Valle de Potrerillos .... $ 15 a 18
(Hay un anexo de $ 8.)
Hotel Villavicencio, Termas Villavicencio .. " 13 a 23
Hotel Cacheuta, Termas Cacheuta .... " 8 a 12

EN SAN RAFAEL:

Rex Hotel, San Rafael .... " 8 —

DIRECCION PROVINCIAL DE TURISMO

MINISTERIO DE ECONOMIA, OBRAS PUBLICAS Y RIEGO, MENDOZA
Oficina de Propaganda, San Martín 1143. — Teléf. 13333 - 13334



''PARESITO DEL CAMPEON''

(Para cantar con muchos "leré")

Aunque nació millonario
y siempre huyó del trabajo...
Ay leré, leré, leré, leré,
leré, leré, leré, leré, leré, leré, leré...
Se le hace muy cuesta arriba
pinchar al Globo de abajo...
Ay leré, leré, leré, leré,
leré, leré, leré, leré, leré, leré, leré...

A mí no me importa que los hinchas al pasar
me digan que yo soy de Huracán,
lo cierto es que el domingo que tengan que jugar
en la Quema, los "millo" han de sonar...
Pa podé
en la Quema ganá,
se tié que sé ciruja
y sabé en caló jugá...
Ay leré, leré, leré, leré,
leré, leré, leré, leré, leré, leré, leré...

Dijo un día un tal Ducó
(ta ta tá, ta ta tatá...),
en la Quema no hay varón
(ta ta tá, ta ta tatá...),
que se venga a hacer el vivo
que no le den el olivo
después de un gran revolcón...
Los cirujas de la Quema
(ta ta tá, ta ta tatá...),
esperarán al campeón
(ta ta tá, ta ta tatá...),
y aunque sea millonario
bailará como un otario
al compás del... bandoneón...

ANTONIO MAS.

UN PALPITO EN MALOS VERSOS DE SIETE LANCES DIVERSOS.

A la cancha del tin bohemio
va Tigre. El local lo espera
porque ha de ganarse el premio
por amansar una fiera.

Los rojos a Lanús, que son vecinos,
ofrecerán un gran "diner danzant",
"danzant" por el baile que les darán
y "diner" por la ensalada de pepinos.

A los "mens sana" el domingo les toca
ir a padecer a la cancha de Boca...

Estudiantes estudia el asunto
y los boys dicen "boy" y no van...
Cada uno se lleva su punto
(las defensas los conquistarán).

La lucha es muy pareja y es muy ruda,
Platense se encomienda a Dios y en tanto
también el visitante pide ayuda.
(Y Dios ayuda al santo por ser santo...)

Al que sea descreído
a ir a Bánfield lo convido.
Allí un milagro verá
y buen creyente se hará:
¡Racing ganará un partido!

Chacarita Juniors en cancha ajena
ha de dejarle a Gualco la red bien llena.

CALDERON DEL YATE.

"HACETE AMIGO DEL JUEZ..."

River le ganó a Platense gracias a un gol metido por Moreno, que tiene "buena mano" para eso. Atlanta no empató con Huracán gracias a que el referée Solari, el de la naranja, resultó una buena mandarina...

En el polo es más decente el asunto de los handicaps. El club más flojo recibe varios goles de ventaja del más fuerte. En el fútbol es al revés, siempre el club chico entra a la cancha con la desventaja de que el referée le aplicará el "handicap" en el momento menos pensado.

Pero tiempos mejores llegarán en que los hinchas de los clubs chicos, reunan a todos los referées y hagan con ellos la "noche de San Bartolomé"... (Dicho sea sin alusión personal a Mascías...)



El half que se destaca por su "tenacidad"...

PELOTEO DE PRACTICA

Racing tiene en tres divisiones seis jugadores de apellido Díaz. ¡Hay que ver la carrera que han hecho los seis Díaz!... Ni en el Luna Park...

Ahora juegan dos Sastres en Independiente. Uno "corta" los avances y el otro los "confecciona"...

El petiso Martino juega de forward, pero jugaría mejor de "medio"...



El "peón" del equipo antes de los partidos...



"El Campeonato de la Hora"

El belga Slaats, que actúa en el Luna Park, es el campeón mundial de la hora. El famoso ciclista fué reporteado hace poco por una joven cronista y "hablando de todo un poco" se llegó en los giros de la conversación a las figuras famosas que tenía la Argentina en todos los deportes.

La cronista, que no cesaba de elogiar a los cracks locales y que para todos los records buscaba alguno criollo, procuró "epatar" al propio Slaats.

—Aquí en la Argentina también tenemos el campeonato mundial de la hora, pero la que lo posee es una mujer.

—¿Ah, sí? No me diga...

—Sí. Marque 81 en el teléfono.

SUNDAE DE DEPORTES

El Cicle Club de Flores tiene un solo presidente, un solo secretario, un solo tesorero, pero entre los vocales tiene un Montone.

Dicen que al jugador Canale lo excluirán del equipo de basketball de San Lorenzo. Pero nosotros no creemos que a Canale le cuelguen la galleta...

Nos escribe un lector diciéndonos que cuando pelea Abel Cestac, el ring se transforma en el Paraíso Terrenal, porque aquellos a quienes les pega Abel, se "caín"...

Nos dijo un jugador del S. I. C. que este año el S. I. C. gana el campeonato de rugby de primera división ("SIC").



ESCRIBE CHAMICO

LA PASION DE

Cándida tiene quince años y un corazón de oro. Educada como en una caja de cristal, por tías solteronas que constantemente ejecutan en torno de ella una especie de danza sagrada para impedir que se roce con el mundo exterior, ha ido echando en su aislamiento plumas de ángel, entre las cuales no sería difícil encontrar algunas de gansita blanca.

La verdad es que no se parece en nada a las chicas de su edad y de su tiempo, que es el que corre.

Pero a espaldas de sus guardianes, Cándida dispone de muchas ventanas para ver el mundo: los postigos de esas ventanas son las carátulas abigarradas y dramáticas de una colección de novelas por entregas, encontrada en el cuarto de los trastos viejos.

Gracias a esas novelas, Cándida ha estado enamorada de un rubio oficial de húsares, sobre cuyo honor y también sobre el uniforme, igualmente resplandecientes, un infame tahur arrojó una copa de falerno. También palpitó su corazón por el de un joven y apuesto basurero de Marsella, que resultó al final ser hijo de un conde. Pero no es el amor su fuerte: prefiere compartir las lágrimas de los desdichados e inocentes delincuentes a quienes persigue la justicia sin entrañas, y que al fin resulta que robaron en defensa propia, o que se redimen de golpe, de un largo rosario de asesinatos, al ver en el cuello de su última víctima un medallón con el retrato de su primera madre. Perdón, lector, pero el estilo de que trato es contagiosísimo. ¿Cómo extrañar, entonces, que cayera en sus redes la inocente niña de mi cuento, si hasta yo, que pudiera ser su padre, me hundo en él hasta el rodillo de la máquina de escribir?

Eran las tres de una tarde de invierno, cuando Cándida, después de esconder el libro, se encaminó a la cocina para darle a Próspera, la cocinera confidente, la inesperada noticia de que, a pesar de todos los manejos del infame marqués, la supuesta envenenadora y el no menos supuesto asesino, que eran tan marqueses como el que más, se casaban en Notre Dame.

Pero al abrir la puerta, lanzó un grito y se puso intensamente pálida: con una rebanada de pan con manteca en una mano y una de las de Próspera en la otra, se hallaba un hombre joven cuyas ropas estaban manchadas en sangre.

No se sabe lo que habría hecho otra en su lugar, pero Cándida estaba demasiado acostumbrada a aquellas situaciones, sobre todo en antiguos castillos de la margen izquierda del Loira, para no reponerse rápidamente y preguntar a la doméstica:

—¿Es un asesinato?

A lo que Próspera, que conocía de qué novelas cojeaba la niña, no titubeó en responder que sí, en lugar de decir que se trataba del muchacho del carnicero.

—Sentaos y nada temáis, buen hombre —dijo la niña, poniendo su lenguaje a tono con la situación.

Después, sentándose ella misma en un banquito de tres patas, agregó:

—Siempre sospeché, Próspera, que vuestra vida ocultaba un secreto terrible.

—Sé hace lo que se puede, niña —respondió la otra, entornando los párpados.

Luego agregó, dirigiéndose al carnicero y haciéndole señas desesperadas para que entrara en situación:

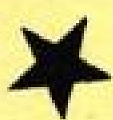
—A la señorita puedes contárselo todo. —Iba a decir Pepe, pero lo pensó mejor y dijo—: Absolutamente todo, Raimundo, hermano mío.

—¿Sois hermanos?

—Sí, niña, pero de distinto padre.

—¡Ah! . . .

CANDIDA ★



—Y de distinta madre —agregó el falso Raimundo, entrando con demasiado empuje en el mundo novelesco al que se lo había invitado.

—Curiosa historia —dijo la joven, disponiéndose a escuchar.

—Sí —arregló Próspera—, nuestros padres murieron en un naufragio, tres meses antes de que naciéramos.

—Y nuestras madres en un terremoto, pocos días después —ayudó Pepe.

Cándida jamás se había encontrado en su vida de lectora complicada: ni cuando el pulpo estrechaba en sus tentáculos a Amarante, la bruja se disponía a darle el bebedizo fatal, y la montaña, minada por los secuaces, se desplomaba lentamente sobre el cuadro. Así es que dijo, frunciendo las cejas para comprender:

—Está claro . . ., pero entonces ¿a quiénes debéis la vida?

—¡Ese es el misterio insondable que nos envuelve! —dramatizó Próspera—. Por eso cometió el crimen. Mató a un impostor para arrancarle los documentos y la herencia.

—¿Y los tenéis ahí?

Pepe, el carnicero, miró a su novia sin saber qué contestar. Pero ésta se anticipó a cualquier eventual metida de pata:

—Los tenía, pero un banquero infame, aprovechando que se *encontraba* sin empleo y con la madre enferma, se los compró por cuatro pesos locos.

—Pero entonces ¿habías encontrado a esa santa mujer, a vuestra madre?

El edificio amenazaba con venirse *abajo*, pero Próspera no tenía nada que envidiarle al mejor folletinista, así es que explicó:

—No ha entendido bien, niña; la que estaba enferma era la madre del banquero, y con la excusa de que había gastado mucho en remedios, no le dió más que esa miseria a Raimundo, en lugar del tesoro del pirata que tiene escondido en el colchón . . .

—De tela vasca —aclaró el héroe.

—¿Y por qué es de tela vasca el colchón del banquero?

—¡Me extraña, niña! —exclamó la muchacha—. El colchón es de tela vasca porque el pirata se llamaba Gorrinaga. De ahí que los conjurados compren a precio de oro todos los colchones de tela vasca que salen a remate.

—¡Ah! . . . Recapitulemos —dijo Cándida—. ¿Habéis matado *a* un hombre?

—Sí.

—¿Sois inocente o es necesario redimiros?

—Soy inocente.

—Entonces, comeos el pan con manteca, reposad de las fatigas del camino y contad conmigo para todo evento. Mi padrino es juez y yo le contaré todo, y él os ayudará, deteniendo al banquero, arrancándole el colchón de tela vasca y confundiendo a vuestros enconados enemigos. Es lo más sencillo . . . Lo que no veo claro es cómo encontraremos las pistas de vuestras madres y padres verdaderos, porque de los del naufragio y el terremoto vale más no hablar, para no despertar sospechas en la Suprema Corte, que, según me ha dicho mi padrino, tiene muchas vueltas.

A esta altura del lío, la voz de una de las tías llamó:

—¡Cándida! . . .

Y Cándida huyó, dejando en la mayor inquietud a sus novelescos amigos. Tres días después, y como consecuencia de una conversación entre Cándida y su padrino, Próspera fué despedida, se cambió de carnicero y trescientos kilos de trasnochada y truculenta fantasía fueron arrojados al incinerador de basuras.

EL DISCIPULO

Por DICK THADO



Ojalá que Gutiérrez quiebre, lo condenen a veinte años, por fraude, o que se muera el mismo día en que se lea el testamento por el cual se le designa heredero único de una fortuna de un millón de pesos.

Detesto a Gutiérrez. No lo conocía hasta anteayer, cuando Millán me lo presentó. Hasta entonces, siempre había creído que Millán me apreciaba. Y si mi relación con Gutiérrez hubiese terminado en el mismo instante de nuestra presentación, tal vez hoy seguiría ignorando la falsía de Millán.

Al día siguiente de conocer a Gutiérrez, cuando me paseaba en la bicicleta que acababa de hacerme enviar de Buenos Aires, para entretener mi descanso con un poco de ejercicio, tropecé con él. Tal vez haya sido el regocijo de mi flamante posesión lo que nubló mi clarividencia. Lo cierto es que, en aquel momento, Gutiérrez se me antojó uno de los hombres más agradables que había conocido en mi vida. Y me apresuré a desmontar, para saludarle.

—¿Nueva? —me preguntó después del saludo, indicando la bicicleta con un movimiento de cabeza.

—Flamante —respondí.

—¿La compró aquí?

—¿Aquí? . . . No! . . . Es de Buenos Aires . . . ¡Cualquier día compro nada en este pueblucho.

—¡Hum! . . . Se ve que no es usted tonto —dijo Gutiérrez, riendo de buena gana.

Hice coro a su risa y, en un impulso de camaradería, me ofrecí a enseñarle a montar.

—Le hará mantenerse en peso —dije, lanzando una disimulada mirada a su prominente vientre—. Esto es mucho mejor que el automovilismo —agregué, porque ya se sabe que nadie desprecia más al automóvil que el que no puede comprarse uno.

—¿No le parece que yo ya no estoy para esos trotes? —me contestó modestamente—. Soy muy pesado . . . Le daría mucho trabajo.

Me pareció muy decente en Gutiérrez eso de tener en cuenta el esfuerzo del maestro, y, para no ser menos cortés que él, repliqué en el acto:

—Empezaremos ahora mismo.

Me acompañó caminando hasta que llegamos a un trecho plano del camino y no dejó ni un segundo de elogiar mi máquina, hasta el momento en que me quité el saco para empezar la lección.

Jamás he v i s t o un hombre con mayor entusiasmo por aprender, más elocuente al referirse a su propia torpeza ni más apologético por el trabajo que me estaba dando. Sugirió varias veces que abandonáramos, en beneficio de mi *bicicleta* y de mi físico.

—Mi querido amigo: es un placer para mí —repetí, cada vez que el esfuerzo me dejaba un poco de aliento para responderle.

Pero, en realidad, aquello era una obra de romanos. Creo imposible que haya otros pies humanos con mayor predisposición a engancharse en la cadena, en el piñón y demás partes de la bicicleta. Y creo imposible que haya otro hombre capaz de caerse, infaliblemente, para el lado contrario al que yo me encontraba. Me sugirió tímidamente que parecía poseer una inclinación hacia aquel costado, pero en cuanto yo cambié de lado, empezó a caerse del contrario.

Al cabo de dos horas, el lenguaje de Gutiérrez, sobre su incapacidad para dominar ese defecto, era sencillamente terrible. Yo estaba que parecía una langosta *cocida*, pero me sentía peor aún, porque al fin la langosta c o c i d a no está más que muerta. El sudor me brotaba de tal modo que el trozo de camino en que nos hallábamos parecía haber recibido la refrescante caricia de una máquina regadora.

—Mejor que dejemos —dijo Gutiérrez por fin. Un último resto de cortesía me hizo oponerme, pero insistió, dándome las gracias, a lo que respondí que de nada y que estaba a *sus* órdenes para la segunda lección.

Me estrechó la mano, me dió nuevamente las gracias y se fué presuroso, después de disculparse porque acababa de recordar una diligencia urgente que tenía que hacer.

Me senté al borde del camino, para descansar y descongestionarme. Y un par de minutos después, se me acercó Millán.

—Che . . .; ¿qué te pasa, que estás tan colorado?

—Nada . . Estuve enseñándole a montar en bicicleta a tu amigo Gutiérrez.

—¿Eh? —gritó Millán, lanzando una carcajada que se me antojó el tableteo de una ametralladora.

—Que he estado enseñándole a montar en bicicleta a tu amigo Gutiérrez —repetí, amoscado, sin comprender la risa.

—¿Enseñándole a Gutiérrez? . . . ¡Mama mía! . . . Yo creí que le habías comprado la bicicleta a él. Es el dueño de la bicicletería del pueblo . . . Ha sido un gran ciclista. Campeón de la provincia . . .

Y nuevamente la risa, tipo ametralladora.

Esa noche, soñé que era dictador y que ordenaba el fusilamiento de todos los dueños de bicicleterías del país.



CUENTO BURRERO

EL PIBE DE ORO

PRUDENCIO está enfermo. Hacía rato que no le pasaba eso en día de burros —que en los otros, maldito lo que le importaba—, y como ya se habían acabado los buenos tiempos en que la patrona —en casa de los viejos desde hacía un año— con una taza de vino caliente y unas ventosas lo arreglaba todo en una noche, el porvenir se le presentaba al reo de un color bastante más oscuro que el de las paredes de la cocina del cotorro en que, sin laburo y sin mujer, el criollazo de ley que es Prudencio, la pasa, mal que mal, gracias a que el pibe —un pantalonudo como de 17 años y una pinta de maffioso bárbara— se la rebusca con "lo diario" por las calles y las pastillas de menta en las canchas de fútbol. El pibe salió derecho, válgale eso al pobre reo, que sino, no era ese el momento en que, sexta en mano y el suplemento bajo la almohada, iba a estar lamentando los 38 grados de fiebre que lo ataban a la cama y al brasero prendido, con su buen tacho de hojas de "ucalito" hirviendo encima. Derecho y de ley, el pibe, para creer todavía —y a pesar de tanta prueba concluyente en contra— en la ciencia del viejo para marcar un programa, y para confiarle entero y sin pichuleos el capital juntado gota a gota en la semana.

—¡Y tan luego hoy —rezongaba Prudencio a solas—, con este solcito y un programa de bolos servidos en Palermo! Cha, si yo pudiera... — pero no había caso. Era ponerse los pantalones e intentar un puerta afuera, y venirse abao, como reboque flojo, las pocas fuerzas de sus flacas piernas. Y llegó el pibe...

—¿Qué tal, viejo? ¿En la catrera toavía? Y yo que le tráia los vente mangos pal vicio...

—Callate... no me hagás venir más bronca... Si es pa morfarse el diario, si es... ¿Vos te fijaste la de bolos que hay?

—Sí, está pintón el programa...

—¿Pintón? ¡Se cae de maduro! Mirá... en la primera, el 9... Encontrame quién le gane al de Antúnez...

—Es el que a mí me gusta... ¡y paga! Arriba'e veinte, lo meno... Y en la segunda, ¿quién le gusta?

—En la segunda, paso... Y en la tercera... Pero aquí, en la cuarta, manyá... ¿Viste los quilo que le han puesto a la tordilla'e Torterolo? Con 48 y la monta'el negro, no la agarra nadie, no la agarra...

—Hast'ái estamo de acuerdo... ¿Y en la úrtima?

—En la úrtima está el de Lapistoy... ¡Pa mí, es la fija'el año!

—No, viejo, ese no puede ganar... ¿no ve que reaparece? Pa mí, es seguro que no se tiran... Allí gana fraile, el de Fernández...

—¿El 13? Gana el 4, te digo... ¡Me vas a decir a mí, con trenta años de burros encima!

—Mire, viejo, no le discuto el de la primera y el de la cuarta... pero en ésta se los pela el mío. ¿Por qué no le hace una boleta con los otros dos? Yo se la llevo...

—¿Tas loco vos, poner esa mula'e carro? Vos andá y hacé la boleta, pero como yo te digo: en la primera el de Antúnez, en la cuarta la tordilla, y en la úrtima el de Lapistoy... ¡El 4 pa todo el mundo! ¡Y no me lo cambiés, porque te aplasto el lomo!

* * *

Y el pibe cambió de pilchas y, con los veinte y el pico para la entrada, se fué de burros... ¡por primera vez en su vida! Y ya metidó en la perrera, le pasó lo que a todos. Se mordió cien veces cada dedo, paseando de una ventanilla a la otra, sin saber a cuál ponerle sus boletos. Le gustaban todos, menos el suyo. Pero el recuerdo del jovie postrado en cama, haciéndose mentalmente la carrera y viendo cortado al del correntino, lo llevó casi a ojos cerrados a la ventanilla en el programa marcada por el dedo mugriento y tembloroso del viejo burrero... ¡Y gracias a Dios! Porque aquello no fué carrera... Picó en la punta el yacaré, se escondió junto a los palos en el codo y, a media recta y sin pegar un chirlo, pasó de largo. Ni tiempo de gritarlo tuvo; apenas un suspiro grande como para inflar un globo le salió del pecho... Cobró, tomó una Bilz y, haciendo tiempo para la cuarta, recorrió la perrera de punta a punta. Y, entre codazo y codazo, en medio del gentío, oyó chimentos que veinte veces lo enderezaron para una ventanilla tentadora, pero... ¿y si no se hacía, con qué cuento lo iba a engrupir al viejo?

Y llegó la cuarta. Y la tordilla de Torterolo, de punta a punta, le hizo clamar por primera vez con la angustia tremenda del que se ve con el agua al cuello y ninguna tabla de donde agarrarse...

—¡Negrito viejo... por favor! — y el negrito viejo, roto y todo, le tendió la mano y salió a flote... y con un paco respetable, a cuya vista sintió miedo.

De la cuarta a la octava, ¡qué suplicio! Salieron los del clásico, y su alma de burrero en ciernes, templada en el horno al rojo del berretín paterno, levantó llama a cada burro que apareció en la pista, y tuvo que invocar, a cada nueva tentación, la imagen del postrado Prudencio, atado de pies y manos por la gripe e impotente para defender la redoblona de su debilidad de debutante... Se sentó en un banco y esperó la última. Era la única forma de mantenerse firme. Y, entretanto —dos largas horas—, estudió el programa, y a cada nuevo repaso que le daba, más evidente se le hacía la superioridad de su candidato sobre el del viejo. El 13, el "fraile" de los burreros, se le hacía ya al tope del marcador... ¡Y no había caso! Esta vez no se le iba la tentación del cuerpo, por más esfuerzos que hiciera por ahuyentar el embrujo del fatídico número...

* * *

El pobre Prudencio, en el bulín mugriento, no sabía qué hacer. Había contado hasta los segundos que precedían a cada crisis de su boleta, y sudaba kerosene pensando en la suerte de los burros... Pero llegaron las cinco de la tarde, y ya no pudo más. Se puso los leones, se embolsó el sobretodo negro con variaciones verdes, marchó al boliche, se prendió al teléfono, y...

—¿Con la sesión Carreras? Diga... ¿se corrió la úrtima? ¿Todavía fartan cinco? Gracias, don... ¡Cha... cinco minuto toavía! Con tal de que el pibe no se cambie...

No, no podía hacerle eso... Sería reo, pero derecho. Sí, de eso estaba seguro. Reo, ¡pero derecho! Y con dos cañas pasaron más pronto los minutos.

—Diga... ¿vino la otava? ¿El 13? ¡La madona... el 13! ¡El fraile!

Suerte perra, ¡pobre Prudencio!... ¡El 13, nada menos! El candidato del pibe... ¿No era para morirse de la bronca? Y casi se muere ahí no más el pobre reo; sólo que, pensando en que podía llegar el hijo y palpitarse la tragedia, sacó fuerzas de flaqueza y enfiló de vuelta a la cama. Se tiró, vestido y todo... Nunca se había sentido más finado, más porquería, más indigno de lástima. Y lloró, mordiendo la almohada, como nunca lo había hecho.

* * *

Con la cara como fuego y las dos manos apretando el bolsillo derecho del pantalón de los domingos, el pibe llegó a la puerta del convento. Frente a la pieza había mucha gente, vecinos y comadres, y algunas lloraban. Se metió, alarmado, sin preguntar nada, y le salió al encuentro, con los brazos abiertos y llena de lágrimas la cara, ¡la vieja, nada menos!

—¿Desde cuándo está así el pobre Prudencio? ¿Cómo pudiste dejarlo solo en ese estado?

El pibe no atinó a decir palabra. Con la boca abierta y los ojos como monedas de 50, se acercó a la cama... El viejo era otro... Se revolvía en la catrera como loco, echaba espuma por la boca y deliraba...

—¡Fraile!... ¡Primero el fraile! ¡Fraile! ¡Fraile!

Y la javie, desesperada, aclaró:

—Hace como una hora que está así... Ya lo mandaron a buscar... ¡Pobre viejo! El, tan sano, tan fuerte siempre... ¿quién lo iba a pensar, pidiendo un confesor? ¡Cómo no se lo voy a perdonar todo, viéndolo tan santo en su última hora! Ya decía yo que no era tan malo mi Prudencio...

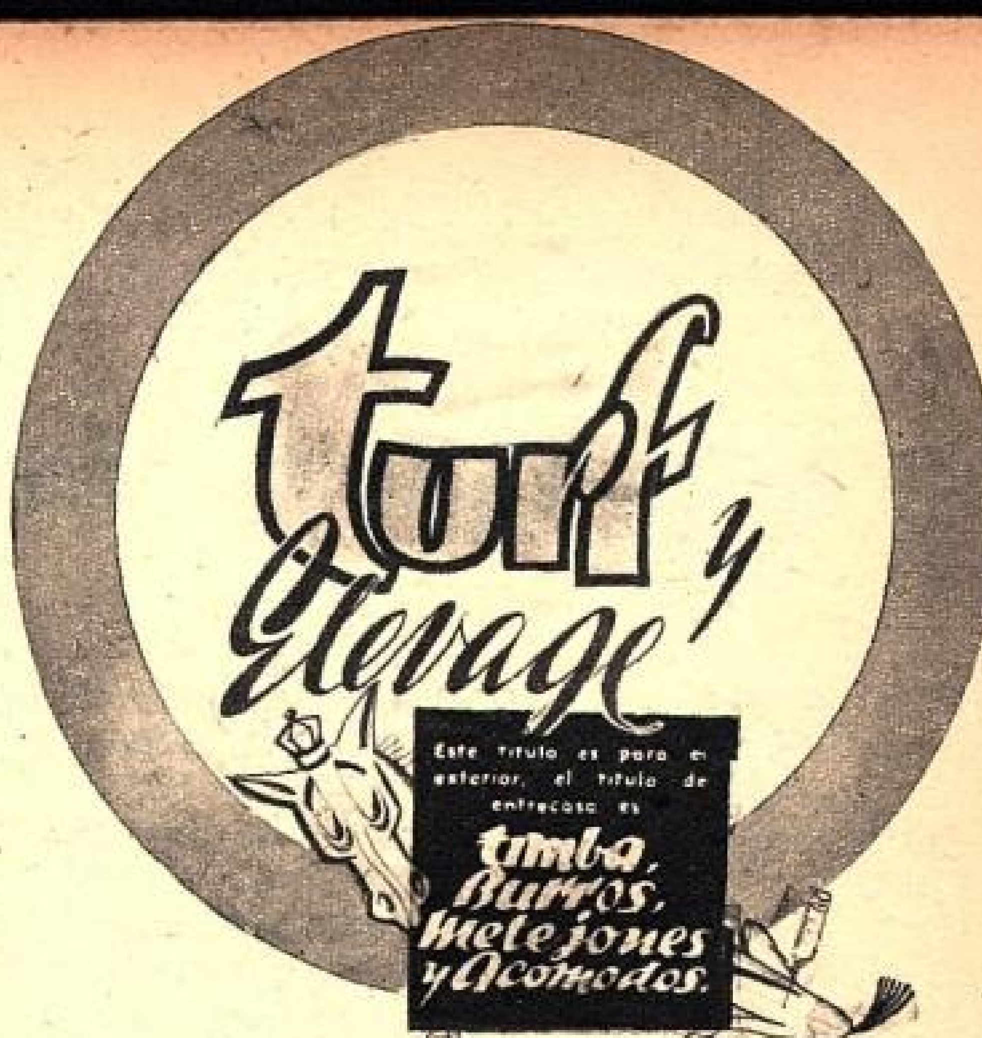
Y el pibe, que sabía con qué fraile deliraba el viejo, lo agarró fuerte por las solapas del sobretodo, que todavía no le habían sacado de encima, y, sacudiéndolo, le gritó:

—¡Despiertesé, viejo... que yo le cambié el 4 por el fraile y se hicimo rico, se hicimo!... Le iban 80 ganadores y pagó 34 peso...

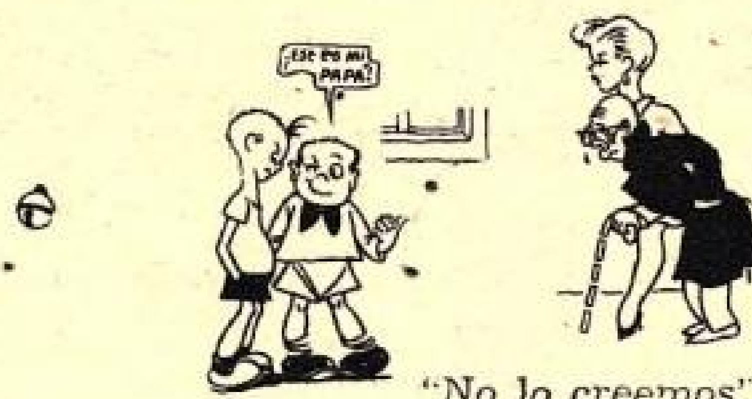
Y, ante los ojos atónitos del conventillo en pleno; los de la vieja, que no quería creerlo, y los del sacerdote, que entraba repartiendo bendiciones, Prudencio, vivito y coleando, se sentó en la cama y, sin hablar palabra, se le prendió del pescuezo al hijo pródigo, al pibe de oro que en un saque le había arreglado la vida, y en un abrazo largo arregló su cuenta de gratitud burrera con un:

—¡Tenía razón m'hijo!... ¡Primero el 13!...

Fin



ENCICLOPEDIA BURRERA ILUSTRADA



"No lo creemos"

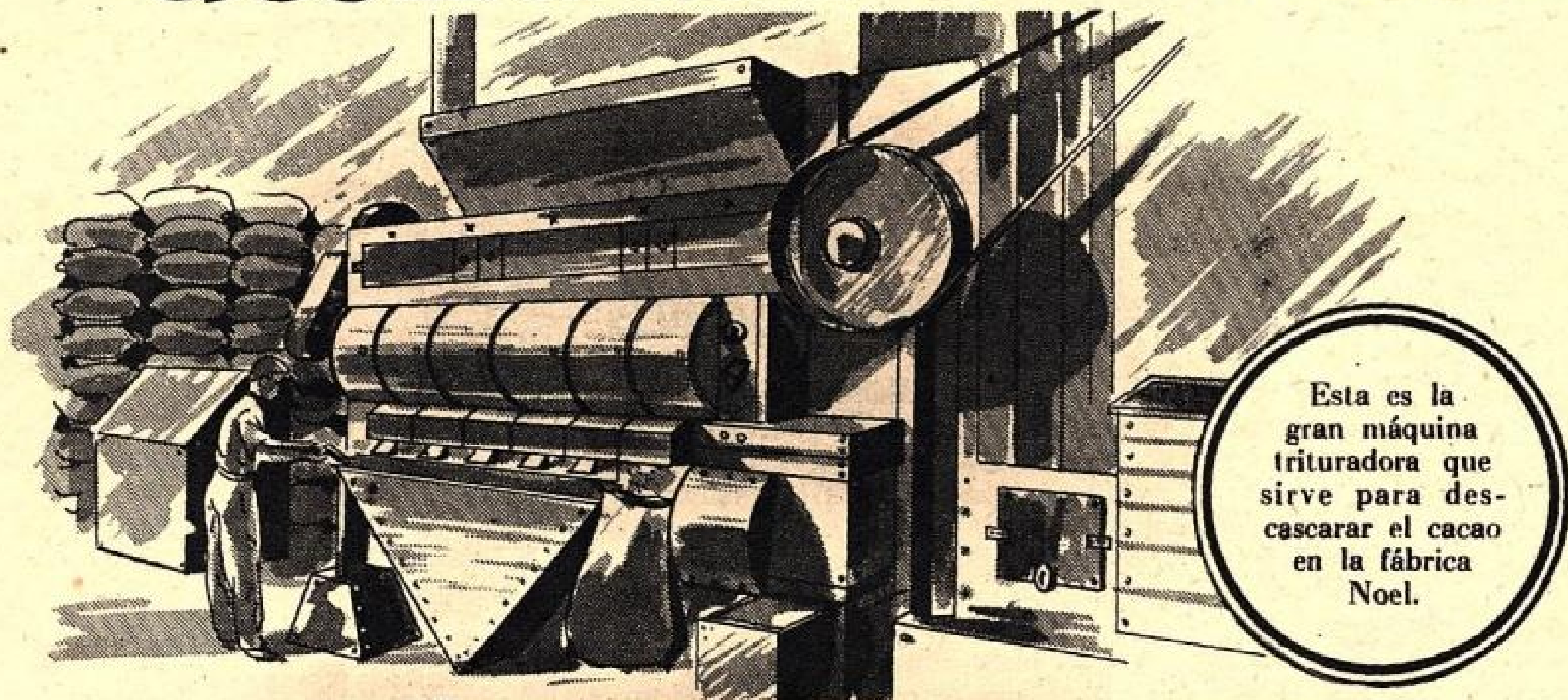

"Es el enemigo"


"Es candidato"

VA MAL LA COSA...

Que Razante terminara la carrera rozando los palos, no es extraño, con ese nombre, pero que el negro lo apretara... ¡vamos!... eso no lo vemos tan claro. Y es cosa de preguntarse... ¿qué le habrán dado al miedoso de don Máximo, para obligarlo a semejante desafuero, tan reñido con su fama? Para mí que corrió hipnotizado... Y como con ésta fueron dos las cosas raras que se vieron ese día en Palermo, creemos justo llamar sobre ello la atención de la respetable C. de C. ¿Qué cuál es la otra? No... la de Highstar, no, que eso no fué más que lógica moderna... La de Casita es la que yo digo... ¡Qué! ¿No vieron que para encontrarle jockey se lo fueron a buscar a Vieytes, nada menos? En ese tren pronto los vamos a ver vestidos de seda y con botas, hasta al Soldado Desconocido y sus colegas de la Tuerca Floja...

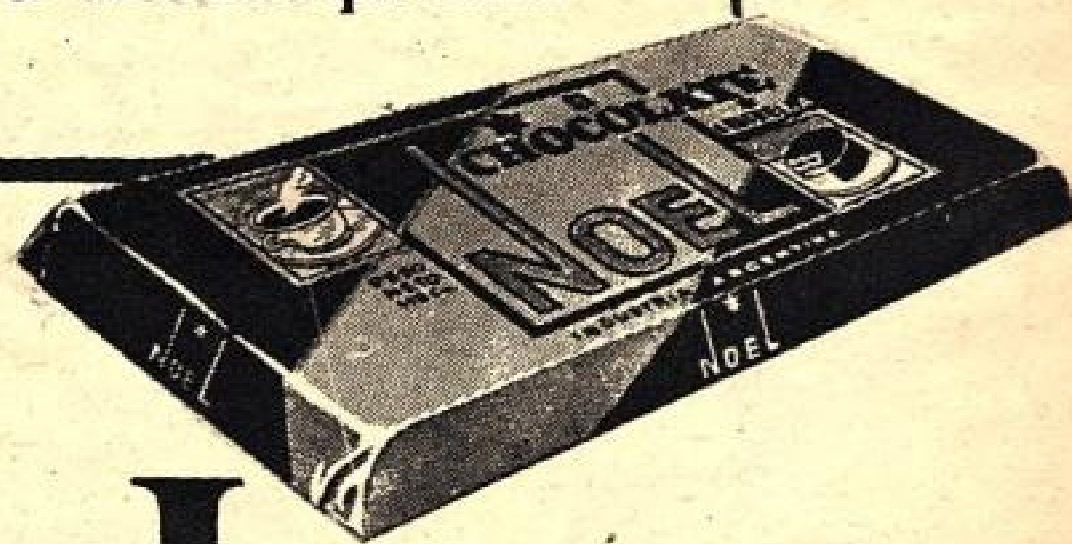
Hay que desnudar *al cacao*



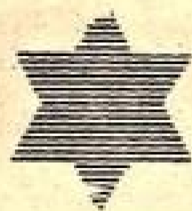
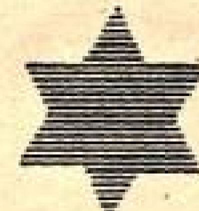
Esta es la gran máquina trituradora que sirve para descascarar el cacao en la fábrica Noel.

Algo bastante parecido al chocolate puede elaborarse "aprovechando" la cascarilla que recubre al grano de cacao. Y, naturalmente, el fabricante que emplea el cacao sin sacarle la cascarilla produce, con igual costo, más chocolate.

Sí; más chocolate, sí; pero chocolate fino, *nunca!* Porque la cascarilla desnaturaliza el sabor del cacao puro y produce una cierta "asperosidad" en la pasta del chocolate. Y los buenos paladares lo notan. Nosotros tenemos una máquina trituradora que pone en libertad al grano y luego, bajo la acción de poderosos ventiladores, lo deja absolutamente desnudo. Cuidadosa y gravosa operación que por sí sola aconseja preferir el chocolate Noel. Consuma chocolate Noel: bueno es que Ud. sepa cómo se elabora el chocolate que toma.



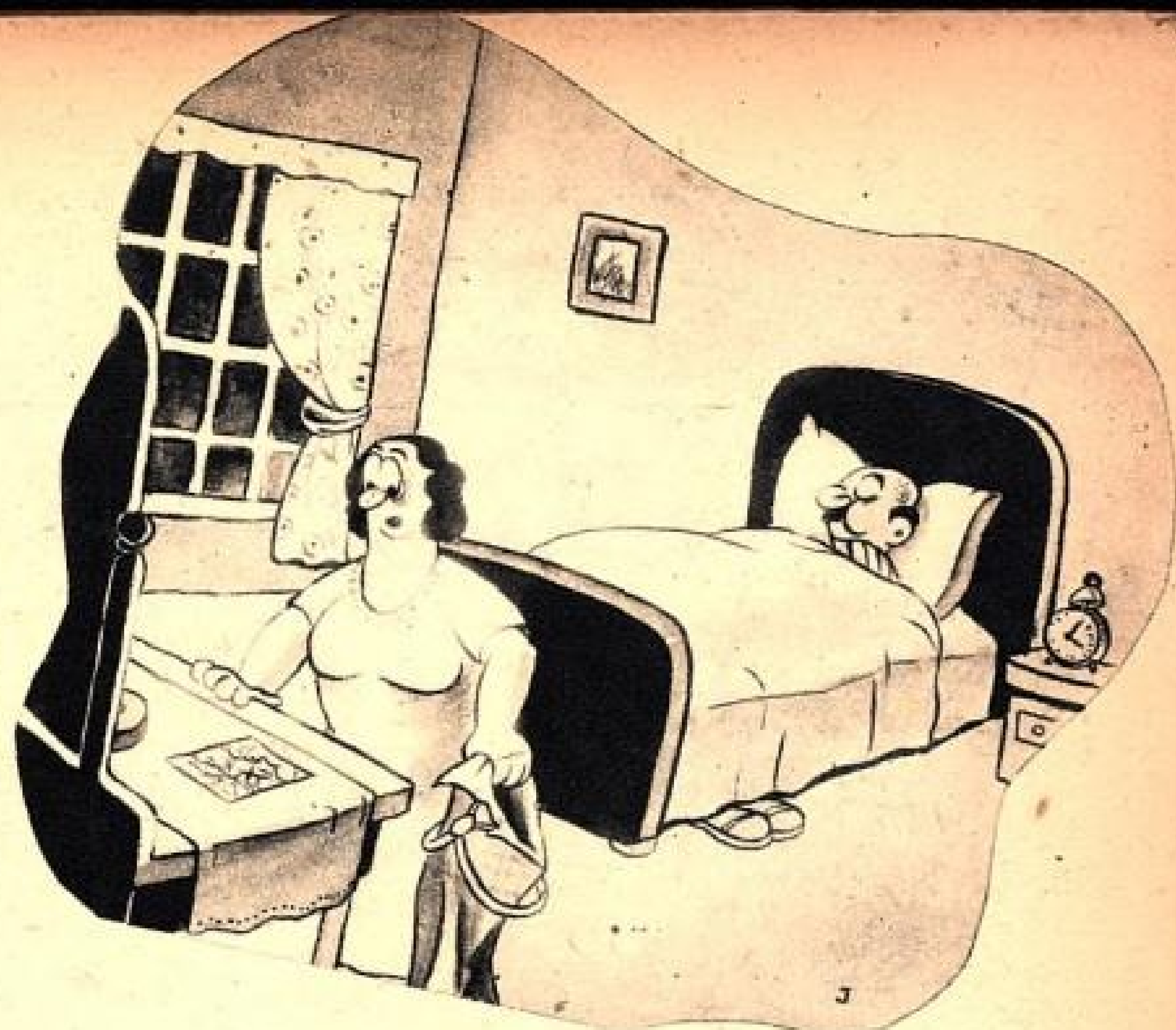
CHOCOLATE

 NOEL 

NOEL CHOCOLATE NOEL CHOCOLATE NOEL CHOCOLATE NOEL CHOCOLATE



—¡Qué buena broma es la de colgarle zapatos!, ¿no es cierto?



—"Querida..., esta carta fue... escrita pa... ra que te... to...maras el tra...bajo de... re...cons...truirla..., tu marido..."

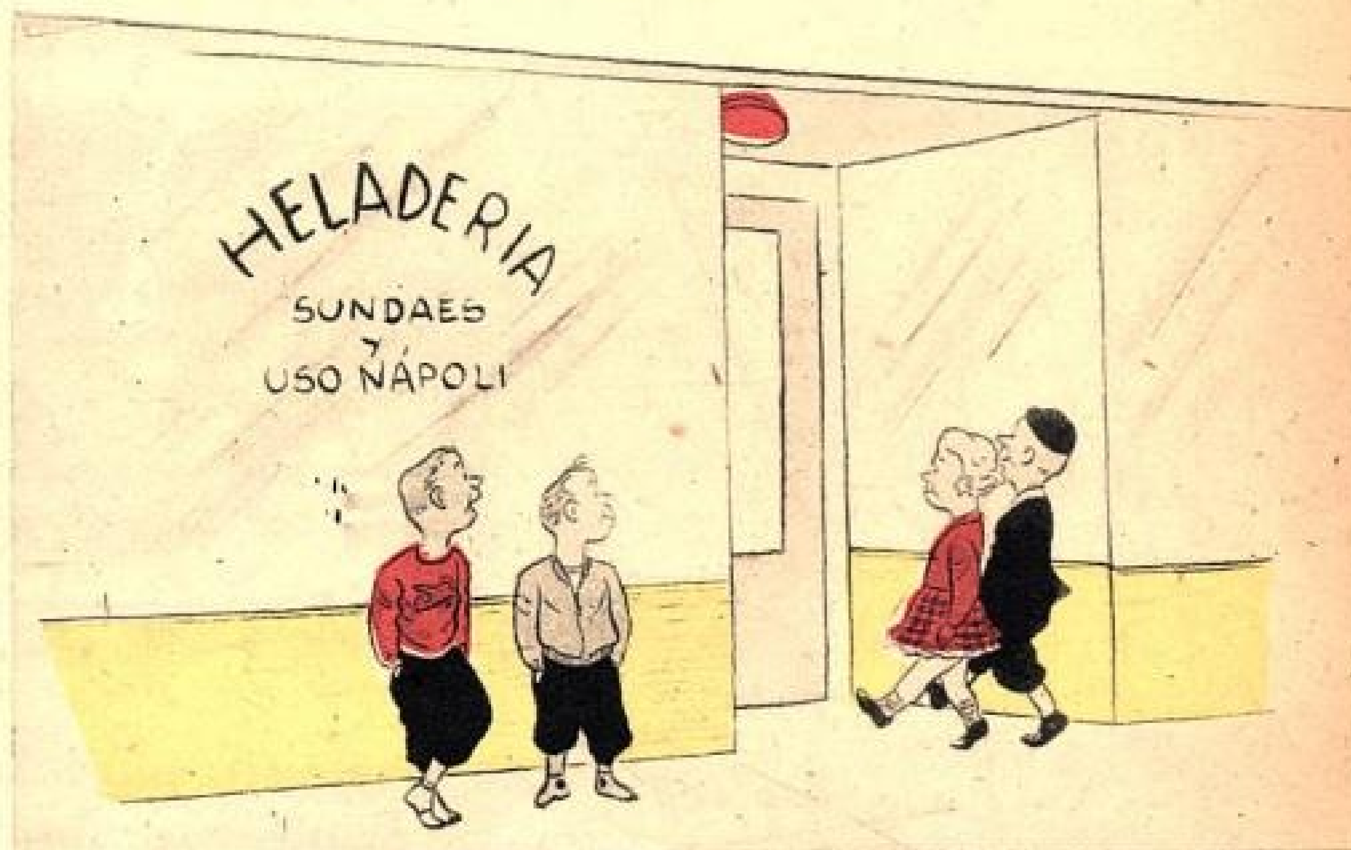
La Buena Tierra y los Malos Cepillos

Todo hombre pulcro debe cepillarse la ropa, cuando menos una vez en la vida. El no hacerlo es indicio de excesivo amor a la tierra y expone al hombre a mostrar la hilacha con mucha frecuencia. Por otra parte, el cepillarse la ropa es tarea que debe cumplirse con esmero, prolijidad, orden y cepillo.

Especialmente el orden es necesario. Procediendo en la forma vulgarmente denominada "a la bartola", ocurre casi siempre que uno cepilla dos veces una misma manga y deja la otra sucia. Se debe tener en cuenta que todo traje tiene una parte que queda a la derecha y otra a la izquierda. Es bueno, entonces, proceder gradualmente y, como ciertos políticos de empuje, iniciarse en la izquierda para terminar victoriosamente en la derecha. El sentido contrario es igualmente eficaz para el cepillado, pero fatal en política. De la frecuencia con que se cumpla la tarea de desterrar el traje, depende que este trabajo deba ser considerado insalubre o no. A mayor frecuencia, mayor salubridad para quien cepilla y mayor felicidad para su sastre. Pero si se deja pasar mucho tiempo, el cepillo levantará espesas nubes de polvo que ocultarán la escena, impidiendo que la gente vea lo que hacemos y se forme un juicio favorable de nuestras costumbres.



—Insiste en que aún no ha hecho el tercer grado...



—Está jugando con fuego. ¡El no sabe que esa mujer es capaz de tomarse cuatro helados de una sola sentada!



Por lo demás, hay en la costumbre de cepillar la ropa mucho de la ilusión en que el hombre vive envuelto. El polvo arrebatado a las anfractuosidades del tejido revolotea graciosamente a nuestro alrededor y termina adhiriéndose, según sus preferencias, a nuestros pulmones, al traje que llevamos puesto y al otro traje del cual lo hemos extraído. Lo cual no impide que, luego de insistentes paseos del cepillo, guardemos el traje convencidos de que hemos cumplido una higiénica medida.



—Pero, querido, deja la pesca para más adelante; ¡recuerda que estamos en nuestra luna de miel!



—¿Las entradas de mi marido? A eso de las tres de la mañana.



El Sueño de la Suegra

PASEO EN BURRO

Por HUNO

Don Lope Fonseca da Os Pintos Siete Torres Catorce Picos de Giralte y Manzanillo, que era señor de horca y cuchillo y habitaba un castillo en lo alto de un cerrillo (esto no es verso pero es cierto), tenía un carácter de papel de lija, y un buen día, porque sí o porque no, condenó a uno de sus súbditos a morir en garrote vil, debiendo ser paseado en un burro —advertimos que el paseo tenía que darlo antes de la muerte— por la calle más larga de la población hasta el punto geométrico concéntrico unilateral, en el que se alzaba la horca; y para demostrar la bondad de esa víscera contráctil que los fisiólogos llaman corazón —este parrafito matemático y anatómico nos ha salido a pedir de boca—, dispuso que, si el condenado a muerte encontraba clemencia en alguna mujer y ésta lo pedía para sí cuando paseaba en burro, serían de inmediato casados (el hombre y la mujer) y, perdonándole la vida y dándole todos los utensilios de labranza —porque hay que advertir que don Lope era enemigo de la vagancia—, enviados a una isla, para que allí cumplieran con el precepto matemático divino que dice aquello de: "creced y multiplicaos".

Pero don Lope era pícaro y ladino como el que más, y había tenido en cuenta, para hacer esa pseuda demostración de piedad, el hecho de que el pobre condenado a dar el paseíto en burro y a muerte no le debía nada a la naturaleza: su cara de balde era capaz de darle un susto al miedo.

Y llega el día del paseo y el garrote vil; se monta nuestro buen hombre en el burrito de marras, el verdugo tira de él, los pregoneros van gritando aquello de: "Esta es la sentencia que manda hacer nuestro señor don Lope Fonseca, etc., etc."; pero ninguna de las mujeres que había a lo largo de la calle reclamaba para sí al pobre condenado, y éste iba más muerto que vivo, perdiendo de momento a momento la esperanza del perdón, *cuando hete aquí* —*se impone* el castellano viejo— que ya casi al final, cuando se divisaba la tétrica horca, una mujer, más fea que pegarle a Dios en Jueves Santo, desdentada, bizca, patizamba, grita:

—¡Para mí ese hombre! ¡Para mí!

El pobre condenado respira, levanta la cabeza, la vuelve hacia el lado de donde vienen esos gritos salvadores, mira abarcando en una sola mirada todo el espanto de fealdad de aquella mujer, y dice al verdugo:

—Entre cargar yo con ella para toda la vida, y el burro conmigo hasta la muerte, ¡que siga el burro!...



EL CALVARIO DE UNA MADRE

(EPISODIO DEL DIA DE HOY)

Por M. B.

Atención, señoras y señores! —es la voz del locutor—. Se va a irradiar el episodio correspondiente al día de hoy de... (música de la Danza macabra, de Saint Sáenz) "El calvario de una madre", original del prestigoso autor Carolo Invernalizio, hijo, y que será interpretado de acuerdo con el siguiente reparto (música del vals "Desde el alma", de Rosita Melo). Rosita: la primera actriz Nélida Scasciati. Don Pedro: el primer actor Matusalén Vejestorio. Doña Lola, (madre de don Pedro): Belinda Retamales. José: José José. Uno del pueblo: uno cualquiera. Otro del pueblo: el mismo. (El mismo que hace el uno.) Jefe de Sonidos: Sordetti del Tímpano (música de Boheme; selección de Maric Weber).

LOCUTOR. — Recordarán nuestros oyentes que, en momentos en que José y don Pedra luchaban a brazo partido, por la posesión de un cuchillo, Rosita entró a la choza donde estaban peleando y... (música de Tanhausser)...

ROSITA. — ¡Dejen ese cuchillo!... ¡Dejen ese cuchillo!...

PEDRO. **(Jadeante).** — ¡Nunca!...

JOSE. **(Jadeante).** — ¡Nunca!...

ROSITA. — ¡Dejen ese cuchillo o hablaré!...

LOS DOS. — ¡No!...

(Música de Camila)...

LOCUTOR. — ¡Para beber bien, Grandes Almacenes y Despachos de Bebidas Unidos; la única casa que dá un maní con cada vermouth y una tajada de salame por la compra de una botella de whisky!... Prosigue la acción... (Música de Aída).

PEDRO. — ¡Márchate, Rosita!...

ROSITA. — ¡No puedo!...

PEDRO. **(Iracundo).** — ¿Por qué?...

ROSITA. — No es la hora de mi marcha...

JOSE. **(Reflexivo).** — Tiene razón... La que están tocando es la marcha de la Aída...

LOLA. **(Entrando).** — ¿Qué pasa aquí, hijo mío?...

PEDRO. — ¡Madre!... ¡Madre!... Rosita encierra en sí un secreto... ¿Cuál es ese secreto, que no me deja dormir de noche...; que nos tiene a todos en ascuas?... ¡Hable, madre!... ¡Hable o...!

LOLA. **(Un tanto picada).** — ¿O qué?... ¿Te olvidas de que soy tu madre?...

PEDRO. — Perdón, madre; pero es que ya no sé lo que digo...

(Un oyente, desde el receptor: "La culpa es del autor".)

JOSE. — Hable, doña Lola. ¿De qué murió su esposo?...

LOLA. **(Llorando).** — No lo diré nunca...

ROSITA. — Ni yo...

JOSE. **(Montando el picaso).** — ¡Aquí nadie quiere hablar! ¡Parece la Cámara de Diputados!

(Música del Preludio de Rachmaninoff.)

LOCUTOR. — Estamos irradiando la audición de Grandes Almacenes y Despachos de Bebidas Unidos; la única casa en Buenos Aires donde el corcho de las botellas es legítimo; nuestra caña, más que caña es un cañón. ¡Elimínese en nuestra casa!... Sigue la acción... Pero, antes, unas palabras por el primer actor, señor Matusalén Vejestorio:

VEJESTORIO. — ¡Gracias, Furciales!... Queridos "amigo", tengo que decirle "do" palabras... Agradezco las "presiones" que nos mandan con la cartita y las estampas; para darles el gusto de "verno", saldremos en jira el mes que viene con esta obra, donde estamos fenómeno; no es por decirlo... Sigan mandando "presiones". Muchas gracias.



LOCUTOR. — Y sigue la acción...

(Música de Mano a Mano.)

(El mismo oyente, desde su casa: "¿Y cuándo termina?...".)

ROSITA. **(Nerviosa).** — Doña Lola, es necesario que aclaremos todo esto... En el pueblo se murmura que el finado fué muerto, y lo más terrible es que las sospechas caen sobre José y sobre mí...

LOLA. — ¡Cállate, maldita!...

ROSITA. — ¡Doña Lola!...

PEDRO. — ¡Madre! No sé si debo...

JOSE. — Yo sí lo sé... y hace tres meses... Podrías darme algo a cuenta...

LA VOZ DEL DIRECTOR, DESDE EL CONTROL. — No se salgan del libro...

PEDRO. — Lo que pasa es que vos estás enamorado de Rosita y no te atreves a confesarlo...

JOSE. — ¡Mientes!..., ¡mientes!... ¡Nunca la quisé!...

ROSITA. — ¿Ahora salimos con esas?... ¡Sos fresco, eh!...

LOLA. — ¿Qué oigo?... ¿Tú?..., ¿tú, enamorado de ella?...

JOSE. — ¿Y qué quiere; que me enamore de usted, vieja cacatúa?...

PEDRO. — Repite eso y juro, por esta luz que me alumbra, que...

(Música de A media luz.)

LOCUTOR. — Vamos a darles, amigos oyentes, una vez más, las bases de nuestro concurso mensual. Ustedes saben que deben adivinar con quién se casará Rosita; si con Pedro o con José. Para que les sea más fácil, tengan en cuenta que Pedro, por lo que ustedes habrán adivinado en el tercer episodio, no puede casarse con ella, y José, según las declaraciones de doña Lola, no puede hacerlo tampoco, porque no cumplió el examen prenupcial... Despejen ustedes la incógnita y recuerden que en los Grandes Almacenes y Despachos de Bebidas Unidos, una copa vale dos, y lo comprobará usted cuando le toque pagar. Continúa la acción...

LOLA. — Terminemos de una vez...: Tú, Pedro, ven acá; y tú, José, también. ¿Será posible que estéis tan ciegos?... ¿Acaso tú no sabes, José, y tú no sabes, Pedro?...

PEDRO. — Sí, madre, lo sé; ¿pero lo sabe ella?...

JOSE. — También lo sé, doña Lola; ¿pero Pedro lo sabe?

ROSITA. — Estoy enterada de todo; ¿pero es que doña Lola sabe, acaso?... ¡Oh, no! ¡Sería terrible!... ¡Terrible!...

(Música del Temporal del Cabo de Hornos.)

ROSITA. **(Trágica).** — Sólo me resta un camino... Y ése será mi castigo... No quiero que por mi culpa... ¡Adiós! (Portazo.)

PEDRO. **(Gritando).** — ¿Dónde fué, madre?... ¿Dónde fué?... (Portazo.)

ROSITA. **(Entrando otra vez).** — ¡No me he ido aún...; quiero abrazar a doña Lola!... (Se oyen los abrazos.) Y ahora sí me voy... ¡Perdóname, José! ¡Perdóname, Pedro!...

LOLA. — ¡Perdónale, Señor! ¡No sabe lo que hace!...

ROSITA. — ¡Adiós!... (Portazo.)

PEDRO. **(Muy triste).** — ¡Madre!... ¡Se ha ido, madre!... ¡Se ha ido para siempre!...

JOSE. **(Llorando).** — ¡Se ha ido, doña Lola!... ¡Esta vez se ha ido para siempre!...

LOLA. — ¡El destino así lo dispuso!... Se fué como tu padre, Pedro, en una noche fría, horrible, oscura... Y no volvió...

JOSE. — ¿No volvió?...

LOLA. — No; lo trajeron...

(Música de la Marcha Fúnebre de Chopin.)

JOSE. — ¿Se había suicidado?...

LOLA. — No..., con el frío se pescó una pulmonía.

PEDRO. — ¿Una pulmonía?... ¿Doble o sencilla?

LOLA. **(Lúgubre).** — Sencilla...

JOSE. **(Suspira).** — ¡Ah!... ¡Menos mal!...

(Música de la Polka del Espiante.)

LOCUTOR. — Y así, señoras y señores, finaliza esta audición; no deje de sintonizarnos mañana a la misma hora...

LA VOZ DEL OYENTE DE SIEMPRE. — ¡Pobre de vos!...





EL PATINAJE COMO CIENCIA

l patinaje es un deporte que se ha practicado desde los tiempos más antiguos, y que aún hoy en día cuenta con entusiastas adeptos.

Como su nombre lo indica, el patinaje, consiste en patinar, o lo que viene a ser deslizarse sobre patines. La palabra patines se deriva de pata, que es la forma vulgar, familiar y confianzuda con que se denomina a los pies. Los patines son a los zapatos, lo que éstos son a los pies.

El patinaje se puede efectuar sobre baldosa, sobre nieve o sobre hielo. También se patina en el hipódromo, pero es un deporte que así resulta un poco caro. Los mejores días para patinar, son los de lluvia, especialmente si se dispone de un automóvil.

Para patinar sobre hielo, es innecesario aclarar que lo primero de que se debe disponer es de hielo en abundancia, pero no amontonado, sino esmeradamente extendido. Por supuesto, que en segundo lugar necesita tener a mano los patines, o más propiamente hablando, tenerlos al pie, que es el adminículo humano que tendrá que hacer el gasto. En tercer término, para patinar sobre el hielo, disponiendo de los dos elementos ya antedichos, sólo falta saber patinar sobre hielo. Aunque a primera vista, esta afirmación parezca una paradoja, no hay más que probar a patinar sin observar ese requisito, para comprobar dolorosamente que decimos la verdad.



—¿Me quiere indicar si aquellas son las ruinas que tengo que mirar?



—No se esmere mucho en el servicio, mozo. ¡Total, nunca doy buenas propinas!



—El Ñato se ha modernizado. ¡Ahora pide los rescates por fonopostal!

ES MUY DIFICIL QUE DOS MUJERES LINDAS ANDEN JUNTAS

Es casi imposible que dos mujeres lindas vayan juntas. Cuando hay dos mujeres y una es linda, la otra es de regular para abajo. Si en vez de dos mujeres, el grupo es mayor, es regla general que aumente el número de las feas y no el de las lindas. Ejemplo: dos mujeres, una linda y una fea; tres mujeres, una linda y dos feas; cuatro mujeres, una linda y tres feas. En grupos más numerosos, la proporción es convencional. El hecho tiene una explicación razonable.

Una mujer linda busca siempre la compañía de una fea, para: 1º, lucir más ella; 2º, evitar toda posible competencia; 3º, reventar a una amiga (la fea). En cambio, una mujer fea, busca la compañía de una linda, para: 1º, hacerse la ilusión de que los hombres la miran, cuando miran a la otra; 2º, ligar, aunque sea de rebote, alguna mirada perdida; 3º, obligar a los conocidos, que de otra manera pasarían de largo, a detenerse.

Las consecuencias de esta costumbre, son inconvenientes para los hombres. En primer lugar, es muy frecuente que uno haga tentativas para apuntarse al secto bello del dúo, y termine por quedar adherido al sector feo, por imposición de las circunstancias. En segundo lugar, cuando actúan dos amigos, suelen plantearse enojosas desavenencias sobre quién de los dos debe cargar con la fea. Y, por fin, es excesivamente fastidioso eso de mirar complacido a una mujer linda, para caer de inmediato con la mirada en una compañera que echa a perder toda la alegría.

Sería muy recomendable que las mujeres lindas reflexionen sobre esto que acabamos de comentar.

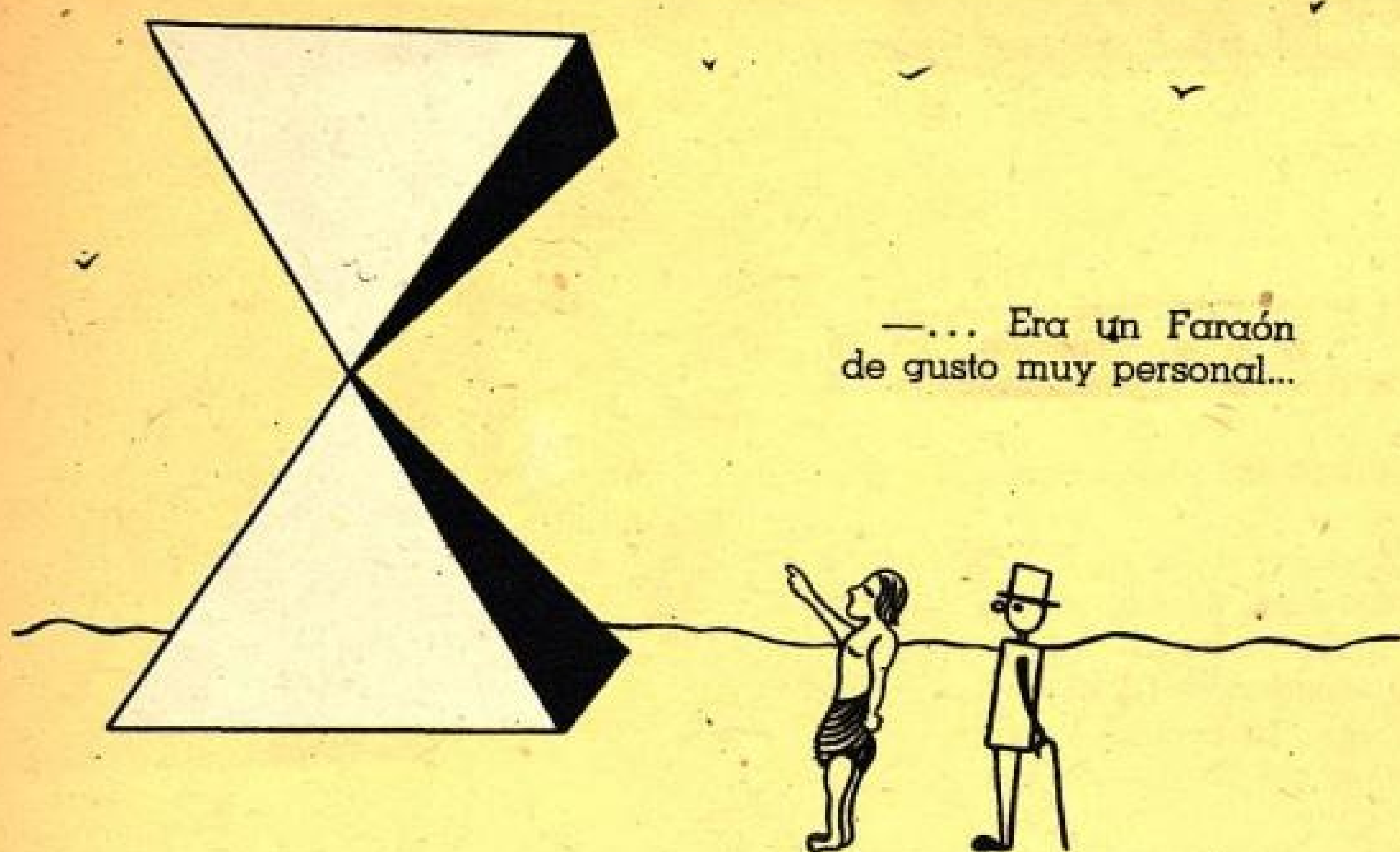




—¡Pero tontito! ¡Claro que sos el único hombre a quien he besado! ¡Además, sos el más buen mozo!



—Mi estimado público: ahora les voy a enseñar el mejor truco para hacer desaparecer la gente.



—... Era un Faraón de gusto muy personal...



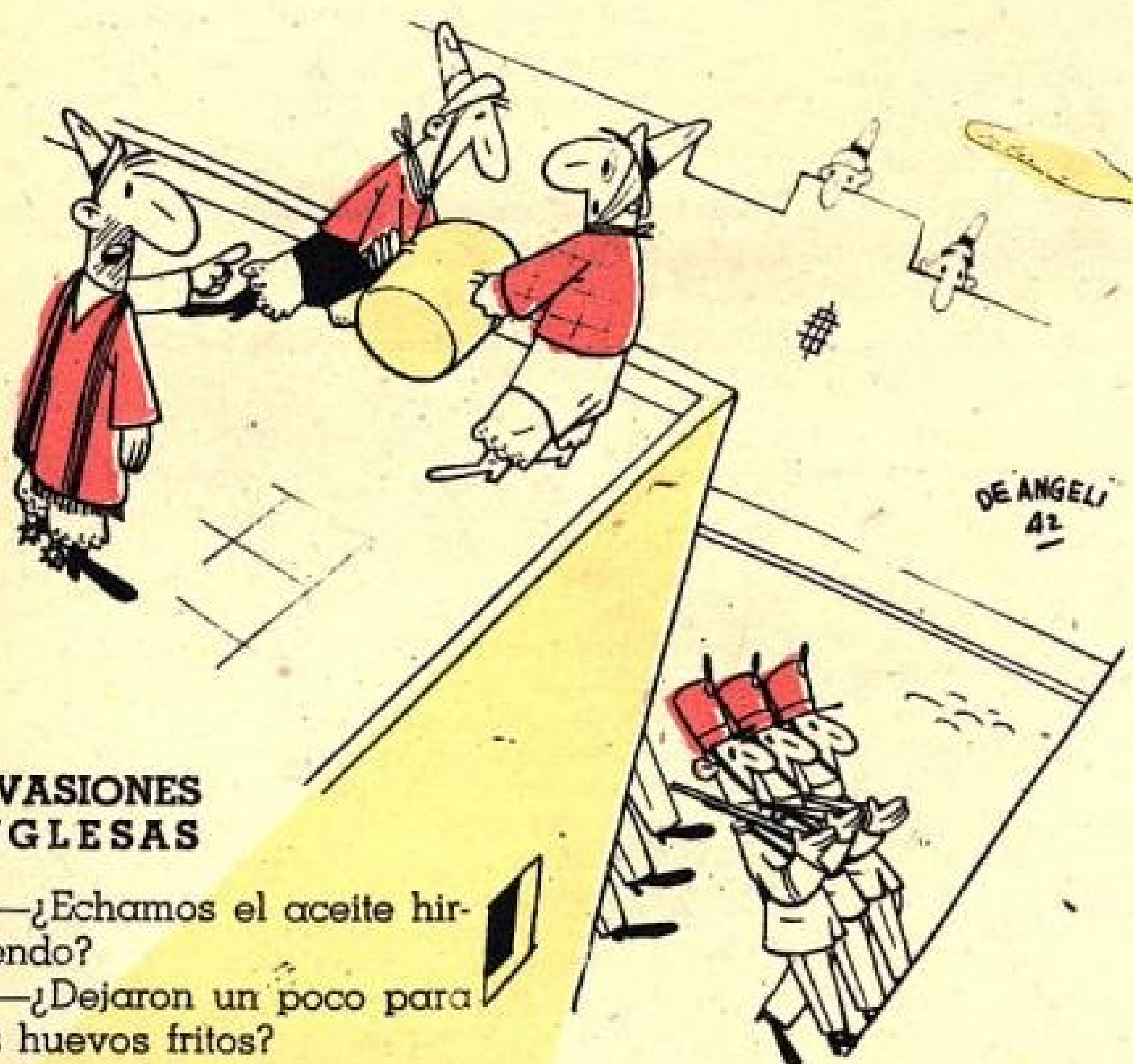
—Me parece que le va a gustar la escuela al nene. Se ha pasado todo el primer día haciendo amistades...



—¡Te digo que no me inspira confianza el nuevo peón!



—¿Se han dado cuenta cuál es la debilidad del back contrario?
—¡Yo, sí! ¡Esa rubia fenómeno que está en la platea!



INVASIONES INGLESAS

—¿Echamos el aceite hirviendo?
—¿Dejaron un poco para los huevos fritos?



—Dice que hay que bajarse. ¡Aquí no se puede ni jugar un rato!

NI MAS NI MENOS

CASOS QUE OCURREN

Por IVAN DIEZ

El hombre se levanta, dispuesto a tomar el desayuno y a salir luego en dirección a su empleo. Mientras bebe agua con almidón y extracto de tinta china (vulgo, café con leche), enchufa la radio para entretenerse.

De pronto, cuando menos lo piensa, escucha que a un tipo le pegaron cien puñaladas, doscientos tiros y como cuatrocientos hachazos, por equivocación.

Nuestro héroe, cerrando los ojos, dice:

—¡Oh, qué bello despertar!

Y se traga, con toda tranquilidad, un pedazo de pan con manteca.

La noticia transmitida es, fuera de dudas, tonificante y tranquilizadora. Levantarse y oír eso, es como para sentirse alegre y dispuesto a emprender la lucha cotidiana, con la sonrisa en los labios.

Da vuelta el dial, buscando algo distinto, y cae en otro informativo:

Un hombre se volvió loco y, arrancándole los cabellos a su mujer, se hizo una linda brocha para pintar el gallinero.

Después de eso, el tipo apaga la radio y, transpirando pólvora, sale para su empleo.

El pobre va con un optimismo grande. Tan grande, que no ve más que locos y criminales por todas partes.

Al subir al colectivo, mira de soslayo, para estar al corriente de los movimientos de cada uno de los pasajeros. No por desconfianza, sino por no recibir algún naranjazo en plena bocha o, cuando menos, treinta puñaladas.

Cada vez más optimista, entra donde trabaja, pensando en cosas dulces, amables, como, por ejemplo, en morder la nariz al jefe o en quemar la oficina. Al rato, no es difícil que se le acerque alguna compañera de labor, para preguntarle:

—¿Oyó anoche el episodio de "La momia que asesinó a toda una familia"?

El hombre, ante esa pregunta, pega un brinco de tres metros y medio. Claro, como está tan sereno, le da por saltar sin garrocha alguna.

La compañera de empleo, continúa:

—¡Viera qué lindo! En el preciso momento en que la momia sale a caballo, el cementerio se ilumina y todos los muertos bailan una conga, al compás de cuatro esqueletos que hacen las veces de tambor.

Al tipo no le queda más que decir:

—¿Ah, sí?... ¿Y después?...

—Después, la momia llega a una casa, se baja del caballo y, sacando un cuchillo, hace fuego contra la familia, no dejando ni una cucaracha en pie... ¡Viera qué precioso!...

La llegada del jefe, aleja a la compañera, y el tipo, que ya suda engrudo, deja un tintero que había agarrado para... para nada. (Un chichón menos. No importa.)

Nuestro héroe empieza a trabajar, y de repente:

—Lo llaman por teléfono.

Atiende. Es la esposa.

—Ay, querido, estoy afligidísima. Recién vinieron a avisarme que murió mi prima. La pobre tenía un flemón y, al querer reventárselo, reventó. Reventó ella, no el flemón. Ay, viejo, pedí permiso y vení pronto, para que compremos una corona de 0.95. ¡Son preciosas!

Sale nuestro hombre del empleo; llega hasta la esquina para tomar el colectivo y, mientras lo espera, pasa un diariero, gritando:

—Edición extra, con la fotografía del estrangulador. El asesino no hace más que cantar "La violeta" y pide, de cuando en cuando, un vaso de vino, para festejar la liquidación... de doce personas.

Nuestro héroe, ostentando una sonrisa de sepulturero, le chinga al colectivo y va a parar a una fábrica de impermeables.

Se levanta, ríe por no llorar, y se dirige a su casa, taconeando fuerte. No bien llega a la esquina del rancho, alguien lo detiene:

—¡Hola, viejo! —dice el amigo—. ¿Cómo estás? ¿De dónde venís con ese gesto de loro con reumatismo? Creí que te habías muerto. Mirá, lo soñé y todo. ¡Te llevaban ocho caballos de lindos!...

Con los ojos fuera de las órbitas, el que se oye decir eso, esboza una sonrisa de urraca inconsciente, y entra en su casa con unas ganas locas de poner una bomba.

Lo recibe la esposa, alegremente.

—Pero, ¿cómo?... —dice él—. ¿Se murió tu prima y vos muerta de risa?

—¡Ay, callate, que fué una equivocación! Nos ahorraremos la corona.

El pobre cristo, sudando adoquines, se arroja violentamente en un sillón, atinando a decir:

—Agua..., agua...

Atendido, respira, abre los ojos y, agarrando un cenicero, lo lanza contra el espejo del tocador. Luego, llega hasta la jaula del cardenal y se come el pájaro.

Como es fácil deducir, el hombre hace todo eso de mimoso que es, y no porque esté medio tocame un gato. ¡Qué esperanza! El está medio tocame un perro.

Ya sin ganas de volver al trabajo, agarra un diario y, al posar en él su mirada, tropieza con la siguiente noticia: "A la edad de 48 años, falleció ayer".



Tira el diario y, ubicándose en una silla del "hall", se dispone a descansar.

Suena la campanilla del teléfono. Atiende.

—Hola. ¿Quién habla?... Sí, yo... Ah, ¿cómo te va, Orlando? No, no fuí a trabajar porque... porque me dolía la cabeza... ¿Eh?... ¿Qué decís?... ¿Cómo?... ¿Estás seguro?... ¿Que se derrumbó la casa donde trabajo?

No es como para mirarle la cara a nuestro héroe. Cuelga el tubo y, en lugar de pasarse la mano por la frente, para secarse la transpiración, se pasa un zapato. Luego saca cigarrillos, fósforos, y enciende un lápiz.

Silbando, para no morir, se acerca al aparato radiotelefónico y lo hace funcionar.

Sus ojos se iluminan; un suspiro de honda satisfacción dulcifica las cosas. El hombre parece revivir; el corazón se le agranda. ¡Por fin sintonizó algo alegre! Es un disco con música de jazz.

Cuando se acomoda en una silla para seguir escuchando, "cortan", pues se trata de una característica de audición. Y al momento oye lo siguiente:

—Escucharán ahora el "sketch" intitulado: "La alegría de la vida".

Comienza la obra. Los artistas, que por lo visto se equivocaron de libreto, empiezan a gritar:

—¡Morir!... ¡Morir!... Oh, ¡cuán bello!

Y, a continuación, la voz del "speaker", que dice:

—¿Desea terminar sus días repentinamente? Coma sardinas en lata. No fallan!

CONVENCIMIENTO

Bueno; si después de todo eso, uno no dice que es Cristóbal Colón, yo soy Juana, la Loca.

EXCESO DE VELOCIDAD

Por CAMI ZETA

LUCIA. (**Entra como una tromba en el departamento de su amiga Laura**). — ¡Vengo furiosa! ¡Estoy segura de que me va a dar un ataque!

LAURA. — ¿Qué te pasa, querida? ¡No será para tanto!...

LUCIA. — ¿Ah, no?... ¡Cómo se conoce que no estás en mi pellejo! ¡Si es lo que siempre digo!... ¡Yo nací para ser desgraciada toda mi vida y lo seré, sí lo seré!

LAURA. — Bueno, bueno... Cálmate y cuéntame... Vas a ver cómo, al final, resulta una tormenta en un vaso de agua.

LUCIA. — ¿Una tormenta en un vaso de agua? ¡Un temporal, un tifón, una galerna, un ciclón!... ¡Qué desgraciada soy! (**Lloriquea, cuidando mucho de que no se le meta el rimmel en los ojos.**)

LAURA. — Vamos cuenta...

LUCIA. (**Entre puchero y puchero**). — Sabes que Alberto me ha demostrado cierta distinción desde hace casi un año. Le he animado de todas formas, pero es un muchacho que, por lo visto, piensa las cosas un siglo, antes de decidirse...

LAURA. — Sí... Sí... Yo creí que ya se había declarado.

LUCIA. — ¡Qué esperanza!... ¡Es más lerdo!... Hoy me invitó a salir en su coche. Fuimos a Palermo, dimos unas vueltas por el bosque y después tomamos el camino del Tigre... Cuando íbamos llegando a Vicente López, tuve la idea de que estaba a punto de declararse. Estaba algo pálido, nervioso...

LAURA. — Y le facilitaste la tarea, ¿no?...

LUCIA. — Sí, pero en vano. No se produjo nada. Ya estábamos en Olivos, cuando creí se declararía...

LAURA. — ¿Y?...

LUCIA. — ¡Nada! Quiso hablar, pero se atragantó.

LAURA. — ¡Pero che; qué lerdo!

LUCIA. — ¡No lo sabes bien!... Bueno, la cosa fué que hasta a él mismo debió darle rabia, porque dió una furiosa patada... El pie debió caer sobre el acelerador. El coche dió un pique brutal y salimos como un bólido.

LAURA. — Seguí, seguí...

LUCIA. — Como si lo vertiginoso de la carrera le hubiera dado ánimo, Alberto me dijo: "Lucía, tengo que decirle una cosa". Yo me quedé inmóvil, esperando, esperando... El apretó más el acelerador y añadió: "Desde que la conocí..." En aquel momento sonó un insistente silbato y se nos apareó un agente motociclista.

LAURA. — ¡Pero qué mala suerte, che!

LUCIA. — En resumen, que Alberto le contestó mal al agente y éste se lo llevó a la comisaría, por desacato y exceso de velocidad... ¿Te das cuenta? ¡Por exceso de velocidad a Alberto que es una tortuga para todo! ¡Si es como para morirse!...

La Dirección de Tráfico es Antipedagógica



Esta foto muestra un cotidiano aspecto de los beneficiosos efectos de la regulación del tráfico en nuestra capital. Con las sabias previsiones de la Dirección de Tráfico, tanto conductores como peatones encuentran que la manera de circular cómodamente es un juego de niños. Un juego de niños como el rango...

UNA maestra de nuestra relación, muy pedagógica ella, planteó a sus alumnos el siguiente problema: "Un empleado tiene a su cargo la tramitación de 1.800 expedientes por mes; cada expediente requiere, como promedio, media hora de trabajo total. Como se trata de un empleado digno y cumplidor, quiere tener su trabajo al día. **Pregunta:** ¿Cuántas horas debe trabajar por día para cumplir con su deber?" Como se ha podido apreciar, se trataba de un problema con moraleja. A la clase siguiente, los alumnos llevaron a su maestra las siguientes respuestas: doce niños, tarjetas de las respectivas mamás, diciendo que los chicos no habían podido resolver el problema porque estuvieron enfermos; veinticinco niños dieron como solución: "El empleado cumplidor y digno debe trabajar 30 horas por día". Un alumno que siempre se mostrara díscolo, había escrito en su cuaderno la siguiente desconcertante respuesta: "El coso ese labura seis horas como cualquier empleado público, y los expedientes que sobran, que se esperen".

La primera reacción de nuestra amiga maestra fué citar al padre del niño díscolo y exponerle la inconducta de éste. Con gran sorpresa de la maestra, el padre aclaró que la respuesta la había indicado él mismo y dió sus razones: "El problema que usted ha dado a los chicos es el mismo que se presenta en la comisaría de la sección 1ª de policía, con el empleado encargado de formar y tramitar los expedientes por infracciones de tráfico. Hay un promedio de casi sesenta expedientes por día; el empleado los mueve tan rápidamente como puede, y cumple su horario. Con estos datos tomados de la práctica, mi chico no hizo más que ahorrarse los cálculos y decir la verdad. Como yo sé un poco más de cuentas que el chico, le puedo decir que debido al problema que usted planteó, hay a esta fecha más de 6.000 expedientes que esperan turno".

Nuestra amiga no podía dejar que se derrumbara en esa forma el principio de autoridad, y tomó el asunto por el lado moral. "Yo les había preguntado a los niños qué haría un empleado digno y cumplidor". Y el avezado padre tenía también su respuesta lista: "Vea, estimada señorita: aunque el empleado se instalara con una carpa en la comisaría y trabajara las 24 horas del día sin interrupción (cosa un poco incómoda), le sobrarían cada día más de 10 expedientes. Si quiere que le resuelvan el problema, consulte a la Dirección de Tráfico. Buenas tardes".

La maestra nos ha venido a preguntar a nosotros. Nosotros damos traslado de la pregunta a la Dirección de Tráfico. Pero como somos partidarios de la crítica constructiva, aprovechamos para proponer a la Dirección de Tráfico una solución: que se sortee cada día los expedientes que seguirán su curso, y se obsequie los demás a los infractores favorecidos, junto con una botellita de alguna bebida refrescante.



NOTA: No mantenemos correspondencia postal con los colaboradores espontáneos, ni se devuelven los originales.

A FITO (Bs. As.). — En su relato, un poco largo, sucumbe la idea por escasa. Sin embargo le concedemos los honores de la incubadora. Aguarde usted el resultado. En cuanto a la idea que nos propone para portada, haría usted muy mal en aguardar otro resultado que el opuesto del "si".

A LEWIS STONE (Bs. As.). — El cuento que nos envía es bastante ágil de desarrollo, pero no es feliz la idea. Entrénese por el lado flojo y avísenos cuando se sienta fuerte.

A AGENTE 0,000. — El Dire ha desparramado las felicitaciones tan abundantes que usted envía, entre los destinatarios (y aprovechó la encrucijada para rebajarles el sueldo). Además, felicita a usted por su "obra de arte" y dice que espera no insistirá usted en que, todavía, se publique.

A CARLOS CANDA (Ramos Mejía). — Su carta no nos ofende; al contrario, nos gusta mantener correspondencia con los amigos. Y ya que usted mismo se explica tan bien lo ocurrido con su chistecito, pasaremos a la respuesta siguiente.

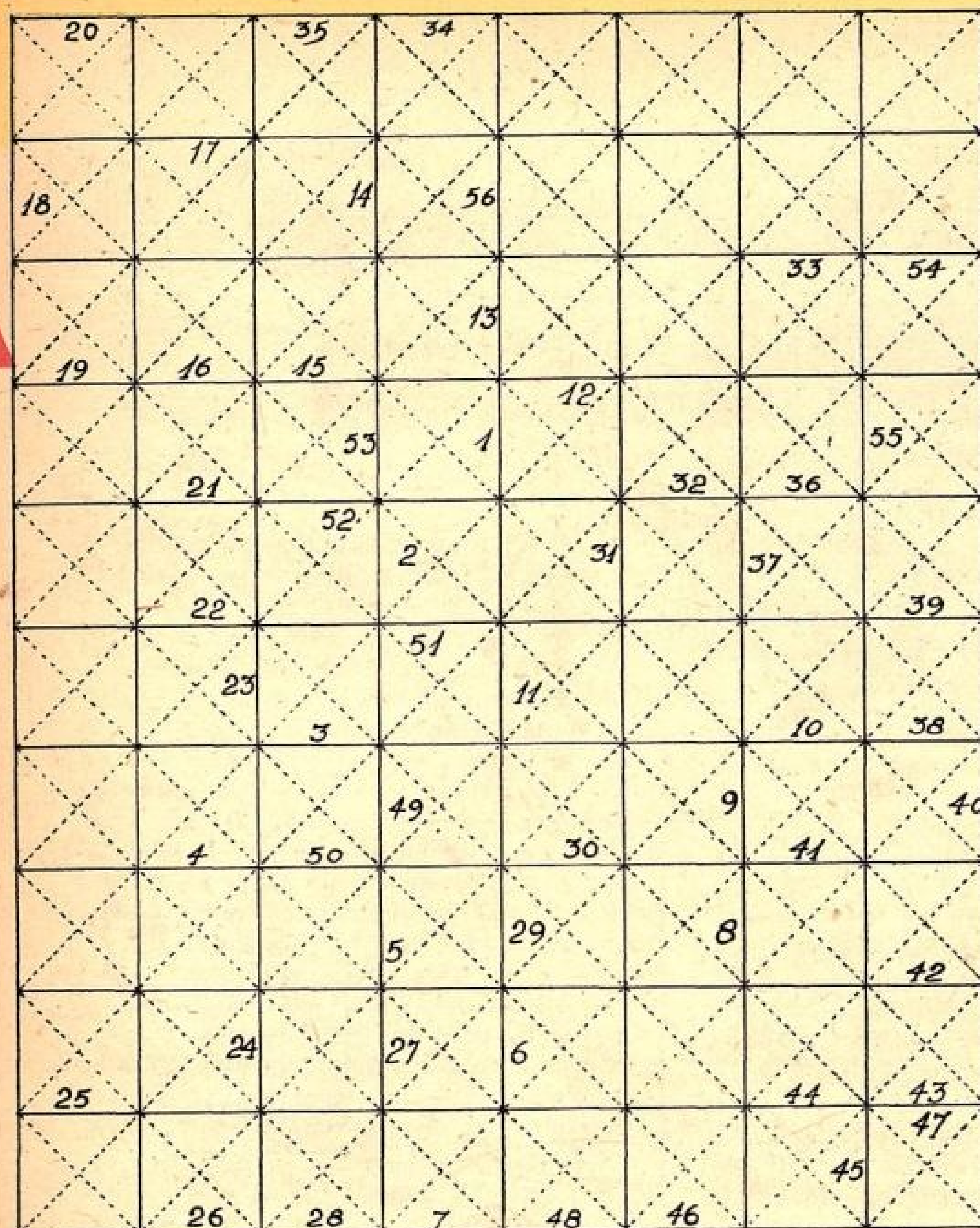
A A. V. CANORA (R. de Escalada). — La trágica situación que usted nos pinta, nos induce a no publicar su trabajito; con el pago no remediaría nada y, en cambio, se sentiría usted escritor y moriría pronto de hambre. Además, con eso nos evitamos tener que decirle que es malo.

A POCHO (Córdoba). — Por acá todos bien. Los suyos, ¿qué tal? ¿Cómo lo trata el frío? Y, ¡qué cara está la vida! Este... y de su chistecito, mejor no hablar.

A A. M. HERMIDA (Ubajay). — Su chiste no era malo, pero cuando le llegó el turno en la lectura, se había terminado la huelga de chóferes. Amigos como antes y muy contentos con sus elogios.

A ROBUSTIANO (Ramírez). — Tu cuento de Gurrigoytía gracioso estaba, si si; pero difícil de entender también. Mejor seguí vos con vacas, Robustiano, que de cuentos nos ocupamos nosotros, si si.

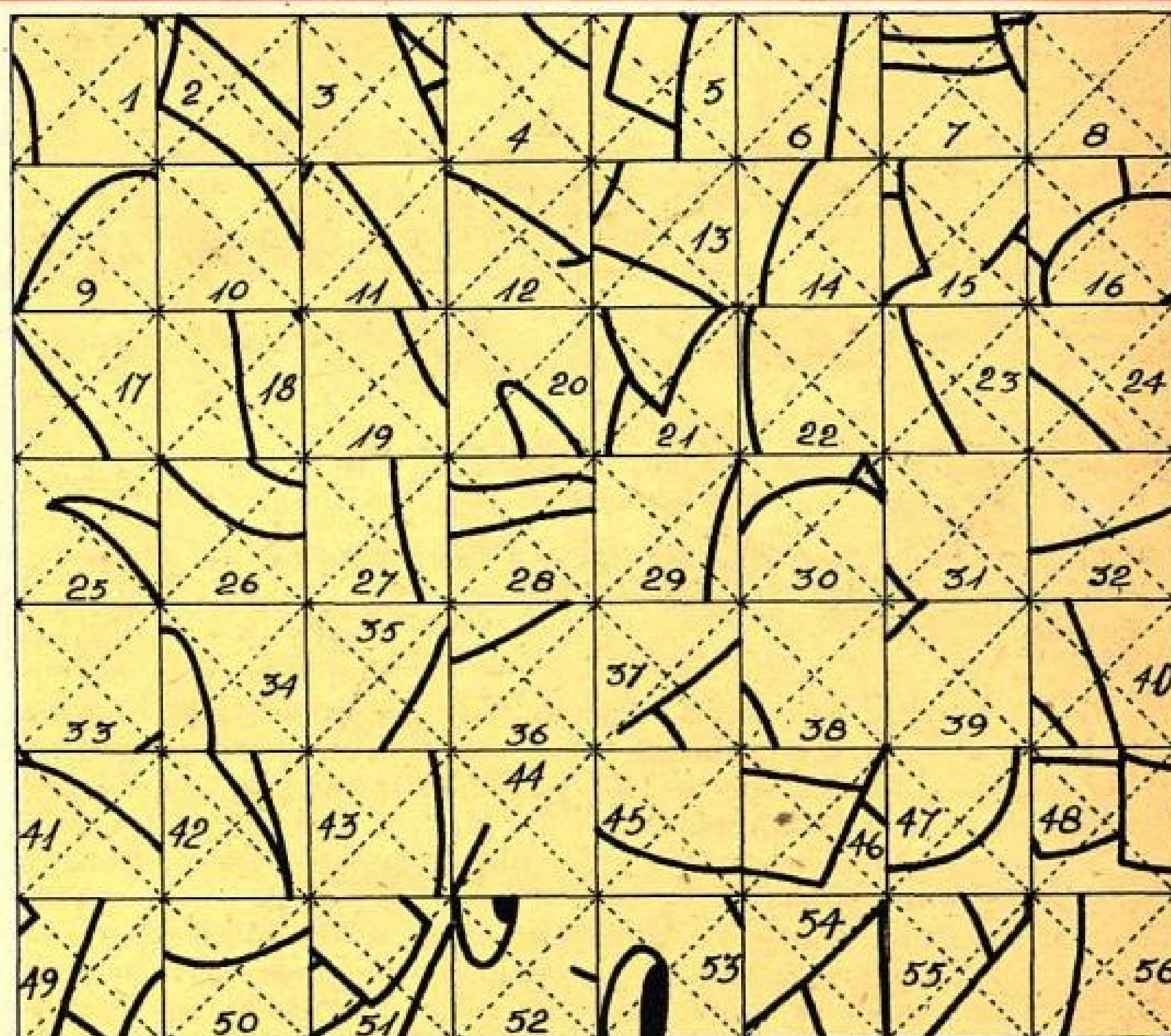
A ROBUSTIANO (Ramírez). — Que aunque parezca el mismo de la respuesta anterior, escribe por separado, a máquina y no es vasco. Si usted es amigo del otro, pídale que le traduzca la respuesta, olvide usted lo de las vacas y hágala suya.



Cascamate

PARA RESOLVER EL CASCAMATE

Busque en el rectángulo de la izquierda el pequeño cuadrado que lleva el número 1 y reproduzca en él, con un lápiz, los trazos gruesos que aparecen en el cuadrado número 1 del rectángulo con fondo amarillo. Haga lo mismo con el cuadrado número 2, y así sucesivamente hasta el último. Al terminar se encontrará con que, sin la más pequeña dificultad, ha ejecutado un dibujo perfecto. Utilice las pequeñas diagonales punteadas como referencia, para facilitar la labor.





Por EL RATON PEREZ

NADA DE VERGÜENZA

Con las mujeres sólo pierden los vergonzosos, porque ellas aman a los valientes y a los fuertes, y desean que se las tome por asalto. — **Teófilo Gautier.**

DEFINICION IMPOSIBLE

¿Qué es una mujer? Para definirla sería necesario conocerla... **(Marivaux).**

ASUNTO DIFICIL



Es fácil librarse de la mujer propia; nunca de la de otro. **(Aurélien Scholl).**

UN FLIRT



El le tomó la mano, luego la cintura. Ella se separó vivamente.

EL (pesaroso). — He ido demasiado lejos...

ELLA (severa). — No; demasiado cerca.

(Fígaro)

EL RINCON DE LOS LAMENTOS

(CONSULTORIO INUTIL Y GRATUITO)

A **"Lucito que ama a Teresa Servasia".** — Podría contestarle repitiendo un antiguo y sabio refrán que dice: "El hombre soltero vive como un rey y muere como un perro, y el hombre casado vive como un perro y muere como un rey...", pero ya que le veo empeñado en complicarse la existencia, sólo me queda recordarle que en cuanto regrese del civil y su patrona se ponga los pantalones, usted ya no podrá disponer de la llave de la puerta de calle, tendrá quién controle su sueldo al centavo; deberá ir al cine que menos le agrade y ver a los artistas que más aborrece; aguantará a los familiares y amistades de su mujer, y resignarse a soportar a esa máquina parlante que será su esposa. En cuanto a su deseo de tener hijos, me parece sencillamente digno de admiración, pero... ¿Y si tiene hijas?

A "¡Esposo y basta!". — Señala usted la conveniencia de crear una oficina que proporcione buenas excusas a los maridos sin imaginación, y es para mí un placer comunicarle que pronto funcionará en Buenos Aires, y bajo mi dirección, un Estudio Anti Femenino, el cual se dedicará especialmente a la ayuda de novios y maridos oprimidos. Los afiliados tendrán buenos pretextos para gozar de libertad durante el tiempo que les convenga (desde un par de horas hasta seis años) y, en todos los casos, el Estudio asegura que a su regreso el marido será recibido por su esposa con muestras de amabilidad que nunca habrá imaginado.

LA ACABAN DE EMBARRAR

Hay una regla común por la cual una mujer, cuando se cree menos amada, se vuelve menos amable. **(Maurice Donnay).**

USTED SUFRE PORQUE QUIERE

Yo, Ratón Pérez, deseo que usted (esposo, padre, cuñado, abuelo, o lo que sea) pueda defenderse de los continuos ataques femeninos. Envíe sus quejas a **"El rincón de los lamentos" (Consultorio inútil y gratuito)**, y en él encontrará seguro alivio para sus penas. Once maridos con un total de doscientos quince años de matrimonio, ponen a su disposición una vasta experiencia.

UNA SACRIFICADA



—¿Ama mucho a su marido la señora X?

—Tanto, que toma los maridos de las demás para no gastar el suyo propio. **(A. Scholl).**